

# **Tribulaciones de una vida cualquiera en tres tiempos**

Autora Rocío Rojas-Marcos Albert

Tutora Dra. Elena Barroso Villar

Master de Escritura Creativa

Universidad de Sevilla

## ÍNDICE

### MEMORIA:

- 1- Punto de partida----- p. 2
- 2- Ideas, influencias y  
modos de traerlos al papel: la evasión, los viajes---p.3-11
- 3- Semantización de los espacios-----p. 12-19
- 4- Estructura musical= ritmo y tiempo-----p. 19-23
- 5- ¿Un solo narrador?-----p. 23- 24
- 6- Bibliografía-----p. 25-26

### TRIBULACIONES DE UNA VIDA CUALQUIERA EN TRES TIEMPOS

- 1- Primer movimiento. Andante-----p. 28-79
- 2- Segundo Movimiento. Andante moderato-----p. 80-135
- 3- Tercer movimiento. Andantino-----p. 136-178

## MEMORIA

### 1- PUNTO DE PARTIDA

*El viaje parece un silencioso caminar a través de lo indeterminado y provisional, una contención del aliento, un suceso sin presente, enclavado entre lo pasado y lo que va a ocurrir.* Leyendo estas palabras de Auerbach (1983:15) quedan explicadas en parte mis intenciones en las próximas páginas. A la hora de plantearme a este trabajo, tomé como punto de partida mi deseo de componer un viaje en los términos de incertidumbre y confusión en los que explica Auerbach la descripción bíblica del viaje de Abraham hacia el monte para el sacrificio.

Quería estructurar una ruta que mantuviese al protagonista en permanente movimiento. Leonardo apostará por la necesidad de reinventarse mediante el viaje, él será su propio dios creador, el donante de sus deseos, su voz externa, su propio narrador. Recreará, a través del viaje, su evolución como persona, evolución que a lo largo de las páginas de la obra irá irremediabilmente unida a esa necesidad de movimiento. Avanzará con su vida en función de esas salidas del mundo que lo rodea hacia lo desconocido. Cuando, finalmente, leamos que todo a sido una fabulación del protagonista -él ha sido esa voz que todo lo controla- entenderemos que se trata de una voluntad de cambio, una apuesta por lo que le gustaría que fuese su vida. Entendemos la realidad de ese Leonardo recluido en sus lecturas y sus escritos que apostó por la huida como válvula de escape.

## 2- IDEAS, INFLUENCIAS Y MODOS DE TRAERLOS AL PAPEL: LA EVASIÓN, LOS VIAJES

Opté por componer una novela corta pues la estructura de una novela al uso (Aguiar e Silva, 1996:243), que supone un tratamiento de los acontecimientos y los personajes más extensa, me alejaba de la necesaria aceleración vital que impone la estructura que había diseñado con tres capítulos forzados, desde su título, por el ritmo musical *in crescendo*. Junto a eso, no me interesaba tanto recrearme en los detalles o modos de los personajes, como en la necesidad de Leonardo de encontrar la forma de sentirse cómodo con su vida. Así, todas las descripciones o citas que hay en estas páginas, si bien ralentizan la lectura, se me hacían indispensables para el conocimiento del carácter del protagonista.

Manteniendo siempre en estas páginas un modo de representación realista, estas son un intento de aunar, desde un punto de vista contemporáneo, alguna de las características de la literatura pre-romántica y romántica, pero todo, como decía, sin alejarme de una forma realista de representar la vida. Muchas son las características que definen las corrientes citadas y yo he ido seleccionando y versionando aquellas que mejor se adaptaban a mis necesidades. Junto a esto, podemos rastrear rasgos de novela de formación, *Bildungsroman*, y novelas de viajes, las cuales serán las influencias que más poderosamente han intervenido en estas páginas.

La literatura pre-romántica, bautizada así en las primeras décadas del siglo XX, presenta como uno de sus rasgos principales la sensibilidad de los personajes, caracterizados por una ternura y tranquilidad, incluso una dulce melancolía (Aguilar e Silva, 1996:321) que cede el puesto a la desesperación, a la angustia y a la tristeza irremediable. Leonardo desde la torre de marfil de su soledad, ante la certeza de sentirse vulnerable por el amor que siente hacia Isadora, irá cediendo a lo largo de las páginas, invertirá el proceso dejando sitio a esa bondad natural de su carácter que oculta tras la máscara de ermitaño con que se protege, podemos leer (p.77)<sup>1</sup>: *Pero Isadora había bombardeado aquellos muros y ahora Leonardo no estaba sabiendo cómo volver a construirlos. O, tal vez, ya no quería verlos levantados de nuevo. La sensación de ligereza conseguida al quitarse la careta ante Isadora y no andar con pies de plomo durante aquellas semanas le habían servido para reconocer que su vida hasta ese momento había sido demasiado ajena al mundo que lo rodeaba y por ello demasiado pesada, porque la soledad pesa mucho.*

Uno de los rasgos más característicos de esta literatura pre-romántica será la conexión necesaria de los escritores y sus personajes con la naturaleza. No como una capacidad descriptiva mayor del entorno, sino una nueva visión del paisaje. En este caso, Leonardo se sentirá inevitablemente unido a su entorno, esa conexión hombre-mundo también es importante para él, pero será versionada desde una perspectiva moderna en la cual el entorno natural del hombre ya no es la naturaleza sino la ciudad. Leonardo necesita ser uno más

---

<sup>1</sup> Cada vez que la cita sea del texto de *Tribulaciones* aparecerá citada simplemente la página como en este caso.

en la ciudad, pasar desapercibido y encontrar la sintonía urbana (p.79):  
*(...)decidió pasar unos días en Sao Paulo. Era una de las ciudades más grandes y pobladas del mundo, necesitaba la sensación de ser una hormiga más en un hormiguero sin orden ni concierto, lo atraía poderosamente.*

En cuanto a los rasgos de la literatura romántica que podemos rastrear en las páginas que tenemos entre manos, destacan dos especialmente significativos, la concepción del yo como entidad dotada de actividad no constreñida y la evasión como técnica literaria fundamental (Aguilar e Silva, 1996: 331-332). El yo de Leonardo es constante en la obra. Ese narrador permanentemente hablándonos, relatando todos los vaivenes y circunstancias que rodean la vida de Leonardo, sabremos al final que era el propio Leonardo fabulando con su vida.

Todo lo que nos deja leer, aquello que escribe acerca de los lugares que visita, las personas que trata o sus sensaciones, está fuertemente marcado por la presencia permanente de ese yo personal. Este rasgo hace, además, que la obra se pueda definir también como una novela de personaje. Leonardo es el único que tiene peso real dentro de la obra. El resto son simplemente circunstanciales, necesarios para entender su evolución pero sustituibles por cualquier otro, no desempeñan una función clave en la vida de Leonardo. Tan solo Isadora tendrá un peso determinado en la evolución de la obra, pues en ella radica la clave del deseo de cambio en su vida. Darse cuenta de que se ha enamorado de Isadora será el empujón que Leonardo necesitaba para sacar la cabeza del pozo, y a pesar de eso le pone trabas (p.174): *Pero tampoco sabía*

*qué hacer, nunca había tenido un problema parecido, por lo que no tenía ni idea de cómo solucionarlo. Ese día, los sentimientos, por primera vez en mucho tiempo, se entremezclaron en la cabeza de Leonardo: necesitaba ayudar a Isadora, aunque no supiera cómo, aunque su terror a dirigirle la palabra fuese mayor que cualquier deseo.*

La evasión es uno de los temas fundamentales en esta obra. Esa necesidad romántica de huir de la realidad imperfecta y conflictiva que rodea a Leonardo será lo que lo empuje a escribir el relato de su vida. Lo que a él le gustaría que ocurriese. Cuando al llegar a lo que creíamos que era el final de la novela leemos (p.169): *Ordenó la casa y llamó a Isadora a la tienda para invitarla a cenar allí esa noche. Quería disfrutar del primer día de su nueva vida*, pensamos que Leonardo ha sabido reorientarse, ha logrado encauzar su modo de vida y desea intentar acercarse a la normalidad (p.163): *dentro de lo que Leonardo entendía por normal, que venía a ser simplemente capaz de trabajar una mañana cuando ha quedado a comer con la mujer de su vida*. Es entonces cuando damos un salto a la realidad, a la vida del Leonardo escritor y vemos que todas esas páginas no han sido más que un intento de evasión tanto espacial como temporal de la realidad mediocre que lo rodea.

La evasión espacial será la más empleada por Leonardo en sus páginas. Toda la obra que escribe estará caracterizada por el permanente movimiento de su protagonista, a la sazón él mismo. Desde la primera escena en que nos lo encontramos sentado en un banco de la Catedral de Brasilia, hasta su deseo de viajar a Tánger, en las últimas escenas, todo es un permanente viaje. Un

continuo salto caracterizado por una vuelta de tuerca de los rasgos de esa literatura romántica que estamos tratando. A estos escritores (Aguar e Silva, 1996: 337) les gusta esa evasión para disfrutar y conocer nuevas costumbres, nuevos modos de vida, se sienten atraídos por los colores, los misterios o los perfumes. En el caso de Leonardo, él siente un rechazo de todo esto, solo con el tiempo irá acostumbrándose a tales cambios y terminará viéndolos como aceptables (p.138): *pero cada día que salía a pasear encontraba algún nuevo bar en el que tomar una copa, un nuevo restaurante de algún país cada vez más lejano en el que hasta estos últimos viajes ni se hubiese planteado entrar, pero que tras sus últimos avances ya no le parecían tan exóticos*. En un principio su evasión espacial estará determinada por la necesidad de hacer suyos esos lugares solo desde un punto de vista intelectual. Leonardo, encerrado en su vida de escritor solitario, utiliza los viajes como escapada para ir encontrándose a sí mismo. Con la excusa del trabajo como arma necesaria para justificarse la flaqueza que lo está empujando a no poder disfrutar más de esa soledad en la que se había ocultado, va organizando salidas continuas. El amor por Isadora, y la posterior traición de esta, serán los elementos definitivos para convertir el movimiento en necesidad vital. Sobre la importancia de los espacios en esta obra trataremos más adelante.

En cuanto a la evasión en el tiempo, la podemos centrar casi exclusivamente en el transcurso del primer capítulo. Si bien, la evasión temporal romántica tradicional tomaba con especial predilección épocas medievales para realizar esas huidas, aquí de nuevo encontramos una variante



actualizada. Leonardo sentado en un banco en la catedral de Brasilia resumirá su vida, saltará hacia su infancia -su edad media particular- y, de un modo aleatorio, irá narrándonos aquellos episodios que considere importantes para comprender mejor su idiosincrasia (p.77): *Ahí estaba ahora, sentado en un banco de aquella impresionante iglesia, intentando recobrar la templanza.*

Debemos cerrar este apartado señalando que el modo en que Leonardo utiliza la evasión en su novela es catártica. Aunque ambos conceptos no deben asimilarse, pues la evasión es el intento de olvido y elusión de los problemas, mientras que la catarsis no se desliga de la responsabilidad del hombre frente a su destino, Leonardo hará un intento de salvarse a medio camino entre estos dos modos de resarcimiento con la realidad. La catarsis de la que hablamos la llevará a cabo al modo en que lo entiende Aristóteles (2007:47), el proceso purificador no será terapéutico o místico, sino psicológico-intelectual. Así utilizará Leonardo lo que escribe, necesita depurarse de sí mismo, de sus neuras, para salir adelante (p.145): *Tras varias horas dándole vueltas a lo mismo y no tomar ninguna decisión respecto a Isadora, llegó a la conclusión de que se estaba comportando como un neurótico. Esa fue la palabra que le vino a la mente cuando quiso definirse a sí mismo.*

Los viajes en la literatura son una constante, al ser parte constituyente de la existencia humana, en tanto que la vida es una peregrinación en busca de la verdad de cada uno, estos quedan necesariamente reflejados en la literatura. Podemos remontarnos hasta la Odisea para encontrar el viaje y la búsqueda de respuestas en la vida a través de ese viaje, como temas literarios. Los viajes se

transforman en un deambular diario por la existencia para encontrar nuestra esencia. Como explica García Gual (2009: 85) *Viajar a lugares distintos, en la época antigua, era una experiencia arriesgada y muy azarosa (...) evidentemente, el viajero no solo debía afrontar los peligros naturales del mar y sus tormentas, los desiertos y los montes abruptos, sino también la frecuente hostilidad de los indígenas.* Tal vez, así debemos interpretar la intención de Leonardo al realizar todos sus viajes, verse como una persona audaz, osada y cual Ulises saber enfrentarse a las pruebas que le depare el destino. O tal vez como Jasón, quien al lograr el Vellochino de oro podía llevarse a Medea, Leonardo piensa que si logra su vellochino, su cambio de actitud frente al mundo, logre el amor de Isadora.

Esos viajes, por tanto, metáfora necesaria para la literatura, serán desplazamientos tanto físicos, externos, recorriendo diversos lugares, como internos, durante los cuales los personajes van creciendo y evolucionando. En el caso que aquí traemos, el viaje que realiza Leonardo a lo largo de las hojas en blanco de su ordenador que va escribiendo resulta ser una ficción, pero durante la lectura del relato encontramos a un hombre en permanente búsqueda, en continuo movimiento para descubrirse a sí mismo. Cuando finalmente sabemos que nada ha sido real, el viaje se transforma en una excusa interior de salida de la cueva en la que Leonardo se está viendo metido. Sus viajes se transforman en el medio de llegar al fin deseado: su evolución personal y el desenlace final de acercarse a Isadora (p.69): *Él, desde luego, tenía que seguir haciendo lo que había hecho estos días, sentarse a escribir,*

*despejarse paseando y viajes eventuales en busca de lo necesario para continuar con sus párrafos.*

Leonardo realiza estos viajes de un modo casi mecánico, viajar se vuelve una necesidad en su crecimiento como persona. Si a esto le aunamos algunos de los destinos elegidos, encontramos en el personaje de Leonardo reminiscencias que nos recuerdan a aquellos viajeros que desde el siglo XVII dedicaron parte de sus vidas a los viajes científicos. Es lo que se conoce como el Grand tour, y Leonardo como si de Chateaubriand o Lord Byron se tratase recorre aquellos lugares a los que llega con la lupa en alto del científico puntillista. Eran expediciones en las que se establecía un vínculo indisoluble entre conocimiento y viaje (Pimentel, 2009: 13). Leemos en la obra (p.59): *Esa tarde ya no necesitaba volver a la biblioteca. Los tres días que había estado yendo a trabajar habían sido de gran utilidad y por fin podía visitar la Gran Mezquita de Damasco con conocimiento del lugar, como realmente se aprovechan las visitas de trabajo. Pero esa tarde se la concedía libre para deambular por las calles de una ciudad desconocida con la guía turística en mano.* Concluimos leyendo a Pérez López (2009: 132) para terminar de comprender la necesidad de Leonardo por viajar, el modo de agarrarse a eso como al clavo ardiendo de su salvación: *El viaje del conocimiento y el viaje almático tiene un origen común: el asombro y la necesidad de sobrevivir.*

Estos viajes irán irremediabilmente unidos a las lecturas de Leonardo. Se nos presenta como un lector que siempre sabría su respuesta a la pregunta que plantea Brathes (1987: 35) *¿no os ha pasado nunca eso de leer levantando*

la cabeza? Leonardo es un lector que levanta la cabeza constantemente para reflexionar sobre aquellos que tiene entre manos, se deja abrumar por las ideas y las va utilizando a lo largo de sus días. Su modo de entender el mundo sería completamente diferente sin esta capacidad de levanta la cabeza asombrado (p.103) *Recordó entonces haber leído hacía muchos años una novela muy cortita que estaba trazada siguiendo esa estructura, una carta y su respuesta era todo lo que el lector conocía de los protagonistas pero llegabas a sentir con ellos el amor que terminaban teniéndose el uno al otro.* Este modo de leer conlleva lo que Barthes (1987a: 44) define como deseo erótico por la lectura: *es indudable que hay un erotismo de la lectura (en la lectura , el deseo se encuentra junto a su objeto, lo cual es una definición de erotismo).* Así será el acercamiento de Leonardo a sus lecturas, y solo cuando identifica su amor por Isadora siente la necesidad de cambiar en parte esa obsesión. Hasta ese momento había tenido suficiente con sus lecturas. Para centrar esta obsesión he tomado como referencia a Mendel, el personaje magistralmente creado por Stefan Zweig (2011). Hombre ausente y reservado hasta el límite, tan ajeno a la vida que lo rodea, que no tenga reacción con sus libros, que en ningún momento sabe que ha comenzado la primera guerra mundial. Los libros suponen un muro tan inquebrantable a su alrededor que, como decía Barthes rozan la atracción erótica. Dice Zweig en el relato: *Mendel había venido del Este a Viena a estudiar para rabino, pero pronto había abandonado en riguroso Dios único, Jehovah, para entregarse al politeísmo brillante y multiforme de los libros* (2011: 27). Así será la relación de Leonardo con sus lecturas.

### 3- SEMANTIZACIÓN DE LOS ESPACIOS

Por otro lado estos viajes nos llevan de la mano a todos esos espacios por los que Leonardo deambula. Empezando por el final de la obra, el Leonardo real ha imaginado un mundo en donde el espacio toma una conciencia real y un peso específico muy contundente. Ya desde los párrafos del último capítulo, nos damos cuenta de que la ciudad en la que vive no tiene nombre. Hasta ese momento ha ido viajando y recorriendo diversos lugares: Brasilia, Sao Paulo, Roma, o Damasco entre otros. Lugares, más o menos bien descritos, en función de la carga significativa que haya querido darle a cada uno, pero en definitiva, todos están nombrados. Incluso sus paseos por las calles, las estaciones de tren, los parques... todo tiene un nombre que lo identifica. Frente a esta claridad, el último capítulo se desarrolla en una ciudad sin nombre, en unas calles que desconocemos. Él incluso habla de los nombre de esas calles, las reconoce como familiares pero no nos lo traslada (p.138) *Vivía en un barrio nuevo, los nombres en las calles le indicaban que seguía siendo el mismo lugar, pero cada día que salía a pasear encontraba algún nuevo bar en el que tomar una copa.*

Esto es lo que Ricardo Gullón (1980:7) llama *los espacios del silencio*, el espacio existe a través de su silencio, de la ausencia aparente de este, *percibir el espacio es percibir sus rumores, sus movimientos, su vida*. Esta es la fuerza de la carga con la que Leonardo quiere dotar su espacio real, el silencio a su alrededor. Dentro de esta ciudad sin nombre está su casa, lugar cerrado,

protegido del exterior, del que no nos deja saber nada. Este recinto clausurado, esta casa, es su rincón del mundo (Bachelard, 2004:34), sugiere (Gullón 1980:9), la idea de orden. Y desde esa reclusión ordenada es como Leonardo sale a viajar en busca del espacio inmenso, en busca de la aventura de libertad. Dirá Gullón (1980: 24) *que el proceso de creación espacial puede responder al deseo de desplazamiento a un "más allá" de la mente, a una posibilidad de vivir en otra parte delicias y temores "aquí" inalcanzables. El ser, condicionado por el estar, imagina una plenitud existencial accesible en otra estancia.* Este es el deseo de Leonardo, necesita escribir esos espacios reales dentro de su ficción, les pone nombre, no inventa ninguno, y en ellos se siente cada vez más cómodo. Avanza hacia la normalización que desea en su vida: hacia su acercamiento a Isadora. Más aún, y siguiendo con la lectura de Gullón (1980:133), encontramos su percepción del viaje, del camino recorrido y por recorrer, como el espacio inmenso que se abre ante el protagonista. *Lo interesante del caso es la sustitución del recinto cerrado, plaza, residencia, aposento por la línea zigzagueante (...) Por el camino se peregrina, se inicia y continúa la búsqueda, se sorteán los obstáculos, se vive "la aventura".* Esta percepción del espacio infinito abierto en el proceso del viaje es esencial en el transcurso del recorrido realizado por Leonardo a través de sus páginas, Pero él siempre encuentra un espacio acotado en el que refugiarse al llegar. Incluso cuando recrea su ficción de amor con Isadora en Roma, la habitación del hotel cerrada será la protección del exterior, identificado entonces en el frío que trasladan los cristales de las ventanas, frío que intenta dejar fuera (p.67) *los*

*cristales de la ventana que daba a la calle estaban enfriándose y eso se transmitía a la habitación.*

Pasemos ahora a analizar los espacios cerrados que más importancia tendrán en el desarrollo de la obra y, en consecuencia, en el crecimiento del personaje de Leonardo. En primer lugar la Catedral de Brasilia, y las iglesias por extensión, serán espacios donde Leonardo se sienta protegido. Un lugar tan habitual en su infancia le sirve para albergar recuerdos y olvidos, su inconsciente se encuentra ahí alojado (Bachelard, 2004: 29). Esos recuerdos de la infancia, visitando continuamente iglesias, harán que estos lugares a pesar de su tamaño, su oscuridad y la soledad que se respira en ellos, sean espacios en los que se encuentra como un niño protegido. Sobreponiéndose al temor y el respeto que siente por ellas, la protección es mayor. La misma sensación tendrá al entrar en la Gran Mezquita de Damasco, la de haber encontrado un lugar que le transmite paz (p.64) *Allí se podía descansar tras un largo día de trabajo, sin el complejo de estar pecando de vaguedad. Acercarse a aquel lugar era para sentirse tranquilo consigo mismo y no temeroso, a lo que estaba acostumbrado Leonardo.* Son, por tanto, lugares en los que el pasado y el presente de Leonardo logran un sentido de continuidad en lo que entendemos como un deseo hacia el futuro. Como la necesidad de encontrar un rincón seguro (Bachelard, 2004:36-37).

El siguiente lugar que tiene una importancia fundamental es la biblioteca. En este caso, bibliotecas, pues serán varias las que aparezcan a lo largo del viaje de esta páginas. En todos esos espacios protegidos se recluirá Leonardo

para orientarse en su deambular, como viene haciendo desde su juventud. Dirá Bachelard (2004: 40) que *todos los espacios de nuestras soledades pasadas, los espacios donde hemos sufrido de la soledad o gozado de ella, son en nosotros imborrables*. De este modo necesita Leonardo las bibliotecas en su vida (p. 54) *El sofoco ambiental se hacía insoportable a ratos. Los ruidos, el polvo, la gente. Le parecía que todo se multiplicaba de manera exponencial cada vez que cruzaba la puerta del hotel y empezaba a callejear. Solo encontraba silencio cuando cruzaba el umbral de la Biblioteca Nacional al-Assad.*

Resulta inevitable al tratar de una biblioteca en literatura no acordarnos del relato de Borges "La Biblioteca de Babel" (1989: 465-471). Al contrario que Borges, Leonardo -quien insistirá en escribir sobre bibliotecas- no entrará en ellas a perderse, sino a encontrarle sentido a su vida. La Biblioteca de historia del Arte, la Biblioteca Nacional *al-Assad* de Damasco, la Biblioteca de Pedro Cardoso, todas serán lugares acotados por los libros en los que Leonardo se siente refugiado: refugio del alma ante sus miedos, y refugio intelectual. Ese será el modo de perderse de Leonardo, no físico sino intelectual. Bien es verdad, que la Biblioteca de Babel tiene la doble faceta, además de las salas eternamente idénticas, los volúmenes serán infinitamente iguales y en ella encontraríamos cualquier cosa, leemos en el relato de Borges (1989:471) *La biblioteca es ilimitada y periódica. Si un eterno viajero la atraviesa en cualquier dirección, comprobaría al cabo de unos siglos que los mismos volúmenes se repiten en el mismo desorden (que repetido sería un orden: el Orden). Mi*



*soledad se alegra con esa elegante esperanza.* Las bibliotecas se transforman entonces, en lo que Ricardo Gullón (1980:9) entiende por un espacio imaginario cerrado que se transforma en inmenso. La clausura implica una idea de orden -necesaria para Leonardo- mientras que la inmensidad imaginada de todas las lecturas empuja a la aventura, lo deseado por Leonardo, la capacidad de arriesgar.

Los espacios además se complican con la necesidad de subir o bajar a ellos. En primer lugar, bajar unas escaleras implica el descenso a lo desconocido. Cada vez que Leonardo baja se dirige hacia la búsqueda de algo, pero en algunas ocasiones no sabe qué busca, desconoce cómo actuar... en definitiva, bajar las escaleras es lanzarse sin red al descubrimiento, es arriesgar. Las situaciones en que lo haga Leonardo variarán mucho pero todas tendrán un matiz similar. Cuando baja las escaleras del hotel en Roma para salir a cenar con Isadora por primera vez, se está lanzando de cabeza a lo que él entiende como una cueva de terrores. Su inseguridad lo paraliza, eso es lo que lo empuja a bajar deprisa, para ocultar su miedo (p.47) *bajó hasta la recepción por la escalera, así fingiría que los traspies de nervios no eran tales, sino provocados por el resuello de haber bajado por la escalera.*

Otra de las ocasiones en que Leonardo baja unas escaleras tiene además otro matiz añadido, el descenso a un sótano. Bachelard (2004:49) dirá que en esta ocasión este descenso no es el de un hombre prudente, entendemos entonces que Leonardo está arriesgando al bajar esas escaleras. Dirá que si aceptamos el sótano como la parte oscura y desconocida de la casa, Leonardo

se adentra en el ámbito de lo subterráneo, se acerca a las profundidades. Si ponemos esto en relación con el hecho de que será en ese sótano donde encuentre las cajas de Rafaél Ramírez que tantos problemas le van a acarrear, debemos creer la teoría de Bachelard de descenso a lo misterioso, a los secretos ocultos de la casa. Así entendemos lo que le dice Luiz, el dueño del hotel, por lo que Leonardo realmente está arriesgando (p.86) *las guardé en el sótano, me daba pena tirarlas. Hubiera sido como deshacerme de una parte de la vida de esta casa.*

Por el contrario, cuando Leonardo sube alguna escalera debemos interpretarlo como la búsqueda de tranquilidad, como la necesidad de soledad deseada, no forzada (Bachelard, 2004: 57). Lo hará en dos situaciones importantes en el transcurso de la obra. En primer lugar, subirá tranquilo las escaleras del hotel de Sao Paulo buscando su habitación. Será el ascenso hacia el principio de unas vacaciones en las que quiere desconectar de sus obsesiones (p.84) *La imponente escalera de madera ascendía haciendo una pequeña curva a la izquierda que le cerraba el campo de visión. La recorrió despacio. Leonardo paseó por el pasillo hasta su habitación con parsimonia, casi arrastrando los pies.*

La otra ocasión en que Leonardo suba unas escaleras será cuando al final regresa a su casa tras haber quedado con Isadora para comer. Esa cita es tan importante para él, tan trascendente para el Leonardo real, que la subida tranquila de las escaleras de su casa será nuevamente la certificación del ascenso al refugio de su soledad buscada, con la esperanza al final del túnel,

identificado en este caso con la cita (p.158) *Subió las escaleras sin precipitarse. Peldaño a peldaño fue pensando en todo lo que quería hacer si Manuela lo autorizaba a seguir registrando en su pasado.* Concluimos este apartado con una reflexión de Bachelard (2004:58) que nos sirve de explicación para acercarnos aún más al carácter de nuestro protagonista, pues él siempre subirá andando: *los ascensores destruyen los heroísmos de la escalera: ya no tiene mérito vivir cerca del cielo.*

Las cajas también se convierten en el continente de un espacio de intimidad importante. Entendidas como espacios aislados, cofres para conservar retales del pasado, como el modo de ocultar la vida íntima (Bachelard, 2004: 111). Esta es la función que desempeñan las cajas en esta novela. La intimidad y los pocos recuerdos que quedaron de Rafaél Ramírez en Sao Paulo fueron recogidos en un par de cajas y guardados, por eso cuando las roban, Leonardo reacciona con fuerza, de un modo insólito en sus modos habituales. Interpreta el robo casi como una violación, ha sido ultrajada la intimidad de la familia Ramírez y el único responsable de haberlo sacado todo a la luz es Leonardo. Al llevarse las cajas a su casa y encontrar a Isadora, enfrenta la realidad de sus problemas y reconoce que la obsesión por escarbar en la privacidad ajena no es más que miedo a aceptar la propia, así, cerrar de nuevo las cajas y subirlas al altillo de su armario significa volver a establecer el orden de su casa (Bachelard, 2004:112). Orden que queda patente para Leonardo cuando, de forma secuencial, invita a Isadora a comer pero antes guarda las cajas en el altillo (p.168) *Con esta idea volvió a guardarlo todo dentro de las famosas cajas*

*brasileñas y las metió en el altillo del armario. Allí quedaban protegidos, otra vez, todos los misterios, todas las mentiras, todo el esfuerzo y todo el amor que ellas contenían.*

#### 4- ESTRUCTURA MUSICAL= RITMO Y TIEMPO

Pasamos ahora a analizar la estructura de la obra. Esto nos hará detenernos irremediablemente en el tiempo y el ritmo de la misma. Ya decíamos, al comienzo de estas páginas, que el ritmo está necesariamente marcado desde la estructura fija en que se divide la novela. Tres capítulos cuyo título remite a un ritmo musical cada vez más acelerado: andante, andante moderato y andantino, implican un aumento de la velocidad a la que se producen los acontecimientos, tal vez poco perceptible, pues en ningún caso es un ritmo rápido, pero esa evolución queda reflejada en las acciones de Leonardo. Es importante también que las definiciones de dichos términos musicales sean dependientes entre sí. Es decir, para explicar el andantino se nos dice *más vivo que el andante moderato*, y así será entre este y el andante, el cual se define como *composición musical con tiempo moderadamente lento*. Si extrapolamos esta dependencia a la novela vemos que los capítulos son dependientes entre sí, forman una unidad los tres encadenados.

Antes de comenzar a ir capítulo a capítulo, debemos detenernos en un detalle importante. En este viaje de introspección que hace Leonardo no nos da ninguna fecha. Solo hay una referencia a que es otoño cuando llega a Roma. Debemos entenderla como aclaración, pues así sabemos que los días serán más

cortos. Ramírez Mola (1978:67) dirá que *sin fecha no significa, desde luego, sin tiempo*, y esto debemos tenerlo en cuenta a la hora de leer estas páginas. Al igual que no sabemos en qué ciudad vive Leonardo, tampoco conocemos cuándo está ocurriendo lo que nos cuenta. Desconocemos el tiempo real pero desde luego existe y en ningún momento deja de correr.

El primer capítulo -andante- nos presenta a Leonardo sentado en uno de los bancos de la Catedral de Brasilia, comienza entonces un resumen de la vida de este, desde su infancia hasta el momento de sentarse en dicho banco. Podríamos definirlo, siguiendo el criterio que explica Auerbach (1983: 11), como un efecto retardador al estilo homérico. Se abre un paréntesis en la narración que da un salto a modo de interpolación, el cual, al final, resulta más extenso que la propia acción narrada. El capítulo entero es dicho resumen, abarca más tiempo de la historia que tiempo real. Tiempo real este del que no sabemos nada, en ningún momento conocemos si son minutos u horas lo que Leonardo permanece allí sentado. Tampoco hay una estructura fija, ni cuenta lo mismo sobre cada época, ni se extiende igual en su infancia que en los últimos meses de su vida. Desde que conoció a Isadora hasta estar allí sentado serán momentos decisivos y, por tanto, les dedica mayor tiempo de descripción.

El modo de alargar ese tiempo, para acercarlo al movimiento musical que le da título, al andante, serán las descripciones, por ejemplo (p.36) *La catedral fue terminada a mediados del siglo XIII, aunque se basaba en una estructura anterior que se adaptó para convertirla en el mayor ejemplo de estilo gótico. Su planta de cruz latina cumplía estrictamente los cánones estipulados. Estas*

descripciones serán las que a Barthes (1987b: 181-183) le resulten tan importantes para lograr el efecto de realidad deseado. Dirá que *la descripción no está justificada por ninguna finalidad de acción. La singularidad de la descripción (o del detalle inútil) en el tejido narrativo, su soledad, designa una cuestión de máxima importancia, mientras que se hacen fundamentales para justificar la verosimilitud del mundo narrado.* Así, a nosotros estas descripciones además de ayudarnos a crear el efecto de realidad necesario, de otorgarle verosimilitud, nos ayuda a crear un ritmo narrativo lento, pausado, al regodearse en detalles o citas que aparentemente podrían excluirse.

El segundo capítulo abarca una semana, el tiempo que Leonardo pasa en el hotel de Sao Paulo de vacaciones. En este caso el tiempo real es igual al tiempo de la historia. Como decíamos, el ritmo se intensifica, andante moderato. Leonardo encuentra las cajas, descubre la vida de Rafaél Ramírez e intenta inventar un misterio para darse un motivo de interés en el que centrar su atención. El aumento del ritmo irá, en este caso, en relación con la tensión creada entre Leonardo y Pedro Cardos. A pesar de esto, el capítulo también tiene algunas descripciones, especialmente al llega a casa de Pedro. Al ser uno de los momentos de mayor tensión, las descripciones sobre la casa de Pedro y los detalles de los muebles ralentizan dicha tensión y establece una distancian entre ellos. Dirá Pedro (p. 122) *Una tarde paseando por la calle Old Bond, a la espalda de la Royal Academy of Arts, ¿sabes? cerca de Piccadilly, donde había ido a visitar una exposición, magnífica seguro pero ahora no pongo en pie sobre que era... Pues como decía, paseando vi en el escaparate de un*

*anticuario este mueble. Entré a preguntar y resultó ser una pieza original del ebanista Thomas Chippendale, datada en 1765, nada de velador al estilo Chippendale, ni estilo medio-gregoriano, o rococó inglés. Había sido fabricada para Georg Wyndham, tercer conde de Egremont, para su casa de Sussex.*

Por último el tercer capítulo, andantino, será el desenlace final, el regreso a casa, el reencuentro con Isadora, ocurre en pocas páginas todo aquello que Leonardo deseaba, es por tanto un capítulo rápido, con mucho movimiento por parte de los personajes. No sabemos exactamente cuanto tiempo pasa desde que Leonardo regresa de Sao Paulo hasta que finalmente invita a cenar a Isadora a su casa y sube las cajas al altillo. Hay una referencia al tiempo muy vaga, la cual simplemente nos ayuda a saber que el tiempo discurre, pero no se detiene en explicarnos detalles de todo él. Solo iremos sabiendo qué piensa Leonardo a través de la voz del narrador (p. 148) *Casi tres semanas después de haber chocado contra las maletas de la puerta de la librería de Isadora, y sin respuesta a la carta enviada a la familia de Ramírez, sintió que era el momento de ir a dar la cara. No tenía nada que ocultar.*

En este capítulo la acción avanza más rápido ayudada por las conversaciones que se producen entre Leonardo e Isadora. Además aquí toma gran importancia la casualidad como elemento narrativo, lo que colabora a agilizar la acción. Si a lo largo de la obra las casualidades se han ido sucediendo: el pañuelo encontrado, el mismo hotel de Roma, el hallazgo de las cajas llenas de cartas... Será en este capítulo cuando un único choque contra las maletas a la puerta de la tienda de Isadora carguen con todo el peso

narrativo. Al estilo de la narrativa de Paul Auster, una tontería que hubiese pasado inadvertida provoca todo el desenlace final de la ficción creada por Leonardo.

Esta azarosa casualidad, *austeriana*, es la que nos ofrece el tobogán cuesta abajo de las últimas páginas. El final del capítulo, el momento en que reconocemos que todo a sido una ficción, cuando vemos al Leonardo verdadero, con todas sus neuras auestas, salir por el portal de su casa y darse cuenta de que es sábado, entonces es cuando la casualidad juega todas sus cartas, sin que Leonardo haya tenido que imaginarlo en sus páginas en blanco, el azar le ayuda haciendo que Isadora también olvidase que era sábado y se presenta frente a él con la cafetería cerrada a sus espaldas (p. 176) *levantó la vista y se encontró la sonrisa de Isadora -¿Estás bien Leonardo? ¿se te había olvidado que era sábado verdad? A mi también -Leonardo no era capaz de expulsar el aire.*

##### 5- ¿UN SOLO NARRADOR?

Tendremos que llegar hasta el final del tercer capítulo para encontrarnos con un segundo narrador, por lo que la respuesta a la pregunta que hacíamos llegará al ir avanzando. Desde un principio, nos encontramos un narrador omnisciente llevado al extremo, sabrá en todo momento qué piensa o siente Leonardo. En algunos casos, incluso entra a opinar, aunque nunca llega a dar el paso de convertirse en personaje. El autor, a la sazón Leonardo, se introduce en su obra, le otorga matices al discurso difíciles de conocer de otro modo.



Aunque debemos entenderlo como un narrador heterodiegético, ajeno a la historia. Simple relator que evolucionará en las últimas páginas hasta convertirse en lo contrario. Como nos explica M<sup>a</sup> Carmen Boves (1993: 32) *en todo discurso hay un yo que cuenta, que puede quedar al margen de su discurso, pero que puede pasar a él (...)* La presencia de un yo de este tipo en el discurso no es más que la textualización de ese narrador general, es decir, el sujeto del proceso que está siempre latente. Esto será lo que ocurra con Leonardo. Éste se destapa como el narrador que hemos venido leyendo en todas las páginas anteriores. Nos salta una nueva voz, esta vez sí externa, que convierte inmediatamente a Leonardo en el anterior narrador de su propia historia. Se ha mantenido durante más de cien páginas como su propio yo reflejado en lo que ha escrito. Ahora entendemos por qué sabía tanto de él mismo. Ahora lo estamos viendo mirarse por una ventana, deambulando por su fantasía, hasta que finalmente nos encontramos ante el Leonardo real quien aparece tras un espacio en blanco que nos ayuda a dar el salto, pues cuando creíamos que la historia estaba concluida leemos como todo era una fabulación (p.170) *Cuando la mañana anterior, al entrar en la cafetería que hay en el bajo de su casa, aquella que abrieron donde debían haber reformado la tienda de ultramarinos que tanto le facilitaba las cosas, vio que la mesa donde se sentaba normalmente para desayunar estaba ocupada, supo que acababa de empezar un día difícil.* Ahora reconocemos al Leonardo real, aquel a quien habíamos conocido hasta ese momento a través de sus ilusiones, de su amor callado y de su deseo de cambio.

## 6- BIBLIOGRAFÍA

Aguiar e Silva, Victor Manuel (1996). *Teoría de la Literatura*. Madrid, Gredos.

Aristóteles (2007) *Poética*. Madrid, Alianza Editorial.

Auerbach, Erich (1983). *Mimesis*. Madrid, Fondo de Cultura Económica.

Bachelard, Gaston (2004). *La poética del espacio*. Madrid, Fondo de cultura económica.

Barthes, Roland (1987) "Escribir la lectura". En *El susurro del lenguaje*, Barcelona, Paidós, pp. 35-38.

----- (1987a) "Sobre la lectura". En *El susurro del lenguaje*, Barcelona, Paidós, pp. 39-49.

----- (1987b) "El efecto de realidad". En *El susurro del lenguaje*, Barcelona, Paidós, pp. 179-187.

Bobes Naves, M<sup>a</sup>Carmen (1993). *La Novela*. Madrid, Síntesis.

Borges, J.L. (1989) "La Biblioteca de Babel". En *Obras completas*, Vol. I. Barcelona, Emece Editores, pp. 465-471.

García Gual, Carlos (2009) "Viajeros griegos. Viajes reales y fantásticos". En Calderón Quidós, Fernando y Pérez López, Pablo Javier (eds.): *Viajes, Literatura y Pensamiento*. Valladolid, Universidad de Valladolid, pp. 85-111.

Gullón, Ricardo (1980). *Espacio y novela*. Barcelona, Antoni Bosh.

Pérez López, Pablo Javier (2009) "Viajeros de lo sublime". En Calderón Quidós, Fernando y Pérez López, Pablo Javier (eds.): *Viajes, Literatura y Pensamiento*. Valladolid, Universidad de Valladolid, pp. 131-157.

- Pimentel Igea, Juan (2009) "La esfera imperfecta. Mediciones y circunnavegaciones del globo en el siglo XVIII". En Calderón Quidós, Fernando y Pérez López, Pablo Javier (eds.): *Viajes, Literatura y Pensamiento*. Valladolid, Universidad de Valladolid, pp. 13-27.
- Ramírez Mola, P. (1978) *Tiempo y narración. Enfoques de la temporalidad en Borges, Carpentier, Cortázar y García Marquez*, Madrid, Gredos.
- Zweig, Stefan (2011). *Mendel el de los libros*. Barcelona, Acantilado.

**Tribulaciones de una vida cualquiera**  
**en tres tiempos**

## PRIMER MOVIMIENTO

### ANDANTE

*No es el ángulo recto el que me atrae, ni la línea recta,*

*dura, inflexible, creada por el hombre.*

*Lo que me atrae es la curva libre y sensual,*

*la curva que encuentro en las montañas de mi país,*

*en el curso sinuoso de los ríos, en las olas del mar,*

*en el cuerpo de la mujer preferida.*

*De curvas es hecho todo el universo,*

*el universo curvo de Einstein.*

Niemeyer

*Posee capacidad para albergar hasta cuatro mil fieles.* Leonardo nunca pudo imaginar mientras organizaba su viaje a Brasil, que el interior de la Catedral de Brasilia con capacidad, como acababa de leer en su guía, para cuatro mil personas, sería lo que más lo impresionase. En realidad, no solo lo había impresionado, sino que estaba provocando una sensación de asfixia que podía con él. Al sentarse en uno de los bancos que llenaban aquel espacio hiperbólico, sintió que el cielo se le venía encima. El azul intenso que podía verse por las cristaleras del techo lo sobrecogió hasta dejarlo sin respiración. Llegó incluso a sentir miedo: aquellos tres grandes ángeles de bronce colgados en las alturas, como si custodiasen la entrada en el paraíso que dejaban ver por

entre sus alas, fue una impresión que Leonardo sabía que le iba a costar olvidar.

Desde niño había sentido una aprensión especial por los ángeles. Para ser concretos, por los ángeles y los payasos. No entendía cómo en el imaginario colectivo se tendía a llenar las habitaciones de los niños de angelitos de la guarda, él los veía a todos un gesto perverso, como si estuviesen siempre vigilantes para pillarte en un traspies. La aversión por los payasos era incluso peor. Además de asociarse con los niños tenían que parecer divertidos, era incomprendible para Leonardo que un personaje grotesco, pintarrajeado y dándose porrazos por toda la pista central de un circo pudiese divertirle a alguien.

Dejando a un lado los ángeles, lo realmente impactante de aquel edificio era la sensación de libertad, la luz que entraba a raudales por entre las dieciséis columnas lanzadas hacia el cielo que formaban la única estructura externa de aquella catedral futurista. Si pensaba en las iglesias que había a cada vuelta de esquina de su ciudad, e incluso en su catedral, las diferencias eran abismales, pero de un modo sorprendente este edificio marcado por la amplitud, el espacio diáfano y la luz cegadora lograba crear la misma sensación de *empequeñecimiento* progresivo que había sentido Leonardo desde niño cada vez que entraba en una de aquellas iglesias oscuras y tenebrosas. Hoy todas poblaban los recuerdos de su infancia.

Había pasado los primeros años de su vida visitando una iglesia detrás de otra. Sus padres, profesores de Historia del Arte en la Universidad, estaban obsesionados con la arquitectura sacra. Todas las excursiones familiares que organizaban tenían como objetivo primordial visitar alguna iglesia o algún convento que aún no conociesen, o que quisiesen volver a recorrer para poder recrearse en sus detalles. Recuerda, ahora, que su madre siempre contaba de broma que cuando su hermana Paola empezó a construir sus primeras frases, una de ellas fue *mamá más "inglesias" no*. Ahí sentado dejó que sus pensamientos fluyesen -si pudieseis ver este lugar, si pudieseis andar por su pasillo central o rodear el espacio por los laterales curvos formados entre los bancos, no daríais crédito a lo estoy viendo. Tan disparatadamente alejado de lo que entendéis por una iglesia *como Dios manda*.

Al empezar a estudiar arquitectura creyó que dedicaría su vida a levantar grandes edificios, que pasaría a la historia por sus monumentales construcciones. Pero cuando conoció de cerca los entresijos y complejidades que eso conllevaría, después de hacer prácticas en un estudio donde estuvo meses en los que solo doblaba planos, decidió que pondría todo su empeño en sacarle las tripas a lo que ya existía. Reconoció públicamente, su voluntaria incapacidad para generar algo nuevo extraordinario y vanguardista. Asumió como propia aquella primera definición de diseño que una vez leyese estando aún en la Escuela. Aseguraba aquel manual de clase que el humanista del siglo

XV, Leon Battista Albert, había sido el primero en dar una definición del diseño describiéndolo como *toda idea separada de la materia, la imagen de la obra independientemente de los procesos técnicos y de los materiales necesarios para realizarla*. En conclusión, el diseño representa las líneas generales en las que un artista inspirado por el genio o las musas, según lo prefiera cada cual, concibe una obra, en este caso, un edificio. Y eso era lo que a Leonardo le faltaba, a él nunca lo habían visitado las musas y si lo habían hecho no lo habían pillado trabajando. O al menos no trabajando en ningún proyecto, pues siempre prefirió dedicarle más tiempo a estudiar que a dibujar. Concluyó que sería el típico ratón de biblioteca, estudioso de las teorías arquitectónicas, de las corrientes artísticas y, especialmente, de todos los edificios que desde ese momento y a lo largo de su vida iban a ir engrosando su lista particular de Maravillas del Mundo que inauguraría poco tiempo después.

Aunque en un principio le costó admitirlo, las cientos de iglesias visitadas con sus padres habían marcado también sus preferencias. Empezó a escribir por encargo pequeños artículos sobre este o aquel templo, algunos en revistas especializadas, otros para publicaciones de divulgación, las cuales eran sus preferidas porque pagaban más y mejor. Poco tiempo después de haber comenzado a publicar, de eso hacía ahora poco más de un año, incluso logró que un editor le encargase un libro sobre el gótico italiano. Haciendo todo un ejercicio de contención durante aquella entrevista, Leonardo consiguió no reírse. Necesitaba el encargo pero no entendía como una persona que decía



dedicar su vida a los libros le estuviese diciendo que quería publicar una colección de libros sobre historia del arte -porque hay temas que necesitan ser seriamente tratados y difundidos, como por ejemplo el gótico en Italia, soltó aquel hombre sin asomo de broma, serio y representando su papel. Así, sin matices, todo el gótico y en toda Italia.

El editor se había presentado enchaquetado a lo que Leonardo creyó que iba a ser una primera toma de contacto, una reunión informal. Lo había llamado una semana antes para ofrecerle el trabajo pero no le dio más explicaciones entonces. Quedaron para unos días después en una cafetería cercana a la estación de tren. Nada más entrar en el local Leonardo lo reconoció por su estudiada pose de ávido lector. Con los años había aprendido a diferenciar a leguas a aquellos personajes que solo quieren ser vistos con un libro en la mano.

En su teoría, el rasgo principal para detectar a este tipo de lectores es que suelen dejar las cejas arqueadas haciendo un leve movimiento lateral de cabeza mientras asienten, para hacer ver que lo que están leyendo es realmente interesante. En segundo lugar, leen libros absolutamente desconocidos, nunca el último *best seller*. Siempre eligen o autores secundarios o realmente consagrados, pero en ese caso, lo raro es el libro. Por poner un ejemplo fácil: si estuviese leyendo a Kafka nunca sería *La Metamorfosis*, ¡qué vulgaridad! Si no una edición especial dedicada a una de sus novelas

inconclusas y póstuma, *El Proceso*, sin duda, y a pesar de no estar terminada, la mejor de todas sus novelas -un auténtico estudio social y sociológico de la Europa de su época, concluiría seriamente.

Aquel día frente a él tenía a uno de esos especímenes. Iba metido en un traje que le quedaba grande, como si se lo hubiese comprado varias tallas mayor en previsión de ir engordando conforme fuese cumpliendo años. Con fingidos aires de persona seria y leída, movimientos pausados y esmeradamente relamidos. Al notar que alguien se le acercaba, alzó la vista desde el libro hasta Leonardo y mientras preguntaba -¿Leonardo, verdad?- lo dejó boca arriba para que pudiese leerse bien el título, *La elocuencia es una lengua vernácula* de Dante Alighieri. -¡Bingo! exclamó Leonardo sin pronunciar sonido, ahí lo tenía, ahora ya sabía cómo debía tratarlo.

Nada más empezar a explicarle su proyecto se retrató él solo. No hizo falta mucho tiempo. Como ya le anunció por teléfono, quería que el tema del libro fuese el gótico en Italia. Era imposible que aquel señor que fingía leer un ensayo de Dante, del que tan solo los especialistas habían oído hablar, no hubiese entrado en una librería en su vida, que era lo que parecía después de lo que le acababa de decir. No ya últimamente, sino nunca. Incluso los manuales escolares dedicaban uno o varios capítulos, según el curso, al estilo gótico. Así, con gran tristeza por lo que de descorazonadora le estaba

pareciendo aquella conversación, simplemente asintió a todo con una amplia sonrisa, firmó el contrato y acordó entregarlo unos meses después.

Aunque Leonardo era una persona organizada, extremadamente organizada, podrían pensar aquellos que lo trataran más de una hora seguida, la oportunidad de conocer Italia y ver con sus propios ojos aquello sobre lo que tenía que escribir le pareció una ocasión inmejorable de hacer la maleta. Así, al llegar a su casa ya había decidido que cogería el primer avión barato que saliese para alguna ciudad italiana. Le servía cualquiera, desde allí ya se organizaría. La verdad es que era un trabajo que podía realizarse sin salir de la biblioteca de la facultad de Historia del Arte, pero la excusa de tener que pisar el terreno para poder transmitir la realidad de lo que viese era más poderosa que pasarse meses encerrado en aquella biblioteca, a pesar de que siempre había sido su preferida. Tan amplia, llena de grandes armarios de madera trazando pasillos por los que perderse. Y sobre todo, lo más importante, con una inmensa puerta de cristal esmerilado dando a un patio por el que entraba el sol. Una biblioteca con luz natural en la que durante las horas de luz del día no hacían falta las terribles luces de neón que daban siempre aspecto de sala de hospital soviético.

Aquel libro fue el que inauguró su lista de maravillas del mundo pues descubrió el primer edificio que podía incluir. La catedral de Siena se convirtió en su obsesión durante semanas: *Il Duomo di Siena*. Recorrió infinidad de

pueblos y ciudades visitando cada iglesia, cada convento, cada gran casa en la que hubiese conservado aunque fuese un ladrillo de época gótica. Pero cuando llegó a Siena y vio el perfil recortado de la catedral tras aquellas casa color arena, supo que nunca hasta ese momento había estado ante una belleza igual. Cómo podía un edificio completamente rayado, por dentro y por fuera, formar un conjunto tan equilibrado. Cómo podía ser tan armónicamente hermoso lo que en una explicación rápida se entendería como un pastiche mal encajado. Cómo podían los críticos transmitir tan mal la sensación de grandiosa belleza que se sentía al contemplar aquel edificio.

Antes de salir de viaje había estado leyendo detenidamente el trabajo de Argan, un estudioso de la Historia de la Arquitectura que le había recomendado su padre. Era un trabajo sesudo y minucioso, escrito con un lenguaje complejo, lo que técnicamente se define como cargado de preciosismo literario. En él, el autor resalta las cualidades técnicas y la herencia clásica de cada edificio, pero sin el más mínimo matiz de humanidad. Como si los edificios simplemente se hubiesen ido apareciendo en los sitios. Si en un principio, durante las primeras visitas, a Leonardo le pareció que el libro le estaba siendo de gran ayuda, ahora, ante la Catedral de Siena, sabía que ya no podría utilizarlo más que de guía técnica.

Tenía que volver sobre todo lo escrito ya y trufarlo de sus sensaciones. Había que aportar matices nuevos para que el libro tuviese algún valor añadido.

Decidió que su aportación consistiría en empezar a interpretar aquellos edificios como las creaciones humanas que eran. Con sentimientos volcados en ellos, con temores, silencios y ausencias. Le parecía que alguien capaz de crear aquella maravilla debía poder encontrarse por los recovecos de las paredes o en los trazados de los arcos. El carácter de aquel artista tenía que estar impreso en cada pieza de mármol. Y especialmente en este caso, en la obsesión por rayar con mármol bicolor todo el edificio. Desde luego que podían rastrearse influencias artísticas previas, pero si unos artistas elegían esa decoración y otros no, era evidente que entre ellos había diferencias. La combinación de colores en líneas perfectamente trazadas creaban un espacio que al contemplarlo desde uno de los asientos de la nave central parecía que se moviesen. Las rayas generaban un espacio cada vez más pequeño, una sensación de claustrofobia que colaboraba con el necesario recogimiento que imponía en lugar. Esa debía ser la clave de la elección. Un hombre turbado y asustadizo elige un entorno al que temer y así poder centrarse mejor en sus oraciones, completamente retraído ante la exuberancia que lo rodea apabullándolo.

La catedral fue terminada a mediados del siglo XIII, aunque se basaba en una estructura anterior que se adaptó para convertirla en el mayor ejemplo de estilo gótico. Su planta de cruz latina cumplía estrictamente los cánones estipulados. Tras los descubrimientos humanizadores realizados en la catedral de Siena y con su lista de maravillas del mundo recién inaugurada, el resto del

libro fue un regalo. Hubo días que incluso deseó que no se terminase nunca el tiempo que le había dado el editor, ni los sitios que poder visitar.

El resultado fue magnífico. Aquel fingido erudito que le había propuesto el trabajo quedó encantado y no solo cumplió con lo pactado y le pagó nada más recibir el manuscrito, sino que le ofreció firmar un par de números más de la colección a la que pertenecía el libro recién entregado. Leonardo no lo dudó un solo segundo, firmó sin ni siquiera leer los contratos para los libros titulados *Arquitectura islámica en España* y *La Arquitectura en el siglo XX*. Lo había vuelto a hacer, le estaba ofreciendo dos temas gastados de tanto manosearlos, pero ahora para Leonardo se presentaban como un regalo de los dioses. Las perspectivas no podían ser mejores, el único inconveniente era que no sabía prácticamente nada de ninguno de los dos asuntos, solo lo básico estudiado en la Escuela de arquitectos. Eran temas completamente ajenos a lo que hasta ese momento había dedicado su vida. Y más lejano aún, de lo que había rodeado su infancia, pero no se lo hizo saber al editor. -Creo que puedo establecer una estructura similar a la que acabo de poner en práctica para el libro del gótico. Ambos son temas interesantes y darán mucho juego si me guío por la estructura ya planteada. Leonardo fingía frialdad y sobriedad a la hora de hablar con el editor. Bien es verdad, que era su modo de enfrentarse al mundo, manteniendo una distancia que excedía la prudencial, pero en esta ocasión transmitía una profesionalidad ejemplar que el editor no fue capaz de detectar como ficticia o, al menos, sobredimensionada.

Estos trabajos, que habían llegado sin previo aviso, como caídos del cielo, supusieron un periodo nuevo en la vida de Leonardo. Los meses que les dedicó a su realización fueron marcando hitos en su vida. Nuevos edificios pasaron a formar parte de sus maravillas. La sensación de miedo ante la belleza que descubriría y que no esperaba encontrar, junto con el retraimiento que sentía cada vez que encontraba uno de estos lugares, se convirtieron para Leonardo en un placer. Un placer difícilmente encasillable porque el miedo era el impulsor fundamental de aquellos sentimientos. Un miedo brusco, repentino y helador, que le hacía quedarse sin aire. Lo paralizaba y empezaba a notar como si la sangre se le estuviese poniendo fría. Cuando al entrar en un lugar empezaba a tener estos síntomas sabía que un nuevo sitio podía ser añadido a su lista. Se sentaba donde pudiese y empezaba a controlar la respiración mientras dejaba volar sus pensamientos por todas las esquinas y rincones del espacio que lo rodeaba. Eso era lo que acababa de ocurrirle al entrar en la Catedral de Brasilia y allí estaba sentado respirando entrecortadamente mientras recordaba aquello que lo había llevado hasta ese lugar, última de las paradas programadas para concluir el libro que debía dedicar a la arquitectura del siglo XX.

Para el libro dedicado a la arquitectura andalusí tuvo que recorrer más de media España y parte de Portugal. Medina Azahara y el Patio de los Naranjos en Córdoba, la pequeña mezquita de Bib Mardum, de Toledo, el

Salón de Embajadores del Alcázar de Sevilla, la preciosa Ermita de Cuatrohabitan, cerca de esta última ciudad, fueron algunos de los lugares que más disfrutó durante sus visitas. La falta de conocimientos sobre estos edificios las fue supliendo con un interés desmedido por conocer sus épocas, sus periodos históricos y las distintas influencias que podían rastrearse por sus paredes. Fue así como tuvo que dedicarle casi más tiempo a estudiar historia que arte. Sintió que para comprender lo que estaba viendo necesitaba comprender los periodos, los saltos de poder y las evoluciones sociales que se iban produciendo localmente. De todas las etapas estudiadas se dejó deslumbrar por la época de Taifas. Aquellos reinos independientes, como si de ciudades-estado italianas se tratasen, eran un compendio de riqueza tanto arquitectónica como literaria y artística. Ningún otro periodo en época andalusí había sido tan fructífero como ese.

Con todo lo aprendido y recopilado empezó a componer el libro, pero antes de concluir el primer mes de redacción, sintió la imperiosa necesidad de salir de viaje. Necesitaba rastrear influencias, buscar impresiones previas que le ayudasen a ir ensamblando lo encontrado por España. Todo tenía que tener un pasado del que proviniese, quería concretar los antecedentes casi genéticos de las construcciones andalusíes. Era evidente que la generación espontánea no podía aplicarse a todo aquello y Leonardo necesitaba sentir que los había localizado. La decisión le resultó fácil de tomar: iría a Damasco. Quería conocer la gran mezquita. Un edificio que en los libros de arte islámico aparecía como



una de las primeras grandes obras realizadas por un califa, al-Mansur, pero sobre el que no terminaban de ponerse de acuerdo los críticos pues parecía ser una basílica bizantina previa e incluso un templo romano dedicado a Júpiter.

Una semana después, Leonardo estaba sentado en el aeropuerto esperando que anunciaran su vuelo. Había dormido mal, las noches previas a un viaje siempre se ponía nervioso. La espera se le estaba haciendo eterna, necesitaba sentarse en su asiento junto a la ventana para poder apoyar la cabeza contra el cristal y quedarse dormido. El de la ventanilla era el único de los asientos de un avión en que conseguía dormir. Los que están dando al pasillo no son del todo malos, pero rara es la persona que pasa y no te da un pequeño golpe, un puntapié, engancha el lateral del abrigo en el brazo del asiento, o cualquier otra cosa que te hace estar la mitad del viaje teniendo que decir -no importa, no es nada, no se preocupe-, y cosas parecidas.

Pero si el asiento del pasillo es incómodo, el central es aún peor. En ese si que es imposible moverse, sea lo que sea que hagas con las piernas siempre te encuentras con la de alguno de tus compañeros de viaje. Los codos hay que mantenerlos pegados al cuerpo para no tener la sensación de que vas a clavárselo al de al lado y si intentas dormir no puedes inclinarte ni a izquierda ni a derecha, para no terminar dormido sobre un hombro desconocido. Solo puedes apoyar la cabeza hacia atrás. Una postura en la que a todo el mundo se le termina abriendo la boca y se le pone irremediabilmente cara de bobo. Eso

si logras dormir, pues resulta casi imposible hacerlo mientras intentas mantener la cabeza recta, hay que concentrarse en no dejar que vaya resbalándose hacia uno de los lados. Esta era una de las razones por las que Leonardo siempre llegaba con tanto tiempo al aeropuerto, quería ser uno de los primeros en facturar cuando abriesen el mostrador, y así poder elegir el asiento deseado.

Leonardo sabía que todo ese análisis sobre la idoneidad de un asiento sobre otro a la hora de facturar era un ejemplo perfecto para comprender su carácter. Era una persona organizada, tímida, vergonzosa, puntillosa y excesivamente preocupada por los detalles. Esto a la hora de trabajar siempre eran puntos a su favor pues, como no le gustaba tener mucha vida social, podía dedicar todas las horas del día a lo que tuviese entre manos con una precisión y una autocrítica que normalmente eran excesivas.

Por fin anunciaron la puerta de embarque de su vuelo a Roma, primera escala del viaje hasta Damasco. Era la combinación más barata que le habían encontrado en la agencia con tan poco tiempo de margen. Las prisas y las urgencias no son amigas del precio a la hora de comprar un billete. Leonardo nunca había logrado encontrar un billete que mereciese la pena de esos de *last minute*, que tanta gente aseguraba haber comprado. Estaba convencido de que no eran más que faroles para hacer ver la capacidad de improvisación y de ser *gente de mundo* que tienen los que presumen de esos hallazgos. La envidia desde luego pesaba mucho en esta interpretación, pues era verdad que él

nunca había logrado comprar un buen billete por internet, y ya ni lo intentaba. Después de haber perdido hace meses una tarde entera intentando comprar un billete a donde fuese con tal de que le costase entre 50 y 60 euros, que se había auto-impuesto de límite, y no encontrarlo, decidió que desde ese momento y en adelante siempre iría a una agencia de viajes. Prefería pagar los gastos de gestión antes que tener que volver a pasar un minuto brujuleando inutilmente por aquellas páginas de internet.

Cuando lo llamó la chica de la agencia para decirle que si quería que le saliese realmente barato el billete tenía que pasar una noche en Roma le pareció providencial. La única vez que había estado en Roma fue cuando ya estaba terminando su periplo italiano para el libro del gótico. Llevaba tiempo de viaje, estaba agotado y sus paseos por la ciudad hubo ratos que rayaron lo onírico. Ahora le brindaban una nueva oportunidad, por lo que decidió sacarle partido.

Cuando por fin anunciaron su vuelo, una vez que logró instalarse en su asiento, después de haber metido su bolsa de mano en la cabina que tenía sobre la cabeza, miró la hora calculando -tengo casi dos horas y media para dormir. Ni le daba miedo volar, ni se mareaba, ni siquiera sentía un cosquilleo especial cuando los aviones despegaban y aterrizaban, por lo que si lograba conciliar el sueño pronto sería una siesta magnífica que le permitiría llegar a Roma despejado y dispuesto a recorrer concienzudamente la ciudad. El viaje

empezó bien, pero cuando llevaban volando casi una hora, el mismo tiempo más o menos que Leonardo hacía que dormía, sintió un fuerte dolor repentino en el pie. Se despertó sobresaltado y como se temía, la mujer que estaba sentada a su lado, a la que no había visto hasta ese momento, lo estaba pisando mientras intentaba desesperadamente encontrar una postura en la que poder descansar un rato. Cuando vio que Leonardo abría los ojos y fruncía el ceño por el dolor, se deshizo en disculpas a las que él simplemente respondió asintiendo, sin pronunciar ni una palabra para no darle la oportunidad de seguir con la conversación. Si volvía a cerrar los ojos aún podía quedarse dormido de nuevo.

Así fue, la siguiente vez que Leonardo se despertó la azafata lo estaba casi zamarreando para despertarlo porque era la última persona que quedaba en el avión. Se levantó despacio mientras se estiraba disimuladamente y fue a coger su maleta. Al moverla vio que por detrás se escurría un pañuelo azul de flores. Debía ser de aquella mujer que había estado sentada a su lado durante el viaje, por lo que lo cogió para intentar devolvérselo. Dio por hecho que la vería por el aeropuerto, tal vez en la sala de cintas transportadoras de maletas. No fue así, la buscó por la sala de recogida de equipajes, por la de llegadas y entre la fila de personas que esperaban un taxi, pero no la encontró. Creyó que tal vez no la estaba reconociendo porque solo había tenido los ojos abiertos un par de minutos mientras ella se disculpaba por el pisotón, pero no lo creía muy probable porque solía tener una memoria casi fotográfica y aunque con el

sueño y el sobresalto no lo había pensado, ahora que la recordaba era una mujer de rasgos dulces, no excesivamente guapa, pero con una gran sonrisa que ahora se le aparecía nítidamente.

Después de varias vueltas sin éxito guardó el pañuelo en el bolsillo exterior de su maleta y buscó los carteles que le indicasen por dónde ir a coger el tren *Leonardo da Vinci Express*, según había leído en internet, unía el aeropuerto de *Fiumicino* con la estación *Termini*. Llevaba en un papel apuntadas las indicaciones que había copiado de la página web del hotel para no perderse una vez que se bajase en la estación. Debía que llegar hasta la *Residenza Ki*, como se llamaba su hotel. Roma era una ciudad exageradamente cara para Leonardo, cuando empezó a buscar hotel solo podía permitirse pequeñas pensiones muy alejadas del centro, y eso no le interesaba: así no podría sacarle partido a una tarde y una noche, la escala dejaba de tener tanta gracia. Decidió hacer un esfuerzo, pagar un poco más por la noche en un hotel lo mejor situado posible y a cambio coger un tren en vez de un taxi como solía hacer. Al final un hotel a las afueras y un taxi era casi lo mismo que el tren más la habitación en la *Residencia Ki*, la única que no llegaba a 150 euros en temporada baja.

Una vez que se bajó del tren y salió de aquella inmensa estación dedicada al Papa Juan Pablo II desde diciembre de 2006, la luz ya mortecina del principio de la tarde a mediados de otoño, imprimía en la ciudad un

ambiente de tristeza contagioso al que Leonardo quiso sobreponerse callejeando sin dirección. Cuando se dio cuenta, se había alejado bastante, estaba en las Termas de Diocleciano. Seguía tirando de la maleta y cada vez hacía más frío. Como las indicaciones que tenía partían desde la estación donde había dejado el tren, fue preguntando cómo volver y una vez en la puerta leyó el papel que tenía guardado en el bolsillo: *Es posible llegar a la Residenza Ki recorriendo a pie Via Nazionale durante unos 500 metros y girar a la derecha en Via Quattro Fontane, donde empieza Via Rasella. En alternativa, coger la línea A del metro, bajar a la parada de Piazza Barberini y seguir a pie hasta Via Rasella (unos 300 metros)*. La elección fue rápida, iría a pie aunque fuese un buen rato, quería seguir disfrutando de la ciudad. Por el camino no dejó pasar el más mínimo detalle: grandes casas, edificios más humildes con ropa colgando por los balcones, cúpulas en la distancia perfiladas contra un cielo ya oscurecido...

La llegada al hotel supuso una sorpresa inesperada, nada más entrar vio de lejos a su compañera de vuelo, aquella que había estado buscado sin éxito por el aeropuerto estaba ahora de pie junto al mostrador de recepción con una montaña de toallas limpias en las manos. Se acercó hacia ella mientras sacaba el pañuelo del bolsillo de la maleta. Ella parecía que también lo había reconocido al entrar, Leonardo se sintió seguido con la mirada mientras avanzaba y cuando sacó el pañuelo notó que se le acercaba sonriendo -increíble, qué casualidad coincidir también en el hotel, pero qué hayas

encontrado mi pañuelo y lo traigas es demasiado. Gracias, de verdad, lo daba por perdido ¡qué alegría! Exclamó con tono de absoluta sorpresa. Y tenía razón, era una buena jugada del destino.

Le dijo que se llamaba Isadora, y empezó un larguísimo discurso acerca de la pasión que su madre sintió siempre por la figura de la bailarina Isadora Duncan. Su vida, su talento para la danza y la improvisación, sus tragedias vitales y finalmente su espantosa muerte. Leonardo perdió el hilo del discurso en la segunda frase, iba pescando retazos pero se vio sorprendiéndose a sí mismo concentrado en seguir los labios de aquella mujer que acababa de conocer. Cuando por fin terminó con la explicación, Leonardo no apuntó nada, simplemente le preguntó -¿Te apetece dar un paseo por el centro y cenar? Ante su estupor ella aceptó de inmediato -claro, me apetece, pensaba salir sola. Dame un poco de tiempo que me arregle y nos vemos aquí. La llaneza y rapidez de la respuesta hizo que a Leonardo le temblaran las piernas. Había sido un impulso, pero nunca creyó que fuese a salirle bien la maniobra, desde luego no le había ocurrido antes. Quedaron allí mismo treinta minutos más tarde, el tiempo de refrescarse después de un día tan largo.

Cuando llegó a su habitación y miró la hora, se dio cuenta de que no era tan tarde como creía, le había despistado que anocheciese pronto. Si salían en media hora tendrían al menos tres horas para pasear. Empezó a pensar rápidamente qué hacer, inventó un itinerario que le diese seguridad y soltura.

Fingió conversaciones ante el espejo del cuarto de baño. Necesitaba dar imagen de hombre de mundo. Por supuesto no era la primera vez que salía con una mujer, pero sí la primera que lo hacía con una desconocida, y lo que era peor aún para Leonardo, sin haberlo planeado previamente. Tenía que improvisar y eso le hacía perder los nervios. Se tumbó en la cama y empezó a respirar profundamente para calmarse, no quería llegar nervioso. Su imagen de escritor aventurero iba a pasar esa tarde el peor de los exámenes: una mujer charlatana -me va a inundar a preguntas, pensó.

Se dio una ducha rápida, se vistió con ropa limpia y bajó hasta la recepción por la escalera, así fingiría que los traspies de nervios no eran tales, sino provocados por el resuello de haber bajado por la escalera. La impresión al entrar en la sala fue mayor de la que esperaba. Isadora había sustituido los pantalones anchos y la camisa de corte masculino que llevaba treinta minutos antes, por un vestido azul ajustado a la cintura y falda de vuelo con una chaqueta de punto y el pañuelo recuperado liado al cuello.

Leonardo sonrió haciendo acopio de toda su templanza y se acercó distraído hacia ella, queriendo fingir que no se había dado cuenta de lo preciosa que se había aparecido antes sus ojos. Salieron a la calle y empezaron a andar sin un rumbo determinado. El hecho de que ella hablase sin cesar y saltase de un tema a otro fue empujando a Leonardo a sentirse cada vez más cómodo, por lo que empezó también a hablar aunque en un principio no le dio tantos



detalles de su vida como había estado haciendo Isadora. Sí le contó que su viaje a Roma no era más que una escala obligatoria hacia Damasco -estoy trabajando en un libro sobre arquitectura andalusí y me he embarcado en rastrear posibles orígenes, intentaba aparentar una costumbre de modos que se alejaban completamente de su realidad. Necesitaba mantener el personaje de ficción con que solía protegerse pues estaba notando que por primera vez en su vida se sentía vulnerable incluso detrás de su parapeto.

Un paso tras otro fueron dejando agotarse la tarde. Habían conseguido un plano turístico muy rudimentario, en él vieron que si iban hasta la estación *Termini*, como punto de referencia conocido, estaban relativamente cerca del Coliseo y del Foro Romano. Hacia allí se encaminaron, distraídos en el recorrido pero centrados en la conversación. Isadora le contó que estaría instalada en la Residenza Ki un par de semanas, tenía una beca de investigación subvencionada por una fundación privada que le daba al mes el doble de lo que Leonardo hubiese podido soñar en su vida con cualquiera de la que él había podido ir consiguiendo. Además de haberle facilitado la gestión para conseguir un pase de investigadora a los Archivos Vaticanos.

Era historiadora, había ido dando bandazos, picoteando con sus investigaciones entre un tema y otro, lo que le recordó a Leonardo su propia trayectoria, pero desde hacía un par de años estaba centrada en el estudio de la época Trajana. En ese momento, le contó, estaba trabajando en un artículo

sobre el suplicio de San Ignacio de Antioquía. Leonardo no había oído hablar nunca de aquel santo pero no lo hizo ver, asintió como lo venía haciendo y siguió escuchando. San Ignacio había muerto en Roma en el año 107, después de haber sido obispo de Antioquía durante más de treinta años. Discípulo del apóstol san Juan, según las crónicas, fue el segundo sucesor de san Pedro en la sede de Antioquía, siendo condenado, en tiempo del emperador Trajano, al suplicio de ser devorado por fieras. Fue trasladado a Roma, donde consumó su glorioso martirio.

Mientras la escuchaba, Leonardo sintió un escalofrío, en cualquier circunstancia hubiera sido por haberla escuchado hablar en esos términos sobre el martirio, pero en esta ocasión presentía sentimientos que no reconocía. Era como una sensación casi inexplicable de seguridad en sí mismo. Sin poder evitarlo hizo un movimiento brusco con los codos, se le pegaron a los costados como si necesitase protegerse, tenía, de repente, la sensación de estar quedándose desprotegido de todas aquellas máscaras que durante tantos años había estado poniéndose encima. Ahora que veía que le bombardeaban el fuerte, se sentía placenteramente tranquilo. Otras veces, en ese momento, se había asustado y había huido por la retaguardia. Había hecho *mutis por el foro*. Por primera vez en su vida, y después de muchos intentos fallidos que lo habían ido convirtiendo en un solitario, estaba con una de esas mujeres con las que tantas veces había soñado: una persona independiente, segura de sí misma, con interés en la vida y necesidad de seguir rebuscando por los

márgenes de la historia, y todo eso aderezado con una sonrisa encantadora y una mirada penetrante, fija en los ojos del interlocutor, serena en su belleza.

Mientras ella le contaba todo aquello y Leonardo llegaba a sus propias conclusiones, se dejó guiar por la ciudad sin preguntar ni dónde iban. Bajaron por la *via Cavour* buscando el Coliseo. Cuando lo vieron aparecer entre los edificios que lo rodeaban, Isadora le resumió brevemente los mínimos conocimientos históricos que necesitaba para acercarse a aquella impresionante construcción. Bien era verdad que Leonardo lo había estudiado desde un punto de vista técnico, pero no sabía o no recordaba nada de su historia. -Conocido también como Anfiteatro Flavio, se comenzó a construir en el año 70 d.C., en época de Vespasiano. Fue inaugurado por Tito en el 80d.C. con espectáculos que duraron 100 días y en los que mataron casi 5.000 fieras. Isadora acompañaba con parsimonia los datos sobre el edificio con el ritmo pausado del paseo, -se calcula que empleó más de 100.000 metros cúbicos de mármol travertino para su revestimiento. Cabían unas 70.000 personas. Tras estas últimas cifras ralentizó aún más el paso mirando hacia arriba, como perdida entre los muros medio derruidos que teníamos ante los ojos. -El último espectáculo celebrado del que se tienen noticias fue en el año 523, en época del rey godo Teodorico, entonces ya simplemente se celebraban representaciones de caza, pues los espectáculos de gladiadores se había abolido en el año 438.

El paseo en aquel momento se convirtió en una ruta turística pues una vez en la plaza del Coliseo le indicó donde había estado el gran coloso dorado de Nerón, al cual tras su muerte se le sustituyó la cabeza por la del dios Sol. De la historia del Coliseo a grandes pinceladas saltó al Arco de Constantino. -Aunque fue mandado construir en el año 312 d.C. en honor del Emperador que había liberado a Roma del tirano Magencio- según leyó traduciendo directamente del latín, de la inscripción ante la que se había detenido. -Toda su profusa decoración de relieves y estatuas fue recuperada entonces de construcciones anteriores datadas de época de Trajano, Adriano y Marco Aurelio, por lo que las escenas representadas están más cerca, en el tiempo, de mis investigaciones. Al terminar de decir esto se giró mientras hacía un leve movimiento afirmativo con la cabeza. Cuando iba a empezar a hablar de nuevo Leonardo dio un paso al frente, le apoyó las manos en los codos intentando inmovilizarla, como si pensase que huiría si adivinaba sus intenciones y la besó. Isadora no hizo el más mínimo movimiento, no intentó soltarse ni mover los brazos a pesar de que Leonardo le estaba apretando demasiado fuerte, simplemente se dejó besar.

Volvieron a ponerse a andar y tras varios pasos en silencio Leonardo creyó que hasta ahí había llegado la noche -Lo siento, siento la torpeza de haber estropeado el rato pensando que podía besarte. Ha sido un impulso. Antes de que pudiera continuar Isadora se detuvo bruscamente, se giró hacia él y mirándolo de nuevo a los ojos lo volvió besar. Ya no estaba nerviosa,

llevaba desde que se vieron en la recepción del hotel sin parar de hablar porque ese era su modo de esconderse cuando se sentía vulnerable. Por eso tras el beso se había quedado por fin callada. Le propuso sentarse a cenar en el primer sitio que viesen, pero con la condición de que entonces sería él quien le contase qué hacía allí, y a qué se dedicaba. Fue así como de un modo inesperado la noche se convirtió en una conversación interminable, con confidencias y un repentino enamoramiento que ninguno de los dos esperaba y menos cuando recordaron riendo el pisotón que Isadora le había dado en el avión aquella mañana. Fueron dejando que el día se agotase hasta terminar compartiendo la cama de aquel hotel romano que por juegos del azar los había hecho reencontrarse.

Al amanecer Leonardo se levantó muy despacio de la cama para no hacer ruido, quería irse sin despertarla. Dejó una nota enganchada en el marco del espejo del cuarto de baño. **-Vuelvo dentro de una semana-** sin más, ni besos, ni ñoñerías. Menos aún un *te quiero* precipitado que la asustase, simplemente un mensaje escueto y directo, informativo.

Cuando llegó al aeropuerto, creyendo que iba con el tiempo justo, corrió por los pasillos para no perder el vuelo pero al llegar ante la puerta de embarque vio que saldría con retraso. En vez de enfadarse, como hubiera ocurrido en cualquier otro momento, lo agradeció y decidió dirigirse a la oficina de atención al cliente para intentar cambiar su conexión de vuelos de vuelta y

poder pasar en Roma una semana más a su regreso de Damasco. Hacer coincidir su viaje con el de ella. No le había contado a Isadora este cambio porque se le acababa de ocurrir por lo que si a la vuelta notaba que lo de la noche anterior había sido provocado por el momento o el deseo de no pasar una noche solos, él tendría una semana más de paseos romanos y tiempo para desintoxicarse de aquel enamoramiento antes de volver a su vida cotidiana.

A Damasco llegó desganado. Aquel viaje que había planteado como unas vacaciones breves en las que rastrear lo necesario para tener soltura y bagaje a la hora de concluir su libro, se había convertido en una semana sobre la que discurrir lo más rápidamente posible y poder regresar a Roma. Perdido en estos pensamientos salió del aeropuerto, distraído se montó en un taxi sin haber hablado primero con el conductor, le indicó la dirección del hotel en el que se iba a quedar y dejó que los pensamientos siguiesen vagando por su cuenta. La vuelta a la realidad fue repentina. El tráfico circulaba a una velocidad de vértigo, los coches cambiaban de carril de un modo espeluznante y la gente se lanzaba a cruzar las calles sin consideraciones, daban un paso al frente y ni giraban la cabeza para mirar si se acercaba algún coche, simplemente seguían andando. Fue así como Leonardo se encontró de sopetón en medio de la escena que estaba viviendo. Habían estado a punto de atropellar a una mujer que cruzaba cargada con bolsas, por lo que el conductor había tenido que frenar de golpe.

Al sentarse en el taxi cuando salió del aeropuerto ni se dio cuenta de que no había cinturones de seguridad en los asientos traseros, pero como iba centrado en sus pensamientos ni lo notó y se acomodó sabiendo que le quedaba un rato de recorrido más por el tráfico que habría en una ciudad como aquella, que por la distancia que tenía que recorrer. Al sentir el cimbronazo del frenazo y notar cómo se daba con el espejo retrovisor en la frente colándose entre los dos asientos delanteros cayó repentinamente de la nebulosa en el que llevaba instalado desde el día anterior. Estaba en Damasco y acababa de estar a punto de ver a una mujer estrellarse contra el cristal delantero de aquel Mercedes destartado, se había dado en la frente y aunque enseguida supo, al llevarse la mano a lugar de la frente que aún le quemaba por el golpe, que no se había abierto una herida, inmediatamente se le formó un chichón. El taxista ni se giró, sacó la cabeza por la ventanilla y empezó a dar unas voces a las que aquella mujer, que acababa de salvar la vida, ni respondió. Para sorpresa de Leonardo ni siquiera hizo un gesto de disculpa, siguió andando cargada con sus bolsas hasta llegar al otro lado de la avenida que estaba cruzando.

Aunque la llegada a Damasco había sido apoteósica y Leonardo pensó que podía ser significativo de la velocidad a la que pasaría la semana, la realidad fue que el transcurso de los días no discurrió así. Pasaron con pesadez. El sofoco ambiental se hacía insoportable a ratos. Los ruidos, el polvo, la gente. Le parecía que todo se multiplicaba de manera exponencial cada vez que cruzaba la puerta del hotel y empezaba a callejear. Solo encontraba silencio

cuando cruzaba el umbral de la Biblioteca Nacional al-Assad por donde había empezado sus investigaciones, aunque cada vez que entraba tenía que sobreponerse al bofetón de frío que sentía por la potencia a la que estaba puesto el aire acondicionado en el edificio a pesar de la época del año en la que estaban, un incipiente otoño que por esa costa del Mediterráneo aún no se había dejado sentir. Todo el calor del que venía quejándose por el camino era el que echaba de menos cuando sentía aquel frío, teniendo incluso que llegar a ponerse una chaqueta después de un rato sentado en la sala de investigación.

El objetivo principal de aquella escapada era visitar y estudiar la Gran Mezquita de Damasco, pero al llegar a la ciudad y debido a su ánimo, decidió organizar el tiempo de otra manera. Primero acudiría a la Biblioteca durante unos días para poder reestablecerse del desequilibrio que le había supuesto conocer a Isadora. Dejaría la visita a la mezquita para el final, unos días de rutina vulgar en un refugio tan indispensable en la idiosincrasia de Leonardo como una biblioteca era fundamental en ese momento. Mientras, asumía como natural que necesitaba asimilar todo lo que encontrase por entre los libros, escudriñar cada rincón del edificio en papel, hacerlo para exprimir más tarde lo visto y volcarlo en su libro.

Los días en la Biblioteca, protegido por el peso de las páginas y a coraza de las palabras a su alrededor como parapeto, le sentaron a Leonardo muy bien. El tiempo era insobornable, los minutos pasaban con lentitud por lo que



logró sacarle partido a las horas allí empleadas. Incluso le interesó la historia de la propia Biblioteca. Leyó que había surgido como tal en 1919 cuando el gobierno del momento asumió el control y la conservación de los casi 2.500 manuscritos de la Biblioteca al-Zahiriyya, fundada en 1880. años después pasó a llamarse Biblioteca Nacional, aunque no sería hasta 1968 cuando el Ministerio de Cultura decidiese ubicarla en un lugar nuevo y comenzasen las obras del actual edificio que la alberga y que finalmente fue inaugurada en noviembre de 1984. Con todo esto, leído en un folleto de la sala de espera, mientras le hacían el carné de investigador visitante, pensó que había acertado eligiendo aquel lugar para comenzar su trabajo en la ciudad. Nada de lo que había leído le aseguraba que los fondos de la biblioteca fuesen buenos o al menos los que él necesitaba, pero deseaba encontrar motivos para sentirse bien. Ser positivo.

Al organizar el viaje había escogido un hotel a menos de quince minutos andando de dicha biblioteca. Eso quería decir que podía evitar coger un taxi nada más arrancar el día. Aunque en un principio los ruidos y la sensación de desconcierto ambiental lo habían hecho sentirse agobiado, se acostumbró en un par de paseos y terminó reconociendo que disfrutaba de aquellos callejeos bulliciosos. Cada mañana andaba hasta la calle *Adnan al-Malik* y atravesaba los jardines que rodeaban el edificio por la plaza *Umayyeen*. Se instalaba en la sala nº 2, dedicada a Ciencias Sociales y Arte, como decía el cartel de la puerta según le tradujo el bibliotecario, pues todos los letreros estaba en árabe. Pasaba allí las horas solicitando uno u otro libro que iba

destripando a toda velocidad y sin piedad, para poder abarcar el máximo posible en el tiempo que tenía.

Cuando le entraba hambre salía a sentarse en un pequeño café que había localizado la primera mañana durante el paseo. Acorde con su obsesiva necesidad de no improvisar, al pasar la primera vez decidió que ese sería un buen sitio y acudió durante los tres días que estuvo trabajando en la Biblioteca. Las dos primeras comidas incluso fueron iguales. Se hizo entender como pudo hasta averiguar que el primer plato de la carta eran calabacines rellenos de carne. Los piñones que encontró entre la carne y la salsa de yogurt que cubría el fonde del plato fueron una sorpresa que resultó ser una delicia. Por esta razón el segundo día al sentarse en la misma mesa señaló con el dedo en la carta y volvió a perderse en sus pensamientos mientras saboreaba aquel descubrimiento culinario.

Al entrar por la puerta el tercer día se le acercó muy sonriente el camarero, le pidió que se dejase aconsejar Leonardo se sintió acorralado, la educación se imponía, pero la idea de que no solo iba a tener que cambiar de comida, sino que además sería sorpresa hasta que tuviese el plato sobre la mesa, se le clavaba como una punzada en mitad de la frente. En ese momento recordó una historia que había leído en un libro que le habían regalado por navidad, en la que el roquero Mark Everet, creador del grupo *Eels*, la banda sonora de los últimos años de su vida, contaba que durante una gira con un tal

músico Kool G, este solía pedirle al camarero que lo sorprendiera, nunca habría la carta y más de una vez se llevó una desagradable sorpresa. Entonces Leonardo había pensado que él sería incapaz de hacer eso y ahora se encontraba en aquella cafetería siria en una situación parecida.

No pudo más que asentir con una sonrisa y esperar. Un rato después aparecía el camarero con una bandeja repleta de fuentes que fue poniendo sobre la mesa mientras explicaba cada una: en primer lugar, pan pita con *hummus*, lo que debía ser la masa hecha a base de garbanzos pues le estaba mostrando una puñado de estos. A continuación una papilla con semillas de sémola y otras hierbas, que estaría hecha de berenjenas pues era lo que le enseñaba entonces, dijo que se llamaba *Baba Ganoush*, o al menos así le sonó a Leonardo. Al último plato lo llamó *Mujaddara*: lentejas con arroz.

Tras muchos agradecimientos empezó a comer con miedo, despacio, se sentía observado. Todos estos pensamientos se derrumbaron en cuanto probó el primer bocado de aquel plato de berenjenas pues no tuvo que disimular más siguió comiendo tranquilamente, ya sin tensión, pero con dos nuevos pensamientos en su mente que se le atravesaban: Por un lado, el hecho de que el *Baba Ganoush* fuese un plato de berenjenas lo hacía sentirse esencialmente mediterráneo, lo unía indisolublemente con todo lo que lo rodeaba. Por otro lado, se hacía una y otra vez la proposición de empezar a ser más espontáneo, pero no le salía de modo natural. Cada vez que se le presentaba una

oportunidad terminaba dando un paso atrás y seguía por sus carriles preestablecidos. Lo que no conseguía entender era cómo la noche que conoció a Isadora fue capaz de saltar de esa manera al vacío, y más aún, cómo a la mañana siguiente en el aeropuerto cambió aquellos billetes. Su vértigo ante aquellos pensamientos fue tal que decidió no arrepentirse y seguir disfrutando de la comida.

Esa tarde ya no necesitaba volver a la biblioteca. Los tres días que había estado yendo a trabajar habían sido de gran utilidad y por fin podía visitar la Gran Mezquita de Damasco con conocimiento del lugar, como realmente se aprovechan las visitas de trabajo. Pero esa tarde se la concedía libre para deambular por las calles de una ciudad desconocida con la guía turística en mano. Aunque solía despreciarlas cuando viajaba, pues pasan por alto los lugares realmente interesantes a costa de los más conocidos, ese día iba a darle la oportunidad de ayudarlo a desentenderse por unas horas de sí mismo. Quería pasear como un turista más para poder tener sus pensamientos en otras cosas, quería dedicarlos exclusivamente a Isadora. En un par de días volvía a Roma y necesitaba estar relajado y aprender a disimular sus manías, parecer un turista normal tal vez era un buen ejercicio de entrenamiento.

Desde hacía ya un tiempo le obsesionaba cada vez más aquella frase que había leído en la novela *Amok* de Stefan Zweig: *Madame de Prie vagaba arriba y abajo como una fiera salvaje en la prisión de su soledad interior*. Desde luego

los motivos de la angustiosa soledad de Madame de Prie no eran los mismos que los que a él lo agobiaban pero la sensación sí podía parecerse y Leonardo no deseaba sentir esa angustiosa soledad. Tenía que lograr aprender a vivir en el mundo real, sin asustarse ante la perspectiva de sorpresas inesperadas y sabiendo reaccionar ante los imprevistos. Tras mucho tiempo analizando estos asuntos y la sorpresa de la noche con Isadora, Leonardo sabía que el punto de inflexión en su vida había llegado y que se le había presentado en bandeja de plata. Ahora solo tenía que sacarle partido y no esconder la cabeza como habría hecho en cualquier otro momento de su vida.

La Alcazaba, la Madraza Zahiriyya, la Mezquita de Dervis Pasa, o el Palacio de Azam fueron algunos de los lugares que visitó aquella tarde iniciática. Armado con la guía turística como única defensa de sus miedos, recorrió paso a paso y minuto a minuto cada hora de la tarde y cada piedra de las calles de Damasco. Después de tanto caminar y como si de un rompesuelas se tratase, decidió que había terminado su ejercicio de entrenamiento y para culminarlo se sentó, sin pensarlo dos veces, en el bar que había al final de la calle por la que iba. Al dirigirse hacia aquel lugar, se encontró un arco romano que según la guía divide la zona musulmana de la cristiana en la ciudad antigua. Situándose según el plano estaba en la calle Bab Sharqi, el antiguo decumano del Damasco romano, junto a la puerta de Santo Tomás. Era un arco sin pretensiones, alejado, en su aspecto, de aquellos conmemorativos que había visto en Roma durante el paseo con Isadora. Pero al verlo volvieron a

venirle todos los recuerdos de aquella noche y se sintió bien consigo mismo, orgulloso de sus esfuerzos y satisfecho con sus logros. Aquel arco romano en Damasco era, en el enmarañado planteamiento vital que tenía desde hacía unos días, el certificado de que su ejercicio de entrenamiento estaba dando resultados y de que sus sentimientos por Isadora parecían cada vez más nítidos a pesar de las escasas doce horas que habían pasado juntos.

El final de aquel día decisivo llegó como deben hacerlo en ese tipo de días, sin nuevos sobresaltos, tranquilo aunque bullicioso. Acompasado con el ambiente callejero. Las decisiones y los cambios de ritmo en la vida deben ir sucediéndose, nunca agolpándose para que la saturación de momentos de tensión no haga que todo salte por los aires. Así fue como Leonardo quiso que sucediese y lo consiguió. Después de comer dejó que se le hiciese de noche mientras simplemente callejeaba. Ni siquiera volvió a abrir la guía. Ya no le interesaba acumular más información. Además, quería estar despejado y necesitaba descasar bien para su último y fundamental día en la ciudad: visitar la gran Mezquita de los Omeyas. Bien sabía Leonardo que cuando se pone demasiado interés y énfasis en algo suele decepcionar, pero a pesar de todo necesitaba generarse la ilusión, tener un objetivo vital a corto plazo que le recordase por donde iba pisando.

Quería empezar el último día temprano. El horario de visitas a la Mezquita era ininterrumpido exceptuando los momentos de oración, aunque

Leonardo imaginaba que si estaba ya dentro e intentaba pasar desapercibido no lo harían irse. Era muchísima la información que había ido recopilando de aquel edificio en el tiempo que le llevaba dedicado a ese trabajo, pero ahora quería ver con sus propios ojos la realidad de tantas palabras grandilocuentes. Por otro lado, hacía tiempo que no añadía ningún edificio nuevo a su lista de maravillas del mundo, pero al acercarse a la mezquita, sin ni siquiera haber entrado, aquel estaba ya incluido. Era una construcción imponente, grandiosa y robusta. Levantada a principios del siglo VIII sobre un antiguo templo romano dedicado a Júpiter que luego pasó a ser una basílica cristiana. Este edificio era uno de esos que tanto tiempo llevaba buscando, algo que le ayudase a justificar que la historia, y la arquitectura por extensión, no evoluciona por saltos al vacío puntuales, sino que todo viene de alguna parte. La teoría de la evolución de las especies de Darwin puede aplicarse a todos los aspectos de la vida.

El gran patio interior en el lado norte, en torno al que surgía el edificio, era de una proporciones descomunales. Tal como había leído en los manuales, oblongo en su estructura, con tres lados flanqueados por arcadas formando pórticos por los que se podía ver gente paseando, conversando o sentada con la espalda apoyada en alguno de los pilares. El cuarto lado era la fachada de la sala de oraciones. Sabía que durante mucho tiempo se consideró la octava maravilla del mundo y ahora, allí plantado, lo entendía. La sensación de grandeza lograda por las dimensiones heredadas del antiguo templo romano,

junto con la luz dorada que desprendían todos aquellos mosaicos bizantinos generaban un conjunto envolvente, único. Leonardo sabía que ya solo necesitaba aplicarle su teoría: tenía que humanizarlo. Aislarlo de todas las explicaciones técnicas que hasta entonces había leído y generar una visión naturalizada en consonancia con los sentimientos que estaba teniendo en mitad de aquel inmenso patio.

En la libreta donde había ido tomando apuntes en la biblioteca, junto a los que ya traía cuando llegó, recordó que había varias citas referidas a la mezquita. Una de ellas al leerla sin haber visto aquel lugar le pareció una exageración, pero ahora que contemplaba aquellos mosaicos sabía que podía ser perfectamente cierto. Leía de Ibn Battuta: *El emir de los creyentes, al-Walid, pidió al soberano de Constantinopla que le enviara artesanos. Recibió doce mil.* La grandiosidad de aquellos mosaicos en los que se representaba el paraíso y los regalos prometidos a los hombres después de la muerte fueron para Leonardo una sorpresa, a pesar de haber visto infinidad de fotografías de ellos. No solo era espectacular la belleza de los trabajos, en los que se apreciaba la maestría de aquellos artesanos bizantinos, sino que descubrió un nuevo modo de interpretar la religiosidad.

Frente a aquellas iglesias que había conocido en su infancia, oscuras y tenebrosas, en las que se representaban los castigos que recibirían aquellos que pecasen. Ahora tenía ante sus ojos los regalos de dios que recibirían los



buenos musulmanes que cumpliesen con su deber religioso. El planteamiento era frontalmente opuesto, lo que hacía también diferente la manera de entender la vida: temor y castigo frente a tranquilidad y compensación. Estas diferencias iluminaron a Leonardo y lo fueron empujando hacia una nueva manera de interpretar los edificios religiosos. Si hasta entonces le había interesado humanizar aquellas imponentes construcciones, ahora, además, era una prioridad establecer las diferencias entre el modo de acercarse a ellos que podían tener los fieles. Ahora entendía que hubiese gente paseando y charlando fuera en el patio, otros simplemente sentados, adormilados, o dejándose llevar por sus pensamientos. Para aquellas personas no exista el temor a estar en un lugar sagrado, pasear entre aquellas arcadas no suponía tener que estar sintiendo miedo e ir con la cabeza gacha. Todo lo contrario, aquel era un lugar para relacionarse bajo el beneplácito de dios. Allí se podía descansar tras un largo día de trabajo, sin el complejo de estar pecando de vaguedad. Acercarse a aquel lugar era para sentirse tranquilo consigo mismo y no temeroso, a lo que estaba acostumbrado Leonardo. Tras este descubrimiento también él se apoyó contra uno de los pilares de la sala de oraciones desde el que podía ver a todo aquel que se acercaba al sepulcro de San Juan Bautista, otra de las grandes sorpresas que había descubierto al entrar en aquella sala, y allí permaneció todo el día escribiendo lo que por fin daba sentido a su libro sobre arquitectura andalusí.

La vuelta a Roma estaba cada vez más cerca y los miedos empezaron a asaltar a Leonardo mientras estaba allí sentado sobre una alfombra, sin zapatos y con la espalda dolorida por las horas que llevaba trabajando en una postura tan forzada para él, acostumbrado a no salir de una biblioteca o de su mesa de trabajo en el salón de su casa. Al distraerse con este pensamiento fue cuando los miedos que había mantenido a raya hasta ese momento vieron una fisura por donde poder colarse y se instalaron en su cabeza -qué pasa si al llegar Isadora ya no esta interesada en mí. O si para no encontrarse de nuevo conmigo se ha cambiado de hotel y ya no tengo como localizarla. Las posibilidades eran muchas pero cada vez sonaban a excusas más infantiles. Ya solo podía esperar al día siguiente, coger el avión, llegar a Roma y recibir cualquier posibilidad con el mejor de los temples posibles.

Con esta idea fue como se montó en el avión a la mañana siguiente. No pudo evitar llegar temprano al aeropuerto para poder elegir su asiento en la ventanilla. Tantos cambios de una sola sentada eran demasiado. Además él mismo se lo justificó -al fin y al cabo no implico a nadie, no molesto. Perdido entre justificaciones y explicaciones varias de las que intentaba sacar algún tipo de conclusión que refrendase su modo de actuar dejó que pasase el vuelo. Se bajó del avión cansado, había tenido que madrugar y la noche había sido muy corta con tantas incertidumbres rondándole la cabeza. Al llegar a la terminal de vuelos internacionales con su pequeña maleta ya en la mano, intentó evitar la bulla de gente que había esperando en la puerta de salida. Se pegó a la pared y

anduvo rodeando por detrás la muchedumbre, sin pararse. Cuando por fin encontró un pequeño claro de gente levantó la cabeza, que había llevado gacha mirando al suelo para evitar tropezar, para buscar alguna señal que indicase por dónde dirigirse hacia los andenes del tren que iban a Roma. Nada más empezar a buscar, su mirada se cruzó con la de Isadora. Muy sonriente, dando pequeños saltos mientras saludaba desde lejos para hacerse ver. Leonardo se paró en seco, la sonrisa se le escapó de un modo incontrolado y saludó para que supiese que la había visto entre tanta gente.

-Pensaba que solo ibas a estar en Roma el tiempo de cambiar de terminal, por eso he venido a verte. Isadora se alegró al enterarse que había cambiado el billete para volverse con ella una semana después. -¿Sí, te parece que estemos juntos esta semana?- Leonardo no detectó en su reacción ningún matiz. Se abrazaron e Isadora le propuso que fuesen a la Residencia Ki a preguntar si tenían una habitación doble. La manera torrencial de hablar de Isadora seguía intacta una semana después. Fue todo el trayecto hasta la estación Termini resumiéndole, si eso podía llamarse un resumen, lo que había estado haciendo y los avances que había realizado durante sus investigaciones. Estaba muy contenta, el trabajo sobre San Ignacio de Antioquía estaba empezando a tener forma. Mientras hablaba, Isadora no apartó la mirada de los ojos de Leonardo, aunque en un principio este se sintió un tanto intimidado, le invadió una sensación de comodidad que lejos de ahuyentarlo lo empujó a mantenerle la mirada y escuchar atentamente todo lo que le iba contando.

Quería aprender a entender a aquella mujer, la dejaría hablar y después empezaría él. Sabía que así lo había hecho la última vez y le gustaba que se sintiese cómoda a su lado, con ganas de contarle todo aquello.

Al llegar a la residencia Ki tuvieron suerte con la habitación, de no haber sido así se hubiesen tenido que poner a buscar nuevo hotel. Isadora pagó la factura de su habitación y mudó las cosas a la nueva compartida. La precipitación en toda su relación y la decisión con que habían ido avanzando, les hizo sentirse nerviosos al cruzar la puerta juntos, pero nada más cerrar tras de sí Leonardo agarró a Isadora por la cintura y la besó. Aquella tarde las horas fueron pasando muy deprisa. El sol empezó a perder fuerza, la luz que entraba por la ventana ya no era la misma de la mañana, los cristales de la ventana que daba a la calle estaban enfriándose y eso se transmitía a la habitación. Además no habían comido nada desde que llegaron del aeropuerto y tras aquellas horas de deseada intimidad, ahora estaban dispuestos a disfrutar de un paseo y comer algo.

Así, sin complicaciones y según fuesen surgiendo las cosas, fue como transcurrió la semana. Mientras Isadora salía temprano cada mañana a la biblioteca, Leonardo amanecía con tranquilidad y buscaba un sitio agradable donde sentarse a poner orden en todo lo que se había traído de Damasco. Se impuso que cada día fuese un lugar diferente. Era parte del entrenamiento con el que estaba consiguiendo sentirse cada vez más cómodo o, al menos, no tan

incómodo. A media tarde se dirigía a donde hubiese quedado ese día con Isadora. Un día en la Fontana de Trevi, otro en la plaza de España, en la gran explanada de San Pedro, o en la plaza de la Rotonda. Quedaban cada tarde en los sitios más típicos del turismo romano, daban un paseo disfrutando del otoño por aquellas calles abarrotadas de gente y sin prisas volvían hasta su habitación compartida. Su pequeño rincón de silencio conjunto y soledad a medias, que habían logrado crearse. Ya a última hora de la tarde, alguna noche incluso se les paso la hora, salían a intentar buscar algún lugar donde aún les pusiesen algo de cenar.

La semana pasó despacio, lograron alargar cada minuto de trabajo y cada rato en compañía, pero finalmente el día de su vuelta llegó y la incertidumbre ante la siguiente fase se instaló entre ellos. El avión de vuelta salía a media mañana, no necesitaban madrugar pero Leonardo, ante el miedo de llegar con el tiempo demasiado justo y no poder elegir ningún asiento junto a una ventanilla, tuvo que forzar a Isadora a salir antes de lo que tenía previsto. Le avergonzó no poder pasarlo por alto -de acuerdo, así podemos elegir asientos juntos, esta vez te prometo intentar no pisarte, y sin darle importancia, Isadora pasó a hablar de otro tema. Leonardo sabía que era una técnica disuasoria, si no hablas de un problema y lo dejaba fluir deja de existir. En ese momento no sabía si agradecersele o sentirse ofendido por haberlo tratado así, dándole la razón, como a un loco. Lo pensó dos veces y se dio cuenta de que no podía enfadarse pues claro que era una obsesión y había

tenido que confesársela, así que ahora que Isadora reaccionaba de un modo tan aséptico, él solo podía pasar a otra cosa y no meter encima el dedo en su propia llaga.

De pie, uno al lado del otro, con la mirada fija en la cinta transportadora que debía traer sus maletas ninguno sabía qué decir para romper el silencio incómodo que se había generado entre ellos. Se sentían extraños pues la confianza y la naturalidad había sido el rasgo más importante de su relación desde el principio. Volvían a sus vidas, estaban de vuelta a la realidad de la que habían salido hacía un par de semanas y lo que en Roma parecía normal, ahora los ponía ante el dilema de tomar una decisión. A Leonardo lo asaltaban dos posibilidades y necesitaba plantearlas en voz alta. Por un lado, cada uno se marchaba a su casa y empezaban un nuevo tipo de relación. Comenzaban a conocerse desde la distancia de vivir separados, como si lo suyo fuese un noviazgo clásico. O podían irse a vivir juntos a casa de uno de los dos y continuar su vida como si no hubiesen salido de Roma. Él, desde luego, tenía que seguir haciendo lo que había hecho estos días, sentarse a escribir, despejarse paseando y viajes eventuales en busca de lo necesario para continuar con sus párrafos. En esta planificación podían seguir quedando todas las tardes pasear de vuelta hasta casa y dejar que se terminen los días juntos.

Al soltar esta retahíla en voz alta Leonardo no podía ni imaginar lo que iba a recibir por respuesta. Isadora ya vivía con una persona desde hacía dos

años. Las cosas ya no iban bien pero no sabía cómo irse. Si en un principio no le contó nada fue porque pensó que lo suyo sería puntual, después se vio metida en una mentira de la que ya no sabía como salir. Ahora, acorralada solo podía confesarse. Quería solucionar su situación antes de seguir adelante con lo que estaba surgiendo entre ellos y solo necesitaba que Leonardo le diese un poco de tiempo. El justo para reordenar su vida y saber si el cambio era lo que realmente deseaba. Llegaron las maletas, cada uno cogió la suya y se despidieron como si no hubiese pasado nada entre ellos más que compartir fila de asientos en el avión. Isadora quedó en llamarlo tan pronto como supiese por donde quería que fuese su vida. Desde luego no era muy esperanzador pero era la única opción que le estaba dando. A esa llamada decidió aferrarse Leonardo para poder seguir con su vida o, por el momento, para poder salir del aeropuerto y volver hasta su casa.

El tren de cercanías que unía el aeropuerto con el centro de la ciudad iba completamente abarrotado. Leonardo pasó todo el trayecto teniendo que estar pendiente de no caerse sobre alguien cada vez que frenaba o aceleraba en alguna de las paradas. Cansado de este ejercicio de contención que estaba alejando sus pensamientos de lo único que en ese momento le interesaba, decidió bajarse un par de paradas antes de llegar a la suya. Supondría al menos cuarenta y cinco minutos de paseo. Dos mil setecientos segundos para respirar el aire de otoño avanzando al galope, necesario para enfriar la sensación de traición que desde hacía un rato lo estaba consumiendo. Sabía que si lo pensaba detenidamente comprendería o, al menos, entendería las explicaciones

que le había dado Isadora, y eso era lo único que deseaba en aquellos momentos. Pensar que podía confiar en ella, que lo que acababa de ocurrir él lo hubiera podido haber hecho igual en su situación. Quería volver a humanizar la imagen que tenía de aquella mujer recomponer los trozos en que se había ido despiezando mientras le contaba su historia con la mirada fija en la cinta transportadora de maletas.

Retomar la rutina no fue difícil. El carácter de Leonardo lo ayudaba a concentrarse en lo verdaderamente importante cuando era necesario, aunque en ese momento en realidad no supiese qué era eso. Los días iban pasando despacio, tanto que llegó a cambiarle las pilas a todos los relojes de la casa por si el problema era que de ellos. Tal vez era mucho más tarde y él no se había enterado. No fue así. El tiempo se agotaba pero contaba cada segundo, sin despistarse nunca, cayendo como una gotera, perforante e intensa sobre la destrozada esperanza de Leonardo. Durante casi un mes se dedicó única y exclusivamente a terminar aquel libro que tantas ganas tenía ya de soltar. Se aferró a la idea de que si terminaba el libro que había provocado aquel cambio en su vida sería como pasar a una nueva etapa. Nuevo libro, nueva vida. Como ponerle el punto y final a lo que había sacudido su orden.

Finalmente entregó el manuscrito de su desdicha, satisfecho del trabajo y deseando pasar página, poner la primera palabra del nuevo libro que inaugurase una nueva vida. Este paralelismo entre vida y libro era lo que en los



últimos días lo había ayudado a concentrarse en poder terminar el trabajo rápidamente. Cumplió con la fecha acordada sin ningún problema y a su vuelta a casa encendió el ordenador, abrió una nueva carpeta que tituló S.XX y se volvió a engañar con la ficción de que en ese momento empezaba una etapa alejada hasta en el pensamiento de Isadora. Incluso él, mientras se lo grababa a fuego en la mente, sabía que iba a ser difícil, por no decir imposible, pero la intención era importante. El propósito de enmienda, como le decían cuando era pequeño en el colegio, era el primer paso para ser bueno, y en este caso para olvidarse de ella.

Cada vez que empezaba un trabajo, daba igual la extensión que fuese a tener, lo primero que establecía Leonardo era el índice. Con este orden previo fijado solo necesitaba ir llenando los capítulos como si de sacos de arena se tratase. Le gustaba decir que llenaba páginas a cubazos. No era un ejemplo malo, pues sabía que muchas de las cosas que había escrito en su vida no eran más que montones de arena modelados para fingir castillos. Sea como fuere, con el índice establecido podía empezar a trabajar y lo que más deseaba en ese momento de su vida, podía decidir dónde necesitaba viajar: su próximo destino. Viajar para documentarse o viajar para no desmoronarse. Leonardo creyó que ese era el último empujón que necesitaba para olvidar a Isadora.

Recordaba ahora aquella novela de Antonio Tabucchi, *Tristano muere*, en la que el protagonista se declaraba amante del Jansenismo. Desde que lo leyó

se sintió identificado con aquella definición esquemática que hacía, alejada, desde luego, de las complicaciones de tener que seguir literalmente los textos de San Agustín de Hipona. Eso era demasiado sesudo, el resumen de *...todo era tan blanco o tan negro, tan distinguible... había que tomar decisiones precisas, o a este lado o al otro, o blanco o negro, después la vida se encargará de traer el claroscuro*. Ese era el resumen de su vida desde hacía un tiempo. Él que siempre lo había tenido todo claro, o al menos había sabido fingir que lo tenía, estaba ahora con su vida instalada en un claroscuro. Deslumbrada en algunas partes pero oscura en la mayoría. Él que siempre había apostado por una explicación concisa y literaria de la vida. Una comprensión teórica de las decisiones, alejadas de lo aleatorio y aferradas a la literalidad de las cosas, ahora se sentía desasistido. La vida, sin avisarlo, se había encargado finalmente de traerle su claroscuro particular. Su etapa de sombras. Ya solo podía aprender a vivir con ello y no tenerle miedo. Deambular por la sombra con los ojos abiertos, no como los niños cuando se levantan al cuarto de baño en plena noche, evitando abrir los ojos, guiándose por su instinto y chocando con los quicios de las puertas.

Decidir el índice del nuevo libro no fue tan fácil. El título que le había dado el editor volvía a ser tan amplio que todo le parecían perogrulladas, por lo que optó por dedicar cada uno de los capítulos del libro a un edificio en concreto. No crear grandes cajones desastre donde ir lanzando información, sino ir avanzando por el siglo a través de edificios concretos. Fue así como se

paseó por la Casa Horta en Bruselas, uno de los más exquisitos ejemplos de arquitectura modernista. El insuperable Edificio Chrysler, en el corazón Manhattan, había sido uno de aquellos en los que no había tenido duda, debía estar incluido. Hacía ya mucho tiempo que computaba en su listado de maravillas, por lo que ahora le apetecía la idea de despiezarlo poco a poco.

En esta etapa del trabajo, aprovechando la escapada a Nueva York, visitó la Casa de la Cascada de Wright. Mientras deambulaba por las zonas accesibles a las visitas se dejó llevar por el ruido del agua. Comprendió la esencia y la intención del trabajo de Wright, el constante sonido del agua que te va persiguiendo por toda la casa genera un estado de aislamiento único. Fue como una terapia para Leonardo, lo alejó de sus fantasmas durante la visita, se dejó guiar por los sonidos y olvidó aquello que siempre le rondaba la cabeza: Isadora. Bien es verdad, que el efecto no fue duradero y en cuanto se vio de nuevo en silencio volvieron a su mente todos aquellos pensamientos que gracias a las cascadas habían caído por un rato. Desde que empezase a estudiar en la universidad y comenzase a conocer de cerca otras construcciones que no fuesen las iglesias a las que sus padres lo llevaban de niño, un gran póster de esta casa en pleno invierno, toda rodeada de nieve y la cascada congelada le había servido de cabecero en su habitación. La casa no lo defraudó. Todos aquellos espacios abiertos al exterior, en distintos niveles encontrados y con el permanente zumbido del agua rodeándolo, incluso volviéndolo loco por la constancia, eran justo lo que siempre había imaginado.

Una de las construcciones más equilibradas y encajadas en su entorno que se pudiesen imaginar.

Así siguieron pasando las semanas, haciendo escapadas breves a los lugares en que se encontrasen los edificios seleccionados: el Ayuntamiento de Syntsallo, en Finlandia, ejemplo perfecto, descontando, por supuesto, la Casa de la Cascada que había merecido un lugar especial de la arquitectura orgánica, en simbiosis con la naturaleza que lo rodeaba. Le causó gran sorpresa la Casa Danzante, a orillas del río Moldava, o *Ginger and Fred*, como también la llamaban porque recordaba a una pareja de bailarines. Este brillante ejemplo de arquitectura deconstructiva creado por Gehry, aunque rozaba el final del siglo XX, pues se había terminado de construir en 1997, era miembro de pleno derecho de este libro y al plantarse frente a él, nada más aterrizar en Praga, supo que no podía pasarlo por alto. Era el edificio que resumía las teorías filosóficas del deconstructivismo, aquellas planteadas por Derrida, que siempre habían fascinado a Leonardo, en las que exponía como llegar a la esencia del conocimiento del mundo descomponiendo el objeto de estudio para volver a montarlo de otro modo, empleando los mismos elementos, simulando un caos controlado.

Con el libro casi terminado le quedaba un último capítulo por completar, el de la Catedral de Brasilia. Había elegido este gran templo del arquitecto brasileño Oscar Niemeyer entre todas sus imponentes obras como homenaje a

su infancia, en recuerdo de todas aquellas iglesias a las que había ido de excursión con sus padres. Esta Catedral creada en la inventada capital brasileña era la antítesis de todas aquellas. Nada se alejaba más de lo que sus padres entendía por una iglesia. Como era el viaje más caro de todos se pensó varias veces si ir, pero la obra de Oscar Niemeyer debía estar incluida en ese libro. El gran maestro en el empleo del hormigón no solo como material burdo de construcción, sino logrando sacarle una belleza insospechada, se había ganado su lugar en el libro. Solo paseando por las calles que él mismo había trazado, recorriendo las distancias creadas para su ciudad perfecta, con aquella gran iglesia en el centro, llegaría a entender su trabajo.

Finalmente decidió hacer el viaje, iba a gastarse prácticamente todo el dinero que había cobrado por el último libro, pero merecía la pena. Tampoco tenía nada mejor en ese momento. Ya nunca nombraba a Isadora, intentaba evitar pensar en ella pero al tener que esforzarse en no recordarla ya estaba haciéndolo. Se seguía engañando, se decía que ya no le importaba, y aunque sabía que no era verdad mantenerse en la mentira era más cómodo. Y estar ahora como un nómada, pasando casi más tiempo fuera de casa lo hacía tener que ocupar su mente en asuntos triviales y mecánicos que lograban alejarlo de su realidad. El trabajo, además, lo ayudaba porque durante el proceso de documentación en el que estaba metido solo necesitaba ser sistemático y no plantearse preguntas. Necesitaba tener la mente concentrada en asimilar ideas

y no pasar por alto ningún detalle. El momento de interpretaciones y análisis ya llegaría más adelante.

Ahí estaba ahora, sentado en un banco de aquella impresionante iglesia, intentando recobrar la templanza. Llegar hasta allí no le había supuesto tanto trabajo ni tanto esfuerzo, como desgaste anímico. Desde que volvió de Roma creyendo que su vida estaba reencaminada, que había encontrado a una mujer única y tuvo que escuchar el *hasta luego* de Isadora en el aeropuerto, se había escondido en su caparazón, como una tortuga que asustada solo puede ocultar la cabeza. Que no es capaz de correr, pues si pudiese el atolondramiento ante el miedo lo haría dudar y ese segundo de duda es el de la muerte. Ahora que estaba ahí sentado, sin nadie alrededor más que una señora en primera fila arrodillada, tenía que reconocerse a sí mismo que desde entonces hasta ese momento solo había ido hundiéndose en un pozo. Una profundidad de la que tenía que sacar aunque fuese la cabeza porque estaba asfixiándose.

Este repaso que acababa de hacer de su vida, resumiendo la película de estreno en cartelera, era el certificado de que tenía que intentar volver a saltar. Siempre había ocultado su vulnerabilidad y su miedo a la soledad con toda una colección de tics y obsesiones que lo ayudaban a escudarse y lo hacían parecer una persona extraña, lo que le favorecía porque la gente tiende a alejarse de alguien así, o al menos no entabla relaciones profundas. Pero Isadora había bombardeado aquellos muros y ahora Leonardo no estaba sabiendo cómo

volver a construirlos. O, tal vez, ya no quería verlos levantados de nuevo. La sensación de ligereza conseguida al quitarse la careta ante Isadora y no andar con pies de plomo durante aquellas semanas le habían servido para reconocer que su vida hasta ese momento había sido demasiado ajena al mundo que lo rodeaba y por ello demasiado pesada, porque la soledad pesa mucho.

Se levantó despacio, volvió a dar una vuelta alrededor de aquella gran sala sin perder de vista los ángeles que tenía suspendidos sobre la cabeza y salió muy despacio por una puerta lateral desde la que se llegaba al lago que rodeaba la Catedral por detrás. Ese agua que tantas veces había encontrado en pequeñas pilas a la entrada de todas las iglesias, o la que había visto en las fuentes de las mezquitas y sobre todas la que discurre formando ríos en los mosaicos de la Gran Mezquita de Damasco. Toda ella estaba ahora representada en aquel gran lago artificial. Niemeyer había querido darle importancia al agua purificadora y lo había hecho a lo grande, nada de pequeñas pilas o fuentes, un lago rodeando parte del edificio hacía que el agua fuese una parte esencial del conjunto creado.

Ya podía terminar, por fin, el libro de arquitectura del siglo XX que tenía entre manos desde hacía demasiado tiempo. Incluso había tenido que llamar al editor para pedirle un aplazamiento en la entrega porque no iba a poder cumplir. En ese momento, y tras haber visto pasar los últimos meses de su vida como un espectador en la butaca de un cine, ya podía poner el punto final, dar

carpetazo a esta etapa turbulenta que tanto había cambiado sus modos. Deseaba ser más flexible, más adaptable, incluso moldeable, lo había intentado. No quería arrepentirse de ello porque el esfuerzo lo había hecho sentirse feliz durante el tiempo que compartió con Isadora, pero había sido una felicidad envenenada, traicionera y cerrar por fin ese libro que había comenzado siendo una esperanza parecía la única opción que le quedaba para salir de aquel túnel y volver a organizar su vida en los parámetros en los que había estado siempre enmarcada. Sabía que era la segunda vez que se decía lo mismo pues al terminar el libro de arquitectura andalusí ya se creyó estas historias y nunca ocurrió así, pero también sabía, como entonces, que tenía que ir poniéndose metas aunque finalmente no cumplierse los objetivos.

Mirando cómo el imponente perfil de la catedral de Brasilia se reflejaba en aquel lago, Leonardo decidió regalarse unos días de descanso. Como no tenía cerrada la vuelta, porque al comprar el billete no sabía lo que se iba a encontrar en aquella ciudad, decidió pasar unos días en Sao Paulo. Era una de las ciudades más grandes y pobladas del mundo, necesitaba la sensación de ser una hormiga más en un hormiguero sin orden ni concierto, lo atraía poderosamente. Quería desaparecer por unos días y desde luego Sao Paulo era la opción que más a mano tenía en ese momento para ser un *deambulador* más, si es que existía la palabra.



## SEGUNDO MOVIMIENTO

### ANDANTE MODERATO

*Soy un chico con traje de franela gris.*

*Es ella y me ha encontrado.*

*Siento el golpe en el cogote*

*Me ha besado. Todo se ha hecho añicos.*

*Las Olas, V. Woolf*

-A la calle Sao Vicente de Paulo número 15, por favor. Es un hotel, -Leonardo intentó hablar despacio para que el taxista pudiese entender la dirección lo mejor posible-.

-Si, el hotel *Sao Vicente*, no se preocupe, lo conozco, pero tardaremos en llegar. Está lejos, en el centro de la ciudad y el tráfico es insoportable a cualquier hora y sea el día que sea. Sorprendentemente el conductor hablaba un español muy decente, aderezado con una musicalidad contagiada del brasileño.

Sus días de descanso acababan de empezar. No quería que nada lo distrajesse del objetivo de olvidarse de todo, por lo que ante la perspectiva de estar metido en un atasco, Leonardo se recostó en el sillón del taxi y empezó a mirar por la ventanilla. Voluntad de estar bien, era lo que se había auto-impuesto ayer mirando aquel lago artificial de Brasilia en el que se reflejaba la catedral. Tomarse la vida con alegría y dejarse llevar por las situaciones

irremediables. Después de los descabros de los últimos tiempos, vadear los problemas aprovechando el impulso de la corriente era lo mejor. O por lo menos, lo más cómodo.

–Desde luego, no me extraña que ayer me costase trabajo encontrar un lugar en el que quedarme que no fuese un complejo hotelero de esos inmensos, construido en una torre de no sé cuantas plantas. -Iba pensando Leonardo mientras se dejaba llevar por los vaivenes del coche-. Esta ciudad parece un palmeral de torres anónimas. Una acumulación de ladrillos puestos en pie dando forma a un caos ambiental que difícilmente podría encauzarse de algún modo. El casco antiguo debe ser una especie de isla flotando en este maremoto de hormigón. Me encanta haber acertado con el destino de mi vacaciones, Es imposible no pasar desapercibido entre estas calles. Perderme y solo dejarme encontrar si me apetece.

Después de casi una hora montado en aquel coche, incluso le había dado tiempo de adormilarse, fue cuando el conductor anunció que habían llegado. El número 15 de la Calle Sao Vicente de Paulo era exactamente lo que quería. Una preciosa casa, más bien un palacete, con un irremediable aire colonial. Una reja alta muy torneada daba paso a un pequeño jardín de entrada por el que, a través de un camino empedrado, se llegaba hasta la puerta de la casa. En el lado izquierdo del jardín, al final, había un columpio balanceándose por la brisa

que corría. Aquel lugar parecía sacado de un cuento, como una de esas estampas que ilustraba los libros que había en su casa cuando era niño.

Se acordó de su hermana pues durante una época, cada noche al acostarse leía el mismo cuento, *Ricitos de oro y los tres ositos*. Ya entonces le parecía un cuento remilgado e insoportable. No había vuelto a pensar en él hasta ahora que, cruzando aquella reja, se imaginaba a Ricitos de oro entrando en casa de los ositos. Desde luego era una conexión extraña, pues los ositos de aquel cuento vivían en una casa de madera en medio de un bosque, pero recordaba una historia tan pretenciosa y a una niña tan resabiada, que aquella casa, en medio del bosque parduzco de bloques de pisos por el que había ido pasando, sobresalía aún más y le recordaba a aquella Ricitos del cuento, extraña entre los osos.

-Buenos días, ayer por la tarde reservé por internet una habitación simple con cuarto de baño dentro.

*-Il signor Leonardo Cardeli?*

-Si exacto, Leonardo, pero disculpe, no soy italiano sino español.

-Lo siento, al ver su nombre pensé que sería italiano. Si me da su documentación voy haciendo el *check in*. No se como se dice en español.

-Claro, tenga, no se preocupe es ya casi una expresión universal.

-Mientras le alargaba el pasaporte pensaba que cada cual tiene en la vida una pequeña condena. No es que suelen ser cosas importantes, pero estar siempre teniendo que explicar que no eres italiano aunque tu nombre lo parezca, llega a cansar a cualquiera. De niño, en el colegio lo llamaban el italiano, incluso, cuando querían reírse de él, el *espagueti*. Y desde entonces raro es el día en que no se lo preguntan, o en el que, como hoy, directamente le hablan en italiano.

-Me he preguntado muchas veces por qué mis padres sabiendo que mi apellido sería irremediablemente Cardeli, decidieron ponerme de nombre Leonardo. Y lo peor es que fueron reincidentes, no lo hicieron solo conmigo, mi hermana llamándose Paola tiene la misma condena a sus espaldas que yo. Nunca se lo hemos preguntado a ellos, conociéndolos tendría una justificación pseudo-mística sobre la elección de esos nombres, aderezado con un desprecio absoluto al hecho de que pueda afectarnos una cosa tan tonta. Viven tan fuera de la realidad, tan alejados del mundo corriente, cegados por los muros de sus iglesias, que nunca entenderían ni la crueldad de los niños ni la pesadez de tener que repetir y explicar casi cada día lo mismo-. Leonardo seguía dándole vueltas a su teoría de los nombres mientras iba haciendo lo que le decía el señor que lo estaba atendiendo, de un modo mecánico, sin prestarle ninguna atención.

-Gracias, aquí tiene su documentación. Habitación 7, subiendo por la escalera, primera planta, el pasillo a la derecha. Qué disfrute de su estancia señor Cardeli.

-Gracias -dijo mientras seguía a lo suyo, distraído en teorías una y mil veces repetidas pero de las que nunca sacaba conclusión alguna-.

La imponente escalera de madera ascendía haciendo una pequeña curva a la izquierda que le cerraba el campo de visión. La recorrió despacio. Leonardo paseó por el pasillo hasta su habitación con parsimonia, casi arrastrando los pies. Era algo que no solía hacer pues siempre había pensado que transmite muy mala impresión a quien ve a una persona andando así. Destila una imagen de vaguedad de la que Leonardo siempre había querido huir. Pero ese día, por aquel pasillo vacío, mientras tiraba de una maleta que se atrancaba con la moqueta del suelo, empezó a andar muy despacio, a arrastrar los pies y a mirar a su alrededor fijándose bien en los detalles. Quería grabar en su memoria las primeras horas de aquellas improvisadas vacaciones, generar una estampa a la que aferrarse en caso de necesitarlo.

Así, de modo inconsciente, empezó a mirar uno a uno los cuadros que adornaban las paredes del pasillo. Eran fotografías antiguas de una plaza de toros. Nunca había sido aficionado a los toros, pero no le sonaba que Brasil tuviese alguna plaza o al menos que la tuviese en activo ahora. Siguió

fijándose, intentando leer algún cartel de los que se veían en los tendidos, hasta que llegó a uno en el que se leía claramente *Rue de la Liberté, Tánger*. Era publicidad de una tienda de ropa de hombre en Tánger lo que quería decir que la plaza debía ser la de aquella ciudad, de otro modo, la publicidad no tendría sentido. Qué harían allí esas fotografías, era lo que ahora se preguntaba. Apartó por un momento la apatía que había dejado que se instalase en su actitud y empezó a fijarse detenidamente en cada fotografía enmarcada. Al llegar a la puerta de su habitación abrió, empujó la maleta dentro y cerró de nuevo. Continuó bajando el pasillo deteniéndose cada dos o tres pasos.

Sin venir a cuento aquellas imágenes habían despertado su curiosidad. Al llegar al balcón, que daba al jardín desde el final del corredor, vio al señor, que lo había atendido al llegar, recogiendo una manguera. Le hizo gestos haciéndole entender que quería hablar con él y bajó hasta el jardín.

-¿Tiene algún problema, señor...?

-Por favor, llámame Leonardo. No, no tengo ningún problema, es que me puede la curiosidad. ¿Por qué todos los cuadros del pasillo donde está mi habitación son fotografías de la Plaza de Toros de Tánger?

-¡Ah, se ha fijado! Pues sí, tienen su historia. Cuando compré esta casa hace más de quince años me contó el dueño que llevaba mucho tiempo cerrada. Hacía años que había estado alquilada a un arquitecto español que se vino a vivir aquí a principio de los 50. Pero al irse este señor, simplemente la cerró hasta que finalmente decidió ponerla en venta. Cuando empezaron las obras que hubo que hacerle para poder abrir el hotel, una mañana los albañiles me llamaron porque habían encontrado unas cajas con cosas y querían saber qué hacían con ellas. Eran un par de cajas que estaban en el altillo del armario del dormitorio principal. Al abrirlas, encontré muchísimas fotografías, entre ellas las del pasillo. Esas fueron las que más me gustaron. Junto a ellas había cartas dirigidas a un tal señor Rafael Ramírez y una gran cantidad de papeles y planos. Las cartas estaban todas remitidas por María Mendoza. Entonces las leí por encima, no leo muy bien en español. Supe que María era la mujer de Rafael, y que vivía en Sevilla con sus dos hijas. En cada sobre, además de la carta, había un par de dibujos que debían estar hechos por esas niñas. Pregunte por Ramírez y me dijeron que era el español que había tenido la casa alquilada.

-¿Aún tiene esas cartas? ¿Me dejaría leerlas mientras estoy aquí?

-Claro, las guardé en el sótano, me daba pena tirarlas. Hubiera sido como deshacerme de una parte de la vida de esta casa. Sonará supersticioso pero quería que las cosas me fuesen bien, invertí todo lo que tenía todo en este

hotel y no quería enfadar a las antiguas almas que habían habitado la casa por si aún paseaban por aquí.

-Desde luego que es supersticioso y espero que no le cuente eso a todos sus huéspedes si no quiere que salgan corriendo creyendo que habla de fantasmas, aunque yo me lo merezco por estar haciendo tantas preguntas. Pero me alegra que no tirase aquellas cajas. Para no seguir robándole tiempo en este capricho, si le parece dígame dónde están y yo voy a buscarlas.

Con la manguera aún en la mano dudó un momento, era un ofrecimiento extraño -en el sótano, bajando por la misma escalera que lo lleva a su habitación. Encontrará un par de puertas, abra la que quede a su izquierda, ese es el sótano. La otra es la salida de servicio al garaje. Si no recuerdo mal... las cajas estaban en la última balda de la estantería que verá al fondo de la habitación. Le costará trabajo llegar hasta allí porque hay muchísimas cosas, pero hace relativamente poco tiempo que ordené por lo que no debe estar tan mal. -Finalmente decidió mandar a Leonardo al sótano, pues en realidad tampoco había mucho que pudiese robarle, así no se entretenía más-.

-No se preocupe, no tengo nada mejor que hacer que encontrar esas cajas. Muchas gracias por permitirme buscarlas.



Leonardo siguió las indicaciones, encontró las cajas y veinte minutos después estaba sentado delante del balconcito de su habitación dispuesto a abrirlas. Una estaba llena de planos. Fue desplegándolos con cuidado porque el papel estaba muy pasado, algunos eran de proyectos allí, en Sao Paulo, otros eran de colaboración con las incipientes obras de Brasilia y en una carpeta aparte había varios planos de la Plaza de Toros de Tángier. Del exterior de la fachada, de la puerta principal, alguno de la distribución de los tendidos. Leonardo estaba sorprendido y encantado con el descubrimiento. Nunca había sentido la sensación de descubrir algo, se veía como uno de esos exploradores de las películas, un aventurero dejando salir a la luz recuerdos y tesoros olvidados en un trastero.

Estaba distraído en estos pensamientos mientras sacaba el último plano de la carpeta, al empezar a desplegarlo se cayó al suelo una fotografía que debía estar metida en uno de los pliegues del plano. En ella se veía el ruedo de la plaza, las primeras filas de asientos de uno de los tendidos, vacío en el momento de tomar la fotografía, y en el centro de la imagen varios señores vestidos con trajes de chaqueta, posando muy sonrientes. Dos de ellos estaban agachados formando una fila delantera, como si fuesen un equipo de fútbol. Uno de estos, con gafas grandes de cristales ligeramente tintados, estaba señalado con un círculo de tinta negra.

La imagen de este señor disparó las fantasías más disparatadas de Leonardo. Lo que había empezado como una curiosidad para matar el tiempo durante los días de vacaciones, se acababa de transformar en un misterio. Quizá un poco forzado por Leonardo, pero misterio al fin y al cabo. ¿Quién sería aquel señor? ¿quién querría señalarlo y porqué? Desde luego iban a ser preguntas difíciles de responder porque no tenía mucha información con la que empezar a investigar pero tal vez leyendo las cartas lograba ir entresacando algún dato.

Era ya la hora de comer, como tenía la pensión completa en el hotel no quiso perder el horario establecido de comedor, así que cerró el balcón para que nada pudiese salir volando y se dirigió hacia el recibidor para buscar el comedor desde allí. Mientras bajaba la escalera vio de lejos un pequeño cartel colgado sobre una puerta de doble hoja que quedaba a la derecha de la recepción en el que se leía *JANTAR*, su conocimiento de portugués era prácticamente nulo pero imaginó que debía ser ahí. Al pasar por delante del mostrador de recepción vio que no estaba el señor que lo había atendido. Ahora sabía que era el dueño del hotel e imaginó que estaría en el comedor trabajando, desde luego aquello era un negocio pequeño y debía tener pocos empleados, por lo que él trabajaba en lo que fuese haciendo falta según el momento. Solo tenía que ir cambiándose la chaqueta y pasaba de recepcionista a jardinero o camarero.

Al entrar en la sala, efectivamente, lo vio tras la barra del buffet libre, con un delantal blanco sirviendo un plato de *feijoada*, un plato típicamente brasileño del que hasta hace dos días no tenía noticias pero que había supuesto un nuevo descubrimiento. En un principio fue reacio a comerlo cuando el camarero de un restaurante en Brasilia le explicó que consistía en un plato de frijoles negros con carne de cerdo, acompañado de rodajas de naranja y arroz y todo espolvoreado con harina de mandioca. Era demasiada mezcla, pensó y la mandioca no sabía ni lo que era, pero el camarero dijo lo mismo que aquel sirio que le pidió que confiase en él. Leonardo recordó todos sus propósitos de enmienda, la historia de aquel roquero, y todos los intentos de sobreponerse a sus manías a base de situaciones como esa. Asintió y rezó para que lo que fuese que le trajeran pudiese realmente comerse. Como la vez anterior, en el restaurante de Damasco, la sorpresa satisfizo con creces el temor previo que había sentido, el plato era una delicia y Leonardo disfrutó de la comida y de su nueva prueba superada.

Ahora, desde lejos, había reconocido en la barra del bufé los ingredientes para componer el plato pero al empezar a andar hacia allí vio que le hacían señas desde una mesa esquinada al fondo de la sala. Era un señor alto y corpulento a pesar de la edad que debía tener. Con grandes ojos expresivos lo saludaba con la mano y al verlo acercarse con cara de sorprendido preguntó

-¿Leonardo, verdad?

-Sí, lo siento, ¿nos conocemos? -contestó Leonardo con educación, sabiendo que no conocía a aquel señor-.

-No, soy Pedro Cardoso, el antiguo dueño de esta casa. Me ha llamado hace un rato Luiz para contarme que está usted interesado en la historia de Ramírez, aquel señor que vivió aquí. El dueño de todas esas cartas, fotografías y planos.

-¡Ah, qué maravilla! La realidad es que no tenía noticias de esa historia hasta esta mañana cuando llegué, pero la curiosidad ha podido conmigo y la historia que me contó Luiz, ahora sabía cómo se llamaba, sobre Rafael Ramírez desde luego ha despertado mi interés.

-Vivo solo y cualquier excusa es buena para tener una comida en compañía. Espero que no le importe que me haya presentado sin avisarle pero cuando Luiz me llamó pensé que era un motivo perfecto de darme el paseo hasta aquí. No se si lo que yo pueda contarle le servirá de algo, además, mi memoria empieza a tener lagunas de vez en cuando. Deme tiempo y a ver si voy recordando detalles. -Fue comiendo mientras hablaba, haciendo largas pausas en su discurso, intercalando silencios que a Leonardo le parecían interminables-. A grandes rasgos puedo decirle que era un señor educado y encantador. Serio y correcto en su trato. Llegó en 1953, eso si lo puedo asegurar porque yo acababa de quedarme huérfano y había heredado esta

casa. A través de unos conocidos se puso en contacto conmigo y me ofreció comprármela. Entonces yo estaba empezando a organizar mi vida como adulto, en un momento en que todo me vino por sorpresa, así que le propuse que me la alquilase. Ese primer día que nos vimos venía solo, pero cuando días después quedamos aquí para ver qué necesidades de arreglo tenía vino acompañado de su mujer María y sus dos hijas pequeñas. Estaban buscando un sitio grande y con jardín para que las niñas pudiesen criarse.

Llegamos a un trato sin ninguna dificultad y unos días después ya estaba instalados en esta casa. En esa época nos veíamos con frecuencia pues yo tenía que venir para supervisar que los arreglos que había acordado hacerle se iban concluyendo. Siempre venía a horas intempestivas. Me costaba trabajo visitar una familia en horas de comer o cenar, pero Rafael quería estar presente y poder hablar conmigo, por lo que insistía en que quedásemos cuando él podía volver de trabajar. Como era arquitecto me parecía buena idea, así yo también tenía la seguridad de que todo iba quedando bien arreglado. Como te decía, las visitas a esas horas hacían que María no dejase que me fuera sin sentarme a la mesa con ellos.

María era una mujer muy especial, nunca pudimos mantener una conversación muy larga porque entonces mi español no era tan bueno, pero desprendía un aura muy especial. Recuerdo que cuando la conocí me sorprendió lo alta que era, y sobre todo que fuese más alta que su marido.

Siempre pensé que demostraba de otro modo el carácter de ambos. Al conocerlos en seguida percibías el amor que había entre ellos. En esos encuentros establecimos una agradable amistad, especialmente con Rafael, quien a pesar de mi juventud me convirtió en su bastón de apoyo en esta ciudad nueva para ellos. Pocos meses después de haberse instalado en Sao Paulo se fueron a pasar el verano a Tángers, de donde venían, para terminar de liquidar asuntos que habían dejado pendientes. Rafaél regresó solo, María y las niñas habían decidido quedarse en España ese invierno.

Era una persona que necesitaba hablar, como si el ejercicio catártico le ayudase a alejar sus temores. Me contó que tras la guerra civil española, en la que había participado en el bando republicano, abandonó el país huyendo de posibles represalias. Aunque no parezca creíble que lo recuerde, sé que en ese momento pensé que nunca empleaba la palabra miedo al contarme su historia. Estoy seguro, porque desde que lo conocí tuve la sensación de que todo en él desprendía un aire asustadizo, como si siempre estuviese mirando de reojo por si alguien lo reconocía. Supuse que se le había quedado el temor a no saber en quién confiar, ni cuál podía ser su futuro, o en manos de quién estaría. Desde luego nunca le pregunté nada. Las veces que nos vimos no hizo falta, su necesidad de compañía y conversación eran tan grandes que en pocos minutos ya estábamos sentados y me estaba contando algún pasaje de su vida.

Como te decía, mi memoria empieza a flaquear, considerando además que han pasado más de 57 años de todo aquello, no creo que pueda ni resumirte todo lo que me contaba. Solo recuerdo que su miedo se transformaba en melancolía cuando hablaba de los años que había vivido en Tánger. Allí llegó tras la guerra, se instaló en la ciudad y comenzó a trabajar como arquitecto en numerosos proyectos.

La ciudad de Tánger fue el paradigma de libertad y buena vida durante la primera mitad del siglo XX. Rafael me contó que tras la guerra logró llegar a esta ciudad después de saltar por varias ciudades de la costa española, hasta que desde Cádiz logró los papeles necesario para dar el salto del estrecho y establecerse allí. Empezar una nueva vida junto a tantos otros españoles que por un motivo u otro no podían volver a España. Allí se casó con María una jovencita a la que había conocido en la ciudad donde había estado destinado durante la guerra. Almería creo que dijo, pero no estoy seguro. En Tánger comenzaron su vida en común y apostaron todo lo que tenían. La verdad es que su vida, vista ahora con la perspectiva del tiempo, fue siempre un equilibrio inestable entre ensayo y error, con todos los sinsabores y alegrías a partes iguales, o en muchos casos desiguales, que todo eso puede conllevar. Nunca tuvo miedo a arriesgar, a cambiar de vida y reinventarse aunque pienso que, como es lógico, siempre tendría coste personal.

Imagino que si has estado mirando ya en las cajas habrás visto todos los planos que guardaba. Era un arquitecto que en cada edificio que comenzaba lo daba todo. Y, como te decía antes, al hablar de sus años en Tánger era cuando aparecía la melancolía. Se que su último gran proyecto en la ciudad marroquí fue la Plaza de Toros, pero tras la nacionalización de la ciudad, al incorporarse al entonces recién creado reino independiente de Marruecos, él y sus socios vendieron la sociedad dueña de la plaza como pudieron antes de que se la expropiasen. Repartieron lo que les dieron y él dejó la ciudad junto a su familia. Fue entonces cuando vinieron aquí.

No estoy seguro, pero creo que a través de un conocido que ya estaba instalado en Sao Paulo encontró trabajo en las obras de Brasilia. Él quería comenzar de nuevo, reinventarse en Brasil, pero no le fue tan fácil como había sido antes. Ahora no estaba solo, su mujer y sus hijas también tenían que hacerlo y es imposible pedir a los demás que hagan lo que a ti te está costando trabajo ¿no crees? Ese debió ser el problema. Ellas llegaron dejando atrás todo lo que habían conocido también, intentaron comenzar aquí una nueva vida pero se volvieron a España y aunque en 1955 intentaron instalarse aquí de nuevo, meses después regresaron una vez más a España. Desde ese momento Rafael ya no volvió a ser el mismo hombre. Cuando nos veíamos intentaba contarme sus proyectos y los planes que tenía pero al final terminaba hablando de las niñas, o de la última carta que había recibido de María. Alguna vez le pregunté por qué no se volvía a vivir ya a España, era mayor y con lo que tenía aún



ahorrado podía terminar su vida tranquilo y rodeado de los suyos, pero me daba excusas no muy comprensibles sobre que él en España no podía colegiarse por lo que no podría trabajar.

Nunca creí que ese fuese el verdadero motivo, le temblaba la voz al decir aquello. Eso sí lo recuerdo claramente, su gesto se transformaba en una mueca al hablar de España. Entonces pensé que el miedo a las represalias aún estaba en su interior a pesar del tiempo que había pasado desde el final de la guerra civil. En 1955 yo me fui de viaje a Norte America, la verdad es que siempre he vivido de las rentas que heredé al quedarme huérfano con tan solo 20 años, entonces me instalé en Nueva York y me carteaba con Rafael. En una de aquellas cartas me contó que María y las niñas habían vuelto a Sao Paulo. Pensé que ya no debía sentir tanto remordimiento por haberme marchado, él ya estaba de nuevo feliz con su familia. Un tiempo después, y por otra carta supe que habían decidido que esa no era la vida que querían para dos niñas aún tan pequeñas y regresaron a España de nuevo. Bueno, eso ya te lo conté antes... Lo que no tengo muy claro son las fechas. Lo siento, pero a una edad los años empiezan a parecerse y es difícil poner los límites entre ellos.

Desde Sevilla recibí una carta en la que me contaba que María había decidido instalarse en esa ciudad porque allí vivía su hermano. Así, cuando él regresase a Brasil tendría la seguridad de que siempre estarían bien cuidadas y arropadas. Unos meses después, Rafael volvió a Brasil. Yo también estaba de

nuevo aquí instalado por lo que se intensificó nuestra amistad pues, como ya te decía, era un hombre que gustaba de estar en compañía, necesitaba hablar de sus *miedos*, y *miedos* lo digo yo, porque él vivía como si hubiese prohibido esa palabra en su vocabulario, y en su vida. Fue entonces cuando empezó a viajar periódicamente a España para visitar a su familia pero ellas ya no volvieron nunca más.

Durante uno de esos viajes me escribió diciendo que le habían ofrecido un trabajo y que tardaría en regresar. Meses después, recibí una carta de María contándome que Rafael había muerto repentinamente. Me pedía que me deshiciese de todo lo que quedase suyo en la casa. No te he contado que tras años viviendo en la casa alquilada finalmente se la vendí. Al conocer la noticia de su muerte me ofrecí a volver a comprársela y así lo hice. Llené varias cajas con los planos, las cartas y todas aquellas fotografías que con tanto orgullo me había mostrado alguna vez. La ropa y todo lo demás lo di a la beneficencia, pero aquellas cosas no. Solo tenían valor sentimental, pero eran el resumen de su vida y me dio pena tirarlas. Por eso las guardé en aquel armario.

Hacía mucho tiempo que no me acordaba de ellas, cuando hace un rato me llamó Luiz, la verdad es que me sorprendió tu interés y recordé con cariño aquellos años, por eso he venido, para intentar que el recuerdo de Rafael Ramírez pase a la memoria de alguien más. Yo ya estoy muy mayor y cuando me vaya, conmigo se vendrá todo vestigio del paso de Rafaél por Sao Paulo.

Entonces, cuando alguien se pare en las fotografías del pasillo, Luiz solo podrá contarte lo mismo que te contó a ti, pero con el tiempo hasta eso pasará y la conexión desaparecerá.

Tras toda esta perorata y encantado con la historia que Pedro le había resumido, Leonardo se sintió cómodo -No suelo ser una persona curiosa. Las novedades me dan terror y nunca improviso. Hace un tiempo que me propuse cambiar, como un ejercicio de entrenamiento hacia la normalización de mi carácter y mi trato con el mundo. Estos días de descanso aquí son parte de ese propósito. Ayer estaba en Brasilia terminando una visitas de trabajo para cerrar un libro sobre arquitectura del siglo XX, que tengo entre manos, y mientras disfrutaba del reflejo de la Catedral en el lago que la rodea decidí pasar unos días en esta ciudad quedándome en el primer hotel que me gustase al entrar en internet. Ahora me veo inmerso en una historia que parecía estar ahí esperándome. Como si los hilos que manejan mi vida ya hubiesen estado programados para mi aparición en este hotel. Cada palabra, cada recuerdo de los que me ha ido dando los he asimilado como si yo ya viniese preparado a escucharlos. Desde esta mañana al ver las fotografías algo me ha empujado a no pasarlas por alto. Gracias por haber venido Sr. Cardoso.

-Llámeme Pedro por favor. Es sorprendente, pero lo entiendo. Siempre tuve la sensación de que el paso de Rafael por esta ciudad se había quedado cojo, como si le faltase algo. Tal vez fue el modo de irse y no regresar nunca, a

lo mejor por eso nunca tiré aquellas cajas. Como si supiese que algo pasaría con ellas, lo que aún no sabemos es por qué tú. Si llegas a dar con la clave y reordenas la vida de Rafael me gustaría que volvieses a ponerte en contacto conmigo. Yo también quiero conocer un final diferente para su vida. O al menos para la parte inconclusa que quedó en Sao Paulo.

-No lo dude, lo haré. Aún no he decidido por donde empezar. No se ni como comenzar a buscar, lo único que tengo son algunos datos que me has dado con lo que espero reducir el círculo de búsqueda. Además, lo que ya no se encuentre en internet...

-Lo siento pero a mis 77 años y habiendo pasado más de 50 desde todo aquello no tengo mucho más que contarle.

-No se preocupe me ha dado mucho más de lo que piensa y desde luego más de lo que yo esperaba. Pero no dude que lo tendré informado en cuanto tenga novedades.

Pedro Cardoso se despidió dándole a Leonardo una tarjeta con el número de teléfono de su casa y la dirección. Mientras hablaba había terminado de comer, se levantó y muy despacio, manteniendo el equilibrio gracias a un bastón con la empuñadura de plata, llegó hasta la puerta del comedor donde un hombre, uniformado como si fuese a manejar un carruaje,

estaba esperándolo. Leonardo lo siguió con la mirada, al llegar a la puerta bajaron con mucho cuidado los escalones de la entrada y se encaminaron hacia el aparcamiento trasero del hotel. Él no había probado bocado, no se había ni servido un plato, así que el hambre hizo que Leonardo volviese a la realidad y se diese cuenta de que se le había pasado la hora de comer. Ya estaban recogiendo y no quedaban en el comedor más que un par de camareros. Al empezar a irse uno de ellos lo llamó señalándole una mesa. Luiz había dejado preparado un plato.

Desde luego Luiz sabía como ganarse a los clientes. El detalle de haberse fijado en que no había comido y guardarle un plato aunque se hubiese pasado la hora del almuerzo demostraba que era realmente buena persona y además sabía llevar su negocio. Liquidó rápido el plato, estaba frío así que no tenía más que terminar y volver a su habitación para seguir despanzurrando todos aquellos papeles y fotografías en busca de datos, nuevas informaciones y sorpresas inesperadas. Eso era lo que más deseaba, Leonardo ni se planteó por un momento que no tenía sentido que todo el asunto de Rafael Ramírez estuviese despertando tanto interés en él. Más adelante, cuando analizarse el modo en que se había metido de cabeza en la historia, como si le fuese algo en ello, llegaría a la triste conclusión de que no fue más que un intento inconsciente de hacerse ver que aunque estuviese solo, tenía su vida y esta era compleja. Que tenía la cabeza ocupada en sus problemas y necesitaba centrarse en el trabajo. Aunque ese trabajo fuese cotillear en la vida de un

señor del que hasta ese momento no había oído hablar nunca. Pero este análisis vendría mucho después, mientras estaba en el hotel de Sao Paulo todo el asunto se había convertido en lo único importante en donde centrar la atención.

Al volver a la habitación y verla encima de la mesa recordó la fotografía que había encontrado con aquel señor metido en un círculo. La conversación con Pedro Cardoso lo había cogido tan por sorpresa que la había olvidado. Necesitaba preguntarle si por casualidad reconocía a aquel señor. Lo dudaba, pero un buen científico no podía pasar por alto ningún dato por nimio que pueda parecer y desde luego aquel señor parecía ser alguna clave. No sabía de qué, pero todo se andaría. Leonardo asumía que con el rato que llevaba rebuscando entre todos aquellos papeles era muy prematuro empezar a sacar conclusiones, pero tal vez aquel señor de gafas tintadas tenía algo que ver con ese *miedo* al que se había referido Cardoso.

El resto de los planos que quedaban en la caja eran parecidos a los que ya había estado viendo, pero los abrió uno por uno. No hubo nada nuevo, ahora todo quedaba en manos de las cartas y las fotografías que había en la otra caja. Como ya sabía, las cartas eran todas de María Mendoza, se leía en el remitente. Junto a los cuatro o cinco folios que formaban cada carta estaban los dos dibujos que le mandaban sus hijas. Las cartas iban numeradas, la pena era que faltaban muchas, había saltos en el orden. Todas contaban la vida

diaria de María con las niñas. Entresacó escasos datos, pero creyó que tal vez en algún momento sirviesen para encajar el rompecabezas que estaba deseando encontrar. Lo más importante hasta el momento era que, por el remitente, confirmaba que se habían instalado en Sevilla. Desde luego eso no quería decir que después de tantos años siguiese allí, pero al menos era algo. Tampoco se había parado a pensar para qué quería encontrar a aquella familia, pero mientras leía las cartas se convirtió en el primer propósito a su regreso.

Los dibujos eran muy graciosos, calculó que las niñas debían tener unos seis o siete años, no estaba acostumbrado a tratar con niños así que tampoco tenía seguridad. Eran ingenuos y sencillos, pero al abrir la tercera carta y fijarse en ellos le llamó la atención que uno era siempre diferente: a veces animales, otras veces una habitación con gente sentada en los sillones, o una playa, mientras que el otro siempre era igual. Un paisaje verde, lleno de flores de colores y cuatro monigotes, dos más grandes y dos más pequeños muy sonrientes, con las manos llenas de flores. Con pequeñas variaciones uno de cada dos dibujos era así. La obsesión de aquella niña por pintar siempre lo mismo debía responder al deseo de poder estar toda la familia junta. Al menos, eso fue lo que Leonardo interpretó

Fue sobre por sobre leyendo las cartas. Parecían un diario, algunas habían sido escritas durante varios días, pues los párrafos aparecía escrita la fecha. Leonardo se imaginó que si uno de los días María tenía poco nuevo que

contarle a su marido continuaba con la carta al día siguiente. La redacción era cuidada y serena, sin atolondramientos. Estructuraba las ideas y las iba dejando sucederse una tras otra. Al leerlas parecía que todas habían estado meditadas previamente, como si hubiesen sido ensayadas, pero con un aire de naturalidad que te hacía creer que estabas escuchándola hablar. Una de las partes centrales de esas cartas eran las que María dedicaba a contestar específicamente a lo que su marido le había escrito anteriormente. Ella le decía que había recibido la carta número tal y comenzaba a responder uno por uno a los comentario o preguntas directas de Rafael. Esas siempre venían a decir cosas del tipo: *Querido Rafael, como me cuentas en tu carta número 6, la cual recibí ayer, es una gran noticia que el proyecto planteado para aquel edificio en Brasilia esté empezando a tomar forma...* Iba pasando de un tema a otro como si fuese una conversación. Leonardo lamentó no poder tener las cartas de Rafael, pues intercalándolas con las de María se crearía la secuencia de esos años de su vida. Parecería una película.

Recordó entonces haber leído hacía muchos años una novela muy cortita que estaba trazada siguiendo esa estructura, una carta y su respuesta era todo lo que el lector conocía de los protagonistas pero llegabas a sentir con ellos el amor que terminaban teniéndose el uno al otro. Si no recordaba mal, también habían hecho la adaptación al cine protagonizada por Anne Bancroft y Anthony Hopkins. Ahora, ante aquella conversación interminable entre ese matrimonio del que solo podía ser testigo a medias, recordó esas escenas y se sintió



avergonzado de estar entrometiéndose en algo tan personal, pero los momentos de literatura que te regala la vida no hay que dejarlos pasar. Los días con todos sus minutos suelen ser demasiado vulgares para desperdiciar este tipo de regalos. Además, en una situación anímica como en la que estaba, descubrir que sí había gente por el mundo que había tenido suerte y había sabido lidiar con las adversidades le pareció reconfortante.

El último de los sobres que formaban el conjunto de cartas era diferente. Era más pequeño y no estaba remitido por la misma persona, lo supuso antes de leer el nombre porque no reconoció la letra pulcra de señora educada en un colegio de monjas que había estado leyendo hasta ahora. Eran unos garabatos minúsculos, casi ininteligibles si no te detenías a fijarte en lo que ponía. La carta iba obviamente dirigida a D. Rafael Ramírez, pero no a Sao Paulo, sino a Tánger. Era una carta que por alguna razón él se había traído desde Tánger, esto volvió a hacer que Leonardo sacase las antenas y le pusiese más interés a descifrar qué ponía. La dirección era calle Foucault nº 31. Tánger. El remitente no tenía nombre, eso despertó aún más la curiosidad de Leonardo, lo que si ponía era que la enviaban de Barcelona. Era la primera vez que esta ciudad aparecía relacionada con la vida de Rafael así que Leonardo se vio en un nuevo camino, trazando una nueva línea de investigación a la que le veía un futuro prometedor. Sin perder un minuto más abrió el pequeño sobre del que sacó la fotografía de una joven. Al darle la vuelta era una de esas fotografías tarjeta postal hecha de un cartón muy duro. La mujer era casi una niña, sentada de

lado con los pies entrelazados asomándole por debajo de una larga falda rematada por un encaje. Las manos apoyadas en el regazo, daban la impresión de que le pesasen, como si las hubiese dejado caer. La cabeza la tenía girada para poder mirar de frente a la cámara, pero no al objetivo, los ojos desviados se centraban en algo situado a un lado, como si no tuviese valor de levantar la mirada y enfrentar lo que tenía ante ella. Debajo de esta imagen, que desprendía tanta soledad, escrito por la misma persona que enviaba el sobre ponía: *Murió de pena*.

Leonardo se sobresaltó al leerlo, no se lo esperaba, hasta ese momento sus descubrimientos habían sido puramente circunstanciales, idas y venidas, viajes obligados para reinventarse o reencontrarse con la familia, pero nada oscuro y desde luego, por lo que hasta ahora conocía de Rafael Ramírez, no parecía que hubiese sido de los hombres que tratan mal a nadie y menos a una pobre chica como la de aquella fotografía. Lo que más le llamó la atención en ese momento fue la crueldad que aquellas tres palabras trasladaban ¿Qué podía pretender quien enviase la fotografía? El asunto adquiría nuevos matices. Se bifurcaban las posibilidades de búsqueda.

Necesitaba copia de todos aquellos papeles, planos y fotografías, ni su memoria ni su ritmo de trabajo le permitirían acumular tanta información en los días que iba a pasar en aquel hotel. Tras un rato dando vueltas por la casa consiguió localizar a Luiz en el jardín plantando algunas macetas de unas floras

tropicales que Leonardo no había visto en su vida. Le preguntó en el estilo más retórico posible y haciendo uso de toda su educación si podía hacer copias de todos aquellos papeles. Luiz casi sin levantar la vista de sus flores le dijo que podía quedárselo todo. Él nunca había tenido interés en todo aquello, simplemente le había dado pena tirarlo o, como le contó, no se había atrevido. A las fotografías que ya estaban en el pasillo podía hacerles él fotografías con su cámara y así se llevaría al menos una idea de cuales eran. Desde luego Leonardo no se esperaba tanta generosidad y se quedó tan sorprendido que tardó un par de segundos en reaccionar.

-Gracias...gracias Luiz, ¿estás seguro? -Aquello era más de lo que podía esperar, se lo dejaba todo a un desconocido que no llevaba ni un día hospedado en el hotel y que había invadido las entrañas de la historia del lugar-.

-Claro, al menos sirve para algo haberlo guardado y me deja ese espacio en el trastero.

Leonardo volvió a su habitación y contempló ya sin agobios sus nuevas ganancias. Se sentía como cuando era niño y su padre le traía un regalo cada vez que volvía de algún viaje. Solían ser cosas de lo más variopintas, pues su padre nunca supo qué cosas le gustaban a los niños o qué podía ser mejor según su edad. Ahora la explicación era simple, pero en su momento Leonardo recordaba con autentico nerviosismo el segundo de quitar el papel de regalo y ver qué era lo que esa vez había traído su padre. Hacía mucho tiempo que no

pensaba en todas aquellas cosas, pero llegó a crear un *Museo de Todo*, como lo llamaba. Su hermana se metía con él porque decía que las cosas que se exponían en los museos tenían que tener algún tipo de relación entre ellas: antigüedades, obras de arte, restos arqueológicos... pero él le aseguraba que entre sus cosas existía una relación: los regalos de papá. Además por eso había llamado a su museo *Museo de Todo* para que cupiese cualquier cosa. Leonardo se rió recordando aquellas tonterías pero sintió ante aquellas dos cajas la misma satisfacción que sentía cada vez que añadía un nuevo objeto a su museo: un perro azul de porcelana, una armónica envuelta en papel de seda con letras chinas escritas, una lámpara para la mesilla de noche con forma de seta que funcionaba con pilas, un juego de pinceles de todos los tamaños con el mango de lunares, pero para los que nunca le compraron pinturas. Un robot hinchable que se ponía sobre unos pies con ruedas y andaba solo mientras sonaba una música perforadora. Ese regalo lo recuerda perfectamente porque durante años el robot fue más alto que él y siempre le dio miedo. La lista podría ser muy larga, pero el sentimiento de asombro ante cada nuevo regalo era siempre el mismo y ahora lo estaba sintiendo de nuevo.

Buscó la tarjeta que le había dado Pedro Cardoso un rato antes y lo llamó. Le explicó que necesitaba enseñarle la fotografía de esa mujer por si la había visto antes o sabía algo de la historia, y la fotografía del hombre con gafas oscuras, señalado por un círculo, que había encontrado entre los planos. Pedro se sorprendió pues hacía como mucho dos horas que habían estado hablando. A pesar de ello, le alegraba la idea de tener algo que hacer a la

mañana siguiente que no fuese sentarse solo ante el ventanal del jardín de su casa a leer o escuchar música, que era a lo que solía dedicar las mañanas. Lo invitó a ir sobre las once y media, así podrían conversar tranquilamente mientras se les hacía la hora del *lunch*, dijo en un elegante acento británico. Desde luego era una persona peculiar, pensó Leonardo al colgar el teléfono.

Por ese día decidió dar de mano. Leonardo se conocía bien y cuando algo lo obsesionaba dejaba que copase toda su vida, pero esa tarde supo reconocer que hasta que no volviese a hablar con Pedro al día siguiente tenía muy poco nuevo que obtener de aquellos papeles. Plegó los planos que había ido dejando abiertos por el suelo a medida que los abría, ordenó las fotografías y volvió a meter cada carta en su sobre. Menos mal que estaban todas numeradas y no tuvo problemas.

Era increíble que solo hubiesen pasado unas horas desde que entrase aquella mañana por las puertas del hotel. Tenía la sensación de que su vida estaba dando un vuelco y en el centro, sin saber muy bien porqué aún estaba la plaza de toros de Tánger con Rafael Ramírez en el centro de pie, como un torero siendo ovacionado. Estaba empezando a adormecerse en el sillón con aquellos pensamientos rondándole la cabeza cuando el timbre del teléfono lo despabiló con un sobresalto. Era Luiz -Buenas noches, dentro de un cuarto de hora se termina el horario de cena, aún te da tiempo a bajar si vas a cenar.

Leonardo se sorprendió nuevamente por la amabilidad de Luiz, le agradeció la llamada y bajó rápidamente al gran comedor donde unas horas antes había almorzado con Pedro. Bueno, realmente había escuchado a Pedro hablar mientras comía y Leonardo simplemente acumulaba información. Terminaba entonces un día agotador, cargado de inexplicables descubrimiento e interesantes sorpresas que acababan de dar a la vida de Leonardo un nuevo rumbo ahora que el libro que tenía entre manos estaba llegando a su fin.

Al terminar de cenar subió directamente a su habitación, miró de reojo las cajas con la sensación confusa de no entender muy bien hacia donde iba realmente y se acostó. A media noche se despertó nervioso, sudando, había soñado que las cajas desaparecían. Estaba durmiendo tan profundamente que al despertarse sobresaltado tardó un par de segundos en recordar dónde estaba, miró hacia la mesa donde había dejado las cajas y comprobó que estaban allí. Volvió a dormirse pensando que no debía haber cenado tanto pero el ajetreo inesperado del día y la comida rápida lo empujaron hasta la hora de la cena con un hambre insólita en él. Tras la noche marcada por los intervalos de sueño y la digestión dificultosa amaneció a las diez de la mañana con energías renovadas y ganas de ir a hablar con Pedro y descubrir nuevas pistas.

No tenía tanto tiempo, así que sin remolonear en la cama se metió rápidamente en la ducha. Se vistió y al ir a coger las dos fotografías que quería enseñarle a Pedro se dio cuenta que las cajas habían desaparecido. Las

fotografías estaban allí porque él las había dejado en la mesilla de noche antes de acostarse, pero su pesadilla se había hecho realidad y realmente alguien había entrado en la habitación mientras dormía y se había llevado aquellas cajas. Leonardo se puso muy nervioso, no entendía varias cosas: primero quién podía querer aquello cuando había estado guardado en un trastero todos esos años. Después, cómo se había enterado el ladrón que él estaba curioseando entre esos papeles. Y por último, la persona que había entrado debía ser muy cercana o al menos conocía bien el hotel y solo había podido entrar cogiendo alguna copia de la llave de su habitación en recepción, pues él se aseguró al acostarse de cerrar los pestillos de las ventanas por dentro, por lo que la puerta era la única manera de acceder a la habitación.

Se guardó las fotografías en el bolsillo interior de la chaqueta y bajó a toda prisa a buscar a Luiz. Lo encontró en el comedor ayudando a servir los últimos desayunos. El hotel no tenía muchas habitaciones por lo que no daba comidas muy numerosas, pero, como tenía muy poco personal contratado, requería mucha dedicación por parte de Luiz. Al verlo entrar le sonrió pero desde lejos notó que le ocurría algo pues Leonardo tenía una cara de terror casi cómica.

-Buenos días Leonardo ¿ocurre algo?

-Alguien ha entrado en mi habitación esta noche y se ha llevado las dos cajas que me diste ayer con todas las fotografías, los planos y las cartas. -No le dijo que el ladrón de había dejado las dos fotografías más interesantes para su nueva faceta de detective, pensó que él podía haber sido quien entrase anoche en la habitación tanto como cualquier otra persona, por lo que le pareció mejor poner a seguro aunque fuesen aquellas dos fotografías-.

-Pero... eso es imposible, yo cerré la puerta de la casa a las doce y media de la noche cuando ya todos los huéspedes estabais en vuestras habitaciones y he abierto esta mañana sobre las siete y media cuando ha llegado el repartidor del supermercado. ¿Cómo iba alguien a entrar en la casa?

-Eso no lo se yo. Anoche cuando me acosté dejé las cajas ordenadas y estoy seguro de que cerré las ventanas por dentro. De hecho acabo de comprobarlo y efectivamente seguían cerradas. Sobre las cuatro de la madrugada me desperté sobresaltado como con una pesadilla. -Tampoco quiso decirle que estaba soñando que le robaban las cajas, le parecía una coincidencia demasiado melodramática-. Y esta mañana cuando he salido de la ducha me he dado cuenta que las cajas no estaban. Tal vez no me las quitaron durante la noche sino esta mañana. Serían las diez y cuarto cuando he salido de la ducha, por lo que la persona que entrase ha tenido tiempo suficiente desde las siete y media que tú has abierto la puerta hasta las diez y algo que



yo me he metido en el cuarto de baño. Tres horas para entrar en el hotel y localizar mi habitación.

-Eso puede ser, pero me extraña porque este tampoco es un lugar tan grande como para que yo no me lo hubiese encontrado en algún momento merodeando por aquí. Y además ¿quién sabía que tú tenías esas cajas? Y más aún ¿a quién pueden interesarle ahora esas cosas tanto como para robarlas cuando han estado guardadas tantos años sin despertar la más mínima curiosidad en nadie?

-Esas son las preguntas que yo me vengo haciendo por las escaleras y que ahora te hago a ti. Yo descubrí toda esta historia por casualidad ayer al llegar, y las únicas dos personas que lo sabéis sois Pedro Cardoso y tú. En realidad sois las dos únicas personas que conozco en la ciudad. Así que ya me dirás...

-Realmente no se que decir, estoy tan sorprendido como tú. ¿Has llamado a Pedro por si él supiese algo?

-No, quedé con él ayer para dentro de un rato en su casa, tenía algunas preguntas que hacerle pero parece que las preguntas van a ser más interesantes de lo que yo pensaba.

-Siento muchísimo que hayan entrado en tu habitación. Imagino que entenderás que no son cosas que suelen pasar por aquí. Esta ciudad tiene merecida fama de insegura, pero este es un barrio residencial tranquilo y nunca me había ocurrido nada parecido. De todas maneras, podemos descartar que esto haya sido un robo cualquiera, quien entrase sabía lo que buscaba aunque siga sin tener ningún sentido el interés repentino por todos esos papeles olvidados durante tantos años.

-En fin Luiz, gracias, si por casualidad descubrieses algo a lo largo de la mañana ya me cuentas luego. Yo comeré en casa de Pedro Cardoso, a la vuelta te busco.

-Estupendo, hasta luego.

-Hasta luego.

Leonardo estaba tan aturdido por lo sucedido que salió andando del hotel sin tener ni idea hacia donde dirigirse ni si la casa de Pedro estaba lejos, pero le apetecía andar. Quería pensar fríamente y llegar a la cita con las ideas claras. Que hubiese sido Pedro el instigador del robo era ya la única posibilidad que le quedaba. Luiz parecía haberse sorprendido realmente, en ningún momento le había dado la sensación de que estuviese mintiendo, así que ya solo Pedro sabía que aquellas cajas estaban en su habitación. Después de un

rato andando decidió coger finalmente un taxi. Le mostró la tarjeta que le había dado Pedro el día antes en la que aparecía su dirección y se dejó llevar mirando por la ventana.

Para su sorpresa diez minutos después ya estaban en la puerta del número 26 de la avenida Angélica. Era una calle tranquila de grandes casas con jardín. En la acera de enfrente había un parque. Leonardo se estaba poniendo nervioso y sentía que no iba a saber enfocar el enfrentamiento que estaba presintiendo con Pedro Cardoso. Decidió toma aire fresco en aquel pulmón que le estaba regalando inesperadamente una ciudad tan contaminada como aquella. Parque de Buenos Aires leyó al entrar por la verja de acceso, y desde luego eso era lo que necesitaba en ese momento: buenos aires. Anduvo dos o tres minutos a marcha forzada, era una técnica que solía darle resultado cuando se sentía inseguro y sabía que podía traicionarle su miedo escénico. Fingía cansancio físico o trabajo respiratorio por algún motivo concreto y así escondía la realidad, el temor. Cruzó la calle dando una carrera y al llamar al timbre estaba con la respiración entrecortada y los cachetes rojos del nerviosismo multiplicado por el esfuerzo.

Sin preguntar quién era le abrieron directamente el portalón de madera de acceso a la finca. Un gran jardín lo recibió mostrándole toda una colección de plantas tropicales que, como el día anterior, Leonardo difícilmente reconocía. Coronando una pequeña pradera de hierba se veía la casa. Un soberbio

ejemplo de estilo colonial portugués. Una edificación en piedra, muy sobria en sus líneas, pero con una imponente balconada cubierta sobresaliendo de la primera planta, toda realizada en madera de color muy oscuro. Unas inmensas columnas salomónicas trenzadas con lo que al acercarse reconoció como una enredadera tallada en la madera eran el elemento arquitectónico fundamental de toda la composición. La fachada de la planta baja la formaban tres grandes arcos de piedra que generaban un soportal sobre el que descansaba el balcón superior. El techo y las paredes de este pasillo interior estaban pintados de un color anaranjado que, pensó, aportaba a la sobriedad de la construcción un aire más adecuado al entorno en que se encontraba. A Leonardo le pudo el interés profesional y se fijó en todos estos detalles en una sola mirada y al volver la vista hacia la puerta ya estaba allí Pedro observándolo acercarse.

-Buenos días Pedro, ¡tienes una casa preciosa! Soy arquitecto y una casa bonita siempre es mi debilidad.

-Me alegro de que te guste, es una casa muy grande pero con los años he ido haciéndole obras y ya he logrado que además de soberbia sea habitable. Vivir solo en una casa de este tamaño me llegó a parecer una equivocación, pero con el tiempo he aprendido a hacerla mía y me he acostumbrado a sus dimensiones. -Tras una pausa en la que Pedro anduvo lentamente hasta ponerse a la altura de Leonardo y apoyarse levemente sobre su brazo, continuó hablando-. Si quiere damos un paseo por el jardín, estaba esperándote para

hacerlo, debo caminar por prescripción facultativa, si no mis articulaciones van a atrofiarse más rápido aún de lo que ya lo hacen.

-Claro, hace una mañana estupenda sin demasiado calor todavía a esta hora. -Leonardo no sabía que decir, ni por dónde empezar la conversación pero en ese momento cayó en la cuenta de que si Pedro realmente era el culpable del robo y él tardaba mucho en decírselo, sabría que lo había descubierto, y Leonardo no conocía de nada a aquel hombre como para prever sus reacciones. Sin pensarlo más decidió que simplemente se lo contaría-. Pedro, lo primero que necesito que sepas es que en algún momento entre anoche y esta mañana a las diez y cuarto me han robado las dos cajas con todos los documentos de Ramírez.

Pedro se paró en seco y se giró a mirarlo. -Pero... eso es increíble, ¿estas seguro?

-Claro, estaban encima de la mesa de mi habitación en el hotel y hace un rato al salir de la ducha me di cuenta que habían desaparecido las dos cajas. -También le ocultó a Pedro que aún conservaba las dos fotografías-.

-Inaudito, ¿quién puede querer esos papeles?

-Esa es la misma pregunta que llevo haciéndome más de una hora y la misma que me hizo Luiz cuando se lo conté. Es realmente extraño, porque, además, solamente Luiz y tú sabíais que yo tenía las cajas en mi habitación, más todavía, que estoy en la ciudad. Realmente no lo comprendo. -Mientras decía todo esto Leonardo no dejó de mirar a Pedro escudriñando su reacción pero este no se inmutó. Mantuvo la mirada fija en el suelo, sin cruzarla con Leonardo, en actitud de estar intentando concentrarse en qué habría podido ocurrir. Leonardo queriendo encontrarlo culpable dio por hecho que no lo miraba a los ojos para no traicionarse.

-¿Has llamado a la policía para denunciar el robo?

-No, no sé qué hacer, pienso que ese lío traería muchos problemas a Luiz con los demás clientes, y al fin y al cabo era todo suyo, si él no quiere llamar a la policía, pues nada.

-Claro, en eso tienes razón, es mejor dejar las cosas como están, en realidad no son más que papeles viejos sin un interés más que anecdótico. Lo siento por ti que estabas interesado en el tema y te han dejado sin nada.

-Ya... tú no tienes ni idea de quién ha podido ser ¿verdad? Ni qué motivos podría tener alguien para llevarse todos esos papeles viejos después de haber estado tanto tiempo guardados sin despertar el interés de nadie.

-Leonardo rondaba sin saber a ciencia cierta como afrontar el momento de decirle a Pedro lo que pensaba-.

-¡Qué desastre Leonardo! No sé que decirte, no se me ocurre nadie que pudiese estar interesado de repente en eso. Estoy pensando, pero yo ayer por la tarde no hablé con nadie. Cuando terminé de comer contigo en el hotel volví aquí y pasé la tarde leyendo en la biblioteca. Después cené sobre las ocho y me acosté. A mi edad he dejado de trasnochar... Realmente no lo sé, no tengo ni idea de cual puede ser el interés repentino por esas cosas.

Leonardo estaba desconcertado, la reacción de Pedro parecía sincera y en realidad tampoco se le ocurría ningún motivo por el que pudiese querer todo aquello, cuando durante tanto tiempo había sabido dónde estaba y en ningún momento había intentado quedárselo. Ahora sí que no sabía que hacer, simplemente podía tomárselo como una anécdota y olvidarse de todo el asunto, pero por si acaso cambiaba de idea, seguiría ocultando que aún tenía las dos fotografías que más le interesaban. Eran la única prueba que tenía de que las cajas existieron.

Siguieron con el paseo por el jardín, era un lugar frondoso, repleto de plantas exuberantes de lo más variopintas. -Ese es el árbol del caucho, su nombre científico es *Hevea brasiliensis*. Lo planté en este jardín para rendirle un homenaje, pues uno de mis negocios es una pequeña plantación de caucho.

Desde luego no es una de esas inmensas extensiones de terreno que poseen algunos terratenientes en este país, pero es lo suficientemente grande como para poder vivir de ella cómodamente y que el resto de mis negocios simplemente tengan que mantenerse. Este es un ejemplar especialmente hermoso, tal vez por no haber tenido que competir por encontrar sol al ir creciendo, ha alcanzado casi los 40 metros. Además, nunca ha sido sangrado, plantándolo aquí decidí indultarlo.

Las dudas de Leonardo eran terribles, ese cambio de tema repentino volvía a hacerlo pensar mal de Pedro, estaba escabullendo el tema. -Es realmente imponente el tamaño que tiene. Una plantación entera de árboles de este tamaño tiene que ser un espectáculo. Yo nunca he sido muy aficionado a la naturaleza, o la jardinería, o al campo, la verdad es que no sé ni cómo llamarlo, siempre he sido un *urbanita*, pero desde luego en este jardín hay plantas que no había visto antes. Por ejemplo, aquél tan frondoso de la esquina ¿cuál es? Ayer vi uno igual en el jardín del hotel.

-Es un árbol de Ipé, *Tabebuia chrysotricha* es su nombre científico, yo disfruto mucho estudiando las plantas. Esta es una especie que está siempre verde y frondosa. No crece mucho pero lo hace rápido, de ahí que se ponga tanto en los jardines, en seguida tienes un arbolito dando sombra. Además da unas flores maravillosas. ¿Ves que tiene algunas doradas en las ramas más altas? con el paso de la primavera se van poniendo rojas.



-Sí, sí las veo. Qué curioso, van cambiando de color, como si tuviesen un disfraz y terminan por descubrirse. Es un árbol con personalidad oculta.

Al terminar de decir aquella frase absurda y sin relación con lo que estaban hablando, pues era muy difícil establecer un nexo coherente entre el cambio de color en aquellas flores y los cambios de personalidad, Leonardo sintió que Pedro acababa de dar dos pasos atrás. Tal vez no físicamente pero sí en su actitud. Se irguió todo lo que pudo y comenzó a andar un poco más de prisa mientras no dejaba de hablar de otros árboles y arbustos que encontraban a su paso. Acababa de perder su confianza. Se había traicionado a sí mismo y Pedro se había dado cuenta de que no confiaba en él, o al menos que sospechaba algo. Necesitaba ganar de nuevo las posiciones si quería recuperar las cajas, o al menos, saber porqué se las quitó. En aquel momento ya no dudaba que había sido Pedro, si no, no tendría sentido el distanciamiento repentino. Leonardo creyó que lo mejor era volver a sacar el tema, como si el lío que había montado con los cambios de personalidad no tuviesen nada que ver con Pedro.

-¿Te apetece comer ya Leonardo?

-Claro, no tengo problema, cuando tú suelas comer. Esta mañana con los nervios del robo no tomé nada. No puedo parar de darle vueltas a ese asunto y no llego a ninguna conclusión, sigo sin verle sentido. Cómo puede interesarle

ahora a alguien esos papeles justo cuando yo los saco. -Al decir aquella frase Leonardo se iluminó de pronto. Sea lo que fuere, aquellos papeles ocultaban algo que Pedro no quería que saliese a la luz. Ya no dudaba que había sido Pedro, pero tenía que averiguar el motivo-.

Era lógico, mientras las cajas habían estado guardadas en aquel sótano y nadie se había interesado por ellas Pedro no las quería para nada y podía estar tranquilo, pero en cuanto supo que Leonardo las había sacado del sótano necesitaba requisarlas para volver a ocultarlas. Por eso acudió tan de prisa cuando Luiz lo llamó para preguntarle si recordaba algo de Rafael Ramírez. Desde luego que tenía que recordar más de lo que decía pero le era fundamental que se mantuviese en secreto por algún motivo que a Leonardo se le escapaba. Intentó rememorar cada cosa que había sacado de aquellas cajas, pero no entendía qué sería lo que tanto quería esconder. No recordaba que nada hiciese referencia a Pedro. Solamente aparecía nombrado en las cartas si Rafael había estado con él y se lo contaba a María. O en las respuestas de María en las que solía alegrarse de que Pedro estuviese bien y de que se viesen, pues así Rafael no pasaba tanto tiempo solo. La clave tenía que estar en alguna de esas cartas pero no tenía ni idea dónde y ahora que se las habían robado era difícil averiguarlo.

Entraron en la casa, un ejemplo perfecto de cómo con dinero y tiempo puede tenerse lo que quieras. Cada mueble, cada adorno, cada lámpara o

alfombra tenía una pequeña historia a sus espaldas. Dónde la compró, a quién se la compró, porqué estaba en aquel lugar cuando de enamoró de aquello. Desde el gran recibidor de entrada presidido por un velador de caoba centrado en la sala, hasta la impresionante alfombra del pasillo que distribuía el espacio de la planta baja entre dos grandes salones, la biblioteca y el comedor, todo tenía una leyenda adjunta. Como notas al pie de un texto.

-Esta es una de mis piezas preferidas –dijo Pedro pasando la mano por el velador de la entrada-. La compré en Londres en julio de 1985. Me fui un par de meses, a pasar el verano, quería disfrutar de la ciudad, simplemente pasear, sentarme a leer tomando té. En fin, alargar los días calurosos haciendo exactamente lo que me apeteciese en cada momento. Una tarde paseando por la calle *Old Bond*, a la espalda de la *Royal Academy of Arts*, ¿sabes? cerca de Piccadilly, donde había ido a visitar una exposición, magnífica seguro pero ahora no pongo en pie sobre que era... Pues como decía, paseando vi en el escaparate de un anticuario este mueble. Entré a preguntar y resultó ser una pieza original del ebanista Thomas Chippendale, datada en 1765, nada de velador al estilo Chippendale, ni estilo medio-gregoriano, o rococó inglés. Había sido fabricada para Georg Wyndham, tercer conde de Egremont, para su casa de Sussex. Su precio puedes imaginarte que era una locura, pero había sido un amor a primera vista. Por muchas vueltas que le di, los días siguientes no fueron más que excusas para intentar ver si se me pasaba el antojo y no la compraba. Como imaginarás -dijo mientras paseaba suavemente la mano sobre

la superficie, como si acariciase un gato- fueron inútiles y finalmente la compré y la hice mandar hasta aquí en barco. Desde entonces preside la entrada de la casa. Me gusta verla e imaginarme que paseo por una casa del condado de Sussex, cual conde de Egremont.

-Magnífica, sí, sí, una pieza realmente soberbia. -Al terminar de decir la palabra *soberbia* Leonardo tuvo que mirar para otro lado e intentar contener la risa. Había querido parecer tan impresionado por la historia y el mueble, que al escucharse empleando esa palabra le dieron ganas de reírse de sí mismo por semejante cursilería. Desde luego, Pedro pareció encantado con la respuesta de Leonardo así que este mantuvo la línea de acercamiento mediante la adulación. Funcionaba y no podía permitirse que Pedro volviese a dar un paso atrás ahora que estaba confiando de nuevo en él-. Estoy impresionado -siguió Leonardo- si la casa es magnífica por fuera, con el jardín incluido, su interior es insuperable, has conseguido crear ambientes únicos y se aprecia que cada mueble y cada objeto de decoración han sido seleccionados conociendo su calidad, sabiendo exactamente donde debían ir colocados. Te felicito realmente por una casa como esta. -Al terminar esta parrafada Leonardo, que hasta ese momento había intentado no cruzar la mirada con Pedro para no traicionarse, lo buscó y supo que había dado en el clavo pues Pedro miraba también a su alrededor con semblante de satisfacción, regodeándose en las palabras de Leonardo-.

-Gracias, la verdad es que estoy muy orgulloso de esta casa y todo lo que ella contiene. Nunca he tenido familia así que cada rincón de este espacio es una pequeña parte de mí. Es lo único creado por mí que tengo, y aunque desde luego no es comparable con tener hijos, yo al menos disfruto paseando por todo lo que con tanta dedicación y amor he ido poniendo en pie -guardo unos segundos de silencio mientras paseaba la mirada a su alrededor-. Ven, pasemos a comer que se enfría el consomé.

El comedor bien podría servir para tener cada día más de veinte comensales. Era increíble que mantuviese abierto un espacio de esas dimensiones, cuando a diario estaba únicamente él. Pedro le explicó en un alarde de afectación que se había impuesto en su vida mantener las formas. No le importaba comer solo a diario, pero nunca pasaría por hacerlo de cualquier manera, en una bandeja o viendo la televisión. Comer era un acto social y aunque casi nunca tuviese compañía no quería perder la costumbre. Así, la comida fue un *alarde de manjares*, según palabras de Pedro, *para agradar al invitado*. Leonardo disfrutó mucho del almuerzo, pero de repente, mientras pensaba en lo dadivoso de la actitud de Pedro, tuvo una nueva certeza y manteniendo la prosopopeya ambiental en su razonamiento, supo que lo que Pedro intentaba era acometer con dádivas una variación en los motivos que habían llevado a Leonardo hasta allí. Si centraba su interés en lo que los rodeaba o en aquello que estaban comiendo no tenían que volver sobre el asunto de las cajas desaparecidas. Sabía con seguridad que ese era el rédito a

conseguir con tanta solemnidad y afectación: dispersar la atención de Leonardo y hacerlo pensar en otras cosas. La variable con la que Pedro no contaba era la que hacía que Leonardo no se quitase ni un solo segundo de su mente las cajas: su obsesiva personalidad, su deseo por controlarlo todo a su alrededor y el terror a los cambios inesperados y repentinos eran demasiado fuertes en el carácter de Leonardo. Las cajas desaparecidas eran lo único que desde hacía varias horas ocupaban su mente.

Tras el almuerzo pasaron a la biblioteca. Toda en madera brasileña de la mejor calidad, como le explicó Pedro, de un color miel que se alejaba de esas bibliotecas a las que estaba acostumbrado, realizadas en caoba oscura, donde daba miedo entrar por la solemnidad que generaba en el ambiente. Este no era el caso de aquel lugar. La claridad en el color de la madera hacían que la luz se distribuyese con facilidad por el espacio. Para esto, desde luego, eran fundamentales los grandes ventanales que desde el techo y hasta el suelo ocupaban todo el testero frontal de la habitación, despejados, con las cortinas bien recogidas en los lados, dejando penetrar hasta el último rayo de luz.

-Este es mi lugar preferido de la casa. Aquí paso tardes enteras leyendo, organizando papeles o solucionando aquellos problemas que surjan en mis diferentes negocios en los que al final, y a pesar de fingir que vivo retirado, yo sigo teniendo la última palabra. Aunque tengo equipos directivos en todas ellas, y se que son gente de confianza, en definitiva sigue siendo todo mío y me

resulta difícil dejar de lado el trabajo de una vida y confiar en otras personas.

-Apuntó Pedro mientras se sentaba en una butaca despacio, haciendo un esfuerzo por no dejarse caer-.

-Lo entiendo, es comprensible que quieras estar al tanto de lo que ocurre en tus negocios. Y no creo que exista un sitio mejor que este para trabajar. Yo que suelo estar metido en bibliotecas mucho tiempo, puedo asegurarte que esta debe ser una de las más bonitas que he visto. No solo por su aspecto, sino por la gran cantidad de luz natural que tiene, por la sensación de estar sentado en mitad del jardín trabajando gracias a esos grandes ventanales.

-Ven, siéntate, luego si quieres curioseas entre los libros. Ahora el café se enfría.

Leonardo se sentó a regañadientes, quería rebuscar entre aquella barbaridad de libros, pues tenía la sospecha de que debía haber cosas muy especiales. El café hizo honor a su anuncio, pues fue presentado como auténtico café nacional brasileño, recogido en una plantación particular. Uno de sus negocios, una plantación pequeña pero que producía un café de la mejor calidad y como tal se vendía en el país. -Nada de café a granel -dijo- el mejor café para los más sibaritas.

La conversación seguía dando vueltas en redondo para evitar entrar en el tema que había llevado a Leonardo hasta allí, por lo que este decidió agarrar aquel toro por los cuernos de una vez, estaba ya mareado, empezaba a enfadarse por estar allí perdiendo el tiempo. -Pedro, perdona que te interrumpa, pero estoy empezando a cansarme de tanta conversación intrascendente. Imagino que estas acostumbrado a ser siempre tú quien lleve la voz cantante en todas las situaciones. Tu condición y tu carácter te ha ido dando ese lugar, pero a mí eso no me interesa, no dependo de ti para vivir y no necesito tu condescendencia. Así que iré directamente al asunto que me ha traído hoy aquí, ¿por qué me has quitado las cajas? Se que has sido tú e imagino que tendrás buenas razones, o al menos suficientes para haberlo hecho. -Leonardo creyó que no iba a ser capaz de terminar la frase, no recordaba ninguna situación anterior en la que hubiese hecho acopio de tanto valor para enfrentarse a un tren arrojando de frente. Al decir la última palabra se sintió como si una apisonadora le hubiese pasado por encima-.

-Perdona, Leonardo...

-No, no, déjame terminar -se sintió envalentonado-, ahora me toca hablar a mí. Se que has sido tú. Aunque creas que no has hecho ni dicho nada para delatarte, te equivocas. Llevas desde que llegué evitando hablar del asunto, lo que me confirma que eres el responsable de la desaparición de las cajas. Vine esta mañana pensando que eras la mejor opción que tenía como



culpable, pues eras, junto a Luiz, la única persona que sabía que las cajas estaban en mi habitación. Además conoces esa casa perfectamente y tus indicaciones bien claras harían que cualquier persona, aunque no hubiese puesto nunca un pie allí, supiese llegar hasta donde fuese. -Tomó aire disimulando el estrangulamiento que sentía-. Lo siento, Pedro, ayer creí que comenzaba una buena e interesante amistad pero veo que eso ya no va a ser posible. La sensación de traición es algo que me resulta muy difícil de perdonar. Además, ahora pienso que lo que fuera que hicieses hace tantos años no debió ser muy honrado si con el tiempo que ha pasado te ha dado miedo que pueda descubrirse. Ya creías que esas cajas no volverían a salir nunca del sótano. En realidad yo solo sentía curiosidad por la vida de Rafael Ramírez, pero tu robo acaba de darme nuevos motivos para seguir rebuscando. Imagino que no será nada de vida o muerte, o al menos eso espero, pero hay algo por ahí dando vueltas que ahora me interesa más que nunca.

-No consiento que continúes diciendo esas cosas sobre mí en mi propia casa. Te pido que salgas de aquí inmediatamente si no quieres que avise...

-No, por favor, por supuesto que me marchó. Lamento muchísimos este final. He disfrutado de la comida y de tu casa, pero no debías haberte llevado esas cajas si querías que tu secreto siguiese oculto. Ahora lo has convertido en mi cruzada. -Mientras decía aquello Leonardo se había puesto de pie y sin darle

la espalda a Pedro, intentando buscarle la mirada, salió de la habitación y cerró la puerta-.

Cuando ya no podía verlo se apoyó contra la pared un segundo e intentó recuperar la templanza para mantener la fingida tranquilidad que tanto trabajo le había costado aparentar dentro. Cruzó la sala rodeando el famoso velador sobre el que tanta información le había dado antes Pedro, lo rozó con la punta de los dedos, tal como había hecho él, y se dirigió tranquilamente hacia la calle. Atravesó el jardín con toda la parsimonia posible, sin volver la cabeza en ningún momento. Tenía que hacer aquel teatro de seguridad en sí mismo, sabía que Pedro estaba observándolo desde su sillón de la biblioteca, pues aunque los ventanales estaban en el lateral de la casa, eran de tal tamaño que, desde el lugar en que estaba situada la butaca, tenía una perspectiva perfecta de la entrada principal de la casa.

Así, paseó sin apresuramiento hacia el gran portón de entrada. Jugándose la última de las cartas que le quedaban, pues creía que aún podía recuperar las cajas o al menos parte de lo que había en ellas. Cuando estaba apoyando la mano sobre el gran picaporte de hierro oyó como lo llamaban desde el otro lado del jardín.

*-Senhor, por favor aguarde, Dom Pedro quer ver.*

Al volverse vio que era la señora que les había servido la comida. Aunque le había hablado en portugués, era una frase fácil de entender y aunque no lo hubiese sido era evidente lo que quería. Leonardo se sintió como si hubiese ganado una batalla, aunque no sabía qué le diría entonces Pedro el hecho de que volviese a llamarlo Leonardo solo podía interpretarlo como una victoria. Volvió sobre sus pasos manteniendo el ritmo pausado, casi parsimonioso, que había llevado mientras se iba.

*-Senhor, o que está esperando na biblioteca.*

*-Obrigado-* dijo Leonardo como gran alarde de su aprendizaje de portugués.

Al entrar en la biblioteca Pedro ni se giró y tampoco respondió al saludo lanzado por Leonardo. Cuando este ya estaba cerca reconoció sobre la pequeña mesa baja que Pedro tenía delante las cajas de Ramírez.

*-Vaya, resulta que yo tenía razón. No era necesario sentirse tan ofendido, no estaba acusándote de nada que no fuese verdad. Imagino que de ellas faltarán los papeles que no querías que yo tuviese, pero te agradezco que me devuelvas el resto, más vale poco que nada. Aunque no dudes que rebuscaré hasta encontrar los motivos que te hicieron quitármelas.*

-Deja ya de actuar, aunque no nos conozcamos se nota a leguas que finges la frialdad de tus palabras. ¡Cómo si tu amenaza de investigación pudiese asustarme!. -Pedro levantó por primera vez la mirada. La voz le temblaba pero no de miedo, de rabia acumulada.

-Bueno, no sé quién finge ahora. Si no te diese miedo lo que pueda encontrar no te hubieses llevado las cajas. Por lo menos, podrías contarme cuándo has entrado en mi habitación.

-En fin, ya está bien de hablar de tonterías. Coge las cajas y márchate. Invéntate la historia que te de la gana, pero no le digas a Luiz que las cajas las tenía yo o volverán a desaparecer para siempre.

-Descuida me las he encontrado junto a un contenedor de basura cuando paseaba de vuelta. Parece que quien se las llevase creía que iba a encontrar algún tesoro escondido y un puñado de cartas y planos no era lo que esperaba. -Al terminar de decir esto Leonardo cogió las cajas de la mesa, apiladas una sobre la otra, y manteniendo el equilibrio de la torre salió por la puerta que estaba abierta. Una vez fuera le dio con el pié y la cerró de un fuerte portazo a modo de despedida-.

Cuando por fin se vio en la calle con las dos cajas entre las manos, y sabiendo que nadie podía verlo ya desde dentro de la casa, las dejó en el suelo

y empezó a dar pasos de un lado a otro de la acera. Quería sobreponerse a tantos sobresaltos. Aún no se creía que hubiese jugado sus cartas arriesgándose hasta el final y hubiese ganado la partida. Mientras le daba vueltas a todas esas cosas, vio como se acercaba un taxi, lo paró y le dio la dirección del hotel. Era difícil que localizase lo que se había quedado Pedro, pero intentaría recordar qué había visto el día anterior y qué faltaba ahora.

Al entrar en el hotel Luiz se acercó precipitadamente hacia él sonriendo, con cara de sorpresa al verlo cargado con las cajas. -Increíble, ¿dónde las has encontrado?.

-Verdad que es sorprendente. Al salir de casa de Pedro decidí que volvería andando y tras unos minutos de paseo, junto a unos contenedores de basura las he visto. Imagino que quien se las llevase pensaba que iba a encontrar algo valioso y al ver que no son más que papeles las ha soltado en cuanto ha podido. En definitiva no sabremos qué ha pasado pero al menos vuelvo a tener las cajas.

-¿Pedro no sabía nada?

-No, nada. Hemos estado dándole vueltas al asunto y tampoco comprendía quién podía querer todo esto.

-Bueno, me alegro del desenlace. ¿Verdad que Pedro tiene una casa increíble? -Dijo Luiz mientras se dirigía al mostrador de recepción a coger el teléfono que llevaba un rato sonando-.

A Leonardo le parecía correcto esperar a que terminase de hablar y despedirse para ir a su habitación, la llamada le había venido muy bien para dejar pasar la pregunta y poder cambiar de tema, después del mal rato pasado en casa de Pedro le costaba reconocer la casa que tenía, y sobre todo quería hablar lo menos posible sobre él para no terminar traicionándose. Al ver que Luiz colgaba el teléfono simplemente dijo -bueno Luiz, me voy a mi habitación un rato a descansar. Bajaré a la hora de la cena.

-Claro, hasta luego.

Había logrado esquivar la pregunta y disimulado el nerviosismo. Lo que realmente tenía Leonardo en ese momento no era sueño sino tanta tensión acumulada que estaba empezando a dolerle el cuello. Soltó las cajas encima de la mesa donde habían estado hasta que desaparecieron y se tumbó en la cama boca arriba estirando las piernas y los brazos todo lo que pudo. Fijó la mirada en un punto del techo para intentar despejarse y pensar en blanco. Tras un rato concentrado terminó durmiéndose sin quererlo. Cuando se despertó había pasado casi una hora y aunque le mosqueó haber perdido ese tiempo, al incorporarse en la cama supo que le había sentado estupendamente, ya no le

dolía el cuello y se le había pasado la sensación de agobio que tenía desde por la mañana y que había ido en aumento a lo largo del día. En ese momento estaba perfectamente dispuesto a revisar todo lo que había en las cajas por si localizaba lo que podía faltar.

Los días de vacaciones que le quedaban pasaron con tranquilidad. El tiempo sin nada que hacer parecía no avanzar. Revisó y repasó más de cien veces cada papel de las cajas y no logró recordar qué podría haberse quedado Pedro. Terminó dejándolo por imposible, además, desde allí ya no podía localizar más información sobre Ramírez o su familia. No podía copiar el ordenador de la sala común del hotel durante demasiado tiempo por lo que las búsquedas que había hecho por internet no habían dado mucho resultado: un par de noticias breves en un periódico sobre la plaza de toros, pero sin información realmente valiosa. Simplemente crónicas de alguna corrida de toros una tarde de agosto; una reseña de la muerte de Rafael y alguna que otra referencia breve y sin interés para él sobre la venta y posterior subasta de la Plaza de Tánger. Nada que aportase luz sobre lo que a él le interesaba y mucho menos sobre los motivos de Pedro para llevarse las cajas.

Volvía a casa con la sensación de haber estado de vacaciones meses y no una semana escasa, pero al haberse mantenido tan desconectado de su mundo, tan fuera de la realidad que solía rodearlo y en la que llevaba meses zambullido, al sentarse en el avión y empezar a recapitular los días pasados se

alegró del desinterés con el que ahora pensaba en lo que hacía unos días le enturbiaba el pensamiento. Ahora podía recordar a Isadora y no sentir que se hundía en la miseria. El tiempo pasado en Sao Paulo sin haberla dejado entrar en su mente lo hacía sentirse fuerte en su distanciamiento. Ahora ya solo tenía que seguir así al bajarse del avión.



## TERCER MOVIMIENTO

### ANDANTINO

*No se puede tener siempre frío*

*Los justos, Albert Camus*

La vuelta a la realidad fue dura porque tuvo que terminar a marchas forzadas el manuscrito del libro de arquitectura. El editor llevaba un par de semanas esperando y no creía que fuese a darle mucho más margen. Cuando por fin le puso el punto final se sintió liberado. Entonces, sin ningún encargo nuevo ni perspectiva de tenerlo, podía dedicarle tiempo a Rafael Ramírez. Las cajas aún estaban embaladas tal y como las había preparado en Sao Paulo para facturarlas en el avión. Empezó a cortar cinta adhesiva y papel de burbujas hasta que aparecieron ante él.

Lo primero que debía hacer era clasificar cada papel y cada plano. Las cartas ordenadas por fechas, los planos por obras y lugar de ejecución... No es que fuese una tarea complicada, pues tampoco era tanto lo que venía en esas cajas pero al final estuvo casi una mañana entera revisando y ordenando papeles. Al ir sacándolo todo aparecieron las dos fotografías de la discordia. Sospechaba que tenía que haber alguna relación entre aquellas fotografías y el robo de las cajas. Fuera lo que fuese lo que Pedro quería ocultar tenía que estar relacionado con aquellas dos imágenes, pues eran lo único que Leonardo había encontrado en las cajas que despertase su interés más allá de la simple

curiosidad. Nunca lo sabría con certeza. Al observarlas durante un rato parecía que tanto aquel señor desde detrás de sus gafas oscuras, como la pobre mujer con su mirada triste evitando el objetivo de la cámara, quisiesen decirle algo. Como si intentasen hablarle desde la lejanía de su imagen impresa.

Leonardo nunca había creído en conexiones extrasensoriales, ni nada parecido. Todo lo que se alejase de realidades demostradas, o hechos que el mismo hubiese presenciados, no es que dudase de su realidad, es que ni siquiera entraba a contemplar la posibilidad de su existencia. Por eso, ahora que se veía imaginando que esas dos fotografías le estuviesen queriendo decir algo, pensó que tal vez no estaba tan relajado como creía. Achacó su sensación al juego de luces de la habitación y terminó de pensar en ello. Ya estaba bien de tonterías por un rato. Si su padre lo oyese no daría crédito, creer en espíritus encerrados en una fotografía que se quieren comunicar con la realidad es como desear entrar en otra dimensión, como si pudiesen encontrar un agujero negro que comunicase distintas épocas y demostrase la teoría de cuerdas.

Esa tarde, después de dormir un rato de siesta tras la comida, Leonardo salió a dar un paseo. Desde hacía años vivía en pleno centro de la ciudad. Había sido testigo de la paulatina transformación de todas aquellas calles. Al mudarse allí sus padres no iban a visitarlo, un barrio sucio e inseguro, conociéndolos era de esperar, pero con el tiempo las cosas habían cambiado.

Ahora ya sí lo visitan, no es que lo hicieran habitualmente, pero alguna vez habían ido. La cuestión era que calles que antes estaban casi intransitables con aceras pequeñas y contenedores llenos en cada esquina, casas en ruinas y mal olor ambiental, en poco tiempo había sido sustituido por calles limpias, reasfaltadas, y edificios restaurados sin hacerles perder ni una pizca de su encanto castizo.

Incluido el suyo, pues durante más de dos años sufrió diariamente las obras. Ahora que lo mira desde la acera de enfrente sabe que merecieron la pena todas esas mañanas de golpes y esas tardes de fontaneros y electricistas entrando y saliendo como de su propia casa. Vivía en un barrio nuevo, los nombres en las calles le indicaban que seguía siendo el mismo lugar, pero cada día que salía a pasear encontraba algún nuevo bar en el que tomar una copa, un nuevo restaurante de algún país cada vez más lejano en el que hasta estos últimos viajes ni se hubiese planteado entrar, pero que tras sus últimos avances ya no le parecían tan exóticos. Su problema ahora ya no era si probaría o no alguna de aquella comidas, sino con quién compartiría el rato. Desayunar, comer y cenar solo mientras estás de viaje no resulta ni raro ni incómodo, pero en tu propia ciudad, es más, a la vuelta de la esquina de tu casa, era demasiado difícil para él. Al final se había dado cuenta de que su único problema en ese momento era la agobiante soledad en que vivía.

Ese fue el día en que lo reconoció: estaba completamente solo y su soledad sí era agobiante. Nunca había sido consciente de ello, pero tras tantos cambios en su vida tenía que ser sincero. La soledad que lo rodeaba era asfixiante. Hacía mucho tiempo que estaba completamente solo. Los días que pasó con Isadora le hicieron creer que no era culpa suya. Que si hasta entonces había estado así era porque lo había elegido, y era un modelo de vida tan plausible como otro cualquiera. Pero ahora sabía que eso no era verdad. Simplemente había elegido el único modelo de vida al que había ido siendo empujado. Mientras dejaba que su pensamiento fluyese hacia todas esas verdades, paseaba por las estrechas aceras de las calles que rodeaban su casa, mirando los escaparates y fingiendo que leía los menús de esos restaurantes en los que nunca entraría. Había aprendido a actuar como si todo a su alrededor le interesase, como si en sus paseos realmente estuviese allí, mientras la realidad era que su mente estaba siempre a miles de kilómetros de distancia: en sus artículos, sus lecturas, sus organizaciones de viajes, y ese día en su soledad.

Sus elucubraciones aquel día eran como un torbellino, se le agolpaban en la cabeza y lo estaban atormentando de tal modo que iba por la calle como borracho. Tanto que no vio que junto a la puerta de la tienda por la que iba a pasar en ese momento había varias maletas apiladas y al pasar les dio una patada y las tiró al suelo. El sobresalto por el porrazo y el ruido al caerse todo lo trajeron de sopetón a la realidad de la calle por la que paseaba, y vio que acababa de desmontar la decoración de una nueva tienda de libros de segunda

mano. El lío era grande pues las maletas, además de función decorativa, estaban llenas de libros y sostenían un cartel con *las ofertas del día*. Tras el puntapié todos los libros estaban desperdigados por la acera. Leonardo se agachó rápido a recogerlos, los apiló sobre el capó del coche que estaba aparcado justo al lado y empezó a amontonar entonces las maletas. Luego puso los libro dentro de manera que pudiesen leerse todos los títulos. Al terminar de colocar el último, notó que lo estaban observando desde la puerta de la tienda, imaginó que sería el dueño por lo que levantó la mirada para disculparse, pero antes de poder decir una sola sílaba, ni siquiera el primer *lo* del *lo siento* que iba a soltar, se le hizo un nudo en la garganta y tuvo la sensación de que se ahogaba.

Era increíble que la mente pudiese ir tan deprisa en algunas ocasiones: la sensación de ahogamiento lo trasportó a los cursillos de natación que le obligaban a hacer cuando era niño. Le aterraba el agua y nunca logró superar el miedo a hundirse y no volver a salir, por mucho que mientras bajaba pudiese ver como el monitor del curso no dejaba de mirarlo. Cómo podría, en ese momento, estar sintiendo aquella misma sensación, cómo podría estar siendo observado por aquel mismo monitor del que no había olvidado ni un detalle: gorra roja, camiseta blanca con el nombre de la piscina en el lado izquierdo, silbato colgado del cuello y bañador azul descolorido de tantas horas y tantos días al sol. Y todo eso le venía a la cabeza de un solo plumazo ante el escalofrío

de ver, de repente, a Isadora apoyada en el quicio de la puerta de aquella nueva librería de viejos.

-¿Qué pasa, que después de tanto tiempo sin vernos vienes a desmontarme el chiringuito? -Soltó Isadora de modo burlón al ver que Leonardo se había dado cuenta de que era ella-.

-Lo siento, he chocado sin darme cuenta, no iba mirando a..eh..¿es tuya la tienda?

-Sí, llevo solo una semana con ella abierta ¡A ver qué tal me va! Y tú ¿qué te cuentas?

En ese momento y tras los silencios y atragantamientos al intentar hablar era imposible que Leonardo fingiese estar estupendamente, se le notaría demasiado que estaba mintiendo, pero, por otro lado, sería vergonzoso si le lloriqueaba la verdad, así que intentó optar por una respuesta lo más aséptica posible -Yo estoy bien, acabo de llegar de Brasil, he terminado mi último libro de encargo, pero ya tengo un nuevo proyecto entre manos. Hoy he salido a pasear para conocer los nuevos sitios que hubiese abiertos por mi barrio y mira por dónde, me he *chocado* contigo-.

-¿Vives cerca entonces? No tenía ni idea, bueno la verdad es que no sé nada sobre tu vida fuera de Roma. Entonces nunca nos contamos nada.

-Y tanto que no nos contamos nada de nuestras vidas, te aseguro que recuerdo cada segundo final en la sala de recogida de equipaje del aeropuerto... -Tras decir aquella última frase Leonardo se vio haciendo exactamente lo que había querido evitar: lloriquear. Tenía que terminar aquella conversación, necesitaba enfrentarse a Isadora sabiendo que iba a su encuentro, no por sorpresa. Se sentía tan vulnerable como si estuviesen interrogándolo desnudo-. Bueno Isadora, me alegro mucho de haberte visto, ya volveremos a encontrarnos por aquí, yo vivo a la vuelta de la esquina, así que seguro que coincidimos.

Terminó esta frase mientras ya estaba dando el primer paso de su escapada por lo que Isadora no pudo más que decir adiós. De todas maneras, ella sabía perfectamente que era la única culpable del rechazo de Leonardo, la única responsable de que ahora no quisiese pararse a hablar. Apurar hasta el último segundo de tiempo juntos para contarle su situación no fue honrado y menos conociendo el carácter tan complejo de Leonardo. Solo habían convivido unos días pero nada más conocerlo supo que una vez traspasada la barrera con que Leonardo se protegía era como un libro abierto. Como un niño, con miedo, ella lo sabía y se quedó callada, no tuvo el valor de confesarle su realidad. Desde luego había sido una estupidez, pues en aquellas alturas de su relación

ella ya no estaba engañando a nadie, aquello llevaba muerto mucho tiempo, simplemente mantenían un orden establecido pero vacío de contenido y desde luego de amor.

Leonardo se alejó despacio, midiendo cada paso que daba y haciendo un esfuerzo que le pareció sobrehumano para no volver la cabeza y mirar hacia atrás. Solo quería saber si Isadora seguía allí, si ella sí estaba observándolo. Mientras andaba se fue alejando cada vez más de lo que solía ser su radio de paseo habitual. Estaba de nuevo con el pensamiento en otra parte, esta vez era consciente de que el destino le estaba regalando esta nueva oportunidad. Tal vez haber encontrado a Isadora y que esta hubiese abierto una tienda junto a su casa significase que debía intentar acercarse a ella, que no todo estaba perdido. Era la segunda vez en el día que imaginaba que fuerzas paranormales estaban queriendo entrar en contacto con él, pero esta vez dejó que el deseo pudiese sobre su habitual raciocinio y le gustó la idea de la nueva oportunidad regalada por los dioses.

Cuando se dio cuenta de hasta donde había llegado andando decidió que lo mejor era coger el metro para volver a casa, aunque fuesen un par de paradas o tres, era preferible a volver sobre sus pasos durante otra hora y media que era lo que llevaba andando. Antes de subir a su casa compró algo para cenar en una pequeña tienda de ultramarinos que habían reabierto hacía



unos meses. Le encantaba aquel lugar que, a pesar de las reformas y los nuevos productos en venta, aún conservaba el olor de los colmados antiguos.

Todo lo que vendían era exquisito, bastante más caro de lo normal, pero merecía la pena, al menos en días especiales y aquel lo era. Así trascurrió la cena, leyendo las etiquetas de todo lo que se estaba comiendo. Era su modo de ocupar el pensamiento cuando no quería pensar en aquello que colonizase su mente en ese momento. La de la botella de vino rosado que había comprado ese día para probarlo, recomendado por el tendero, le pareció una poesía inesperada: *Este vino semidulce de color rosa pálido, expresa en nariz la complejidad de matices que aporta el perfecto ensamblaje de las variedades tempranillo y viura. Los recuerdos a frutos rojos y caramelo de fresa preceden a la excelente sensación en boca. Sedosidad, equilibrio y persistencia.* En realidad no tenía capacidad para saber si aquel era realmente un buen vino o simplemente uno más, pero la etiqueta acababa de ganarlo para la causa. Pensó disfrutar de una buena cena mientras trazaba su plan de actuación. Quería saber de ante mano cómo reaccionar la próxima vez que se encontrase con Isadora. Necesitaba estructurar su mente ante cualquier nueva circunstancia ahora que sabía que podría cruzarse con ella tras volver una esquina mañana mismo, -Isadora, ¡Isadora! ¿Isadora?- Le gustaba como sonaba su nombre de cualquier modo en que lo entonase.

Dicho plan abarcaba tanto su modo de ir acercándose a ella, como los siguientes pasos en su investigación. Lo metió todo en el mismo saco pues creyó que sería el mejor modo de hacer avanzar su vida. Tras varias horas dándole vueltas a lo mismo y no tomar ninguna decisión respecto a Isadora, llegó a la conclusión de que se estaba comportando como un neurótico. Esa fue la palabra que le vino a la mente cuando quiso definirse a sí mismo. Buscó en el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española el significado de la palabra neurosis: *Enfermedad funcional del sistema nervioso caracterizada principalmente por inestabilidad emocional*. Lo había encontrado, ahora tenía un nombre para su problema, o al menos, una excusa más para no ponerle solución a su carácter con tendencia al *endemoniamento*. Se sentía cada día más agrio, más alejado de la vida en sociedad, más ajeno a cualquier tipo de trato normalizado con otras personas.

Buscó en un diccionario de sinónimos por internet. Desde que estudiaba en el colegio no recordaba haber mirado en ese diccionario. Por la entrada neurótico encontró *neurasténico, maniáco, obcecado, ofuscado y emperrado*. Toda la retahíla de sinónimos no lograron hacerle sentirse mejor. Si quería poner una solución esa no podía pasar por ponerle un nombre a su rareza de carácter. Los antónimos de todo aquello eran: *Despreocupado o indiferente*. Resultaba complicado imaginárselo pero tenía que lograr ser *despreocupado*, no aturdirse ante cualquier problema, actuar de modo *indiferente*. Llevaba meses pensando en lo mismo y ahora que acababa de bautizarlo, era el momento de

bombardearlo definitivamente. Ya estaba bien de hablar, más bien pensar, siempre sobre lo mismo, deseaba reinventarse y para hacerlo lo primero era admitir el problema y desear ponerle solución. Y eso acababa de hacerlo.

Los días fueron pasando sin penas ni glorias para su nueva vida. Aún tenía que sentirse seguro y salir voluntariamente a encontrarse con Isadora. Y aunque ese aspecto de lo planeado se vio relentizado, esos días de enclaustramiento en su casa fueron muy productivos para su investigación sobre Ramírez. La faceta de la neurosis que afectaba a su trabajo no quería perderla, era la clave de su éxito. Éxito, por llamarlo de algún modo, porque resultados al fin y al cabo fueron pocos. La machaconería con la que se dedicaba a cada cosa que tenía entre manos era lo que lo ayudaba a cerrar trabajos y darles salida.

En esas primeras indagaciones supo que una hija de Rafael y María vivía en Sevilla y que María aún vivía, una señora que por sus cálculos debía rondar los 95 años. Como no sabía cómo reaccionarían ante un desconocido que estaba metiendo las narices en sus vidas y quería descubrir un supuesto misterio en torno a sus vidas, pensó que lo mejor sería escribirles una carta y esperar su respuesta a las preguntas que él le planteaba, e incluso a la posibilidad de ir a visitarlas. Mientras esperaba esa contestación fue bajándose de internet todo lo que tuviese relación con la Plaza de Toros de Tánger. Sobre Rafael Ramírez había muy poco, un par de referencias. De lo que si se enteró

entonces y le pareció realmente interesante es de que los socios que Rafaél había tenido para la construcción de la plaza habían sido un judío y un musulmán. Aquello debía parecerse a la plaza de las tres culturas, como si fuese la realidad del manoseado mito del al-andalus en armonía que tanto les gustaba vender a los historiadores de una época. Aquellos tres socios sí eran una relación en armonía si es que realmente funcionó, aunque leyendo sobre el Tánger de la época no parecía que a nadie entonces se sorprendiese con aquello: esa era la realidad de la ciudad. Un lugar insospechado en la boca del Mediterráneo que disfrutó de un estatuto administrativo y una libertad social insólitos en el mundo del momento.

Hasta esos días Leonardo no conocía nada de la historia de la ciudad de Tánger. Su interés fue en aumento a medida que iba enterándose de nuevas cosas. Cada vez le parecía más interesante el tema. Aún no sabía qué podría salir de todo aquello, pero cuando empezó ni se imaginaba que fuese a ser tan absorbente. Hubo días que al cerrar el ordenador al final de la tarde y resumir se daba cuenta de que Isadora no había ocupado ni un segundo de su pensamiento. Entonces era cuando empezaba a sospechar que tal vez no sintiese por ella nada de lo que hasta entonces creía. Si no se acordaba de ella en un día entero por algo sería. Esos eran los momentos en que se decía que la mañana siguiente era la perfecta para ir a visitarla a la tienda. Cuando amanecía y se metía en la ducha comenzaba a fingir frases de saludo, intentaba marcar un acento de despreocupada indiferencia que nunca lograba y

finalmente volvía a desestimar la idea de ir a verla. No es que no saliese a la calle durante todos aquellos días, es que simplemente había borrado de su mapa mental la calle en la que estaba la tienda y evitaba los alrededores en los horarios de cierre y apertura de negocios por si se cruzaban. Así dejó avanzar el tiempo, como si desperdiciándolo fuese a lograr que la realidad desapareciese de la vuelta de la esquina.

Casi tres semanas después de haber chocado contra las maletas de la puerta de la librería de Isadora, y sin respuesta a la carta enviada a la familia de Ramírez, sintió que era el momento de ir a dar la cara. No tenía nada que ocultar, él no era quien había traicionado los días que compartieron en Roma, podía ponerse delante de Isadora sonriendo, sin pudor. Se preparó a conciencia para fingir una dejadez controlada de hombre ocupado en asuntos importantes. No quería parecer ni demasiado arreglado ni desaliñado en exceso. Un pantalón vaquero con los bajos un poco gastados y una mancha de tinta en el lateral de la pierna izquierda, una camiseta blanca y unas zapatillas deportivas que habían comprado juntos una tarde de paseo por Roma, fueron lo seleccionado. Dentro de su obsesión por controlar todo lo que afectase a su vida y alrededores, Leonardo creyó que el pantalón medio viejo con la camiseta daban aspecto de una comodidad fundamental para trabajar, aspecto complementado con la mancha que lo hacían sentirse en faena. Finalmente las zapatillas romanas daban una sutil esperanza a Isadora si quería interpretarlo. Era lo que más deseaba Leonardo en aquel momento. Por mucho que se había empeñado en

sacársela de la cabeza no lo había logrado. Los días compartidos en Roma habían sido los más felices que podía recordar en su vida. Ponerse entonces esas zapatilla para ir a verla eran demostrárselo sin decir ni media palabra. Ojalá Isadora supiese entenderlo.

Bajó por la escalera hasta la calle para lograr la agitación necesaria en la respiración que le ayudase a disimular el temblequeo de la voz. Fue andando con la marcha forzada hasta la esquina anterior a la tienda y al llegar allí, respiró hondo. Se acercó hasta el pequeño escaparate del local, sin chocar esta vez con las maletas. Curioseó por los libros que había metidos en la primera de ellas, todas eran noveluchas sin interés, por eso debía tenerlas allí tan baratas. Con la respiración aún un poco agitada entró en la tienda. Isadora levantó la mirada al escuchar la puerta y al ver que era él, dibujó en su cara la sonrisa más grande que pudo. A Leonardo le dieron ganas de correr a besarla, pero simplemente le devolvió la sonrisa. Sintió como si los pies se le atornillasen al suelo, de repente le pesaban las piernas escandalosamente.

La tienda era pequeña, un local entrelargo y un poco oscuro, el escaparate a la calle era la única entrada de luz natural. Las paredes laterales eran ambas dos grandes estanterías, de suelo a techo, con cartelitos en los que se indicaban las secciones en las que estaban organizados los libros. En el fondo estaba colocada, inclinada hacía la izquierda, la mesa de trabajo de Isadora. Presidiendo todo el espacio de la pared del fondo, un gran poster del

retrato del bibliotecario Wolfgang Lazio. ¡Qué acierto! -Pensó Leonardo-, qué mejor que aquella peculiar obra de Arcimboldo para coronar una librería, y más una como aquella con libros de segunda mano. Obras que han ido circulando de un sitio a otro hasta terminar allí para ser vendidas de nuevo. Como los libros de una biblioteca, siempre de mano en mano. Terminó de dar los últimos pasos titánicos hacia la mesa mientras Isadora, sin dejar de mirarlo, se estaba levantando de su asiento. Sintió como si la mirada enturbiada de aquel *hombre-libro* del cuadro lo estuviese escudriñando, como si la inquisición lo vigilase, pensó que ya solo le quedaba entregarse a la muerte. Confesarse ante Isadora.

-Hola Leonardo, ¡qué alegría verte por aquí! Ya creía que te habías mudado con tal de no encontrarte conmigo...

-Si, bueno, he estado liado con mi nuevo trabajo y he tenido poco tiempo para pasear. Me encanta la tienda, y ese cuadro vigilando a todo el que entra es incluso aterrador.

Leonardo no sabía qué hacer con las manos mientras hablaba. Había logrado alcanzar la meta, llegar hasta el borde de la mesa de Isadora y ahora allí de pie se agarró las manos en la espalda, las volvió a soltar y las cruzó en el pecho, deshizo el nudo y se metió la izquierda en el bolsillo del pantalón. No sabía qué hacer con ellas y eso lo estaba poniendo aún más nervioso.

Isadora mantuvo su posición de firme detrás de la mesa, la barrera que establecía el mueble entre ambos le proporcionaba una distancia más imaginaria que real que le servía de ayuda para disimular su nerviosismo -Verdad que es magnífico, ¡y tan grande! Lo compré hace muchos años cuando visité el Skoklosters Slott, en Suecia, donde está el original. Era tan grande que al verlo en casa nunca supe qué hacer con él, hasta que empecé a montar la tienda y recordé que lo tenía guardado. Me encanta la extrañeza de los retratos de Arcimboldo. Es interesante observar cada vez alguna parte concreta, cuando estoy aquí tranquila lo hago y siempre descubro algo nuevo, con cada mirada encuentro un objeto diferente que estaba esperándome.

-¿Por qué decidiste un cambio tan radical en tu vida y abrir una tienda?  
Fue una sorpresa encontrarte aquí.

-En realidad no es tal cambio, sigo rodeada de libros, y trabajo aquí en mis investigaciones. Tuve que asumir que iba a quedarme sin la beca y cuando eso pasase estaría sin nada, por eso pensé que con lo que me están dando tenía para empezar y ver qué tal iba. Ha sido una inversión relativamente pequeña. Los libros al peso no valen nada, por eso tengo tanta basura -dijo bajando el tono, como confesando un secreto-. El local era de mis padres, lo tenían sin alquilar desde hacía algún tiempo, así que por un precio más que razonable me lo han traspasado. Ellos se quitan de un problema que les estaba



costando dinero y yo paso a tener *algo*. Por esa puerta -dijo señalando justo detrás de Leonardo- se accede a un pequeño almacén y un cuarto de baño. Si te digo un secreto llevo viviendo ahí desde que abrí. Para mí sola es perfecto, me ahorro el alquiler y no creas que es un zulo, tengo hasta una ventana que da al patio interior del edificio.

-Ah, perfecto, y ¿no te dirán nada en la comunidad de vecinos si se dan cuenta? -Mientras terminaba esa frase Leonardo asumió lo que implicaba que Isadora viviese ahí. Fuera cual fuese el cambio en su vida, vivir ahí implicaba que ya no tenía pareja. Había dicho claramente *para mi sola...*

-Espero que no. No hago ruido, no molesto y en esta casa ya casi no viven personas mayores que son las que más problemas suelen poner con esas cosas. Prácticamente todos los vecinos son gente como nosotros con las mismas ganas de tirar para delante. Al menos eso es en lo que yo confío. Si protestan, pues me voy, pero mientras tanto aquí estoy en mi nueva *tienda-casa*, estrenando vida y negocio.

-Es un buen planteamiento desde luego, pero yo no sé si a mí me saldría. Hay que tener otro carácter. -Dando una vuelta sobre sí mismo muy despacio, observando detenidamente cada rincón de la tienda, Leonardo volvió a ponerse frente a Isadora-. Te felicito, me encanta lo que has hecho con este sitio ¿y por ahora van bien las cuentas?

-Todavía es pronto, no llevo con la tienda abierta ni dos meses, imagino que arrancar cuesta mucho. La gente tiene que conocerme, luego no entrar simplemente a dar una vuelta... En fin, no puedo quejarme, por ahora cubro gastos.

-Desde luego, es mejor que nada. Incluso tendrás que aguantar que algún mes te cueste dinero, pero si logras resistir y te consolidas, yo llevo mucho tiempo viviendo en este barrio y hacía falta algo como esto...

-¿El qué? ¿Una librería de segunda mano? -Isadora estaba empezando a sentirse cómoda, iba relajando los hombros poco a poco y hacía rato que no intentaba tamborilear con las puntas de los dedos sobre la mesa-

-Bueno, una librería en general nunca está de más. Imagino que eso será deformación profesional. Pero pensaba que tú podrías organizar aquí pequeñas reuniones, un club de lectura, conferencias, lecturas públicas...Puedes ir haciéndote un hueco en la *vidilla* cultural de la zona y consolidarte, monopolizar el terreno. Serías insustituible. Yo te conozco, sé cómo trabajas y pocas personas lo harían mejor que tú. -Leonardo también empezaba a bajar la guardia-

-La verdad es que es muy buena idea, le había dado vueltas a algo parecido, pero todo se andará. Primero necesito ver que poco a poco tiro para delante y con el tiempo iré ampliando. ¿Sabes que tengo libros tuyos? dos ejemplares de aquel que me contaste en Roma que acababas de publicar sobre Arquitectura Gótica. -Isadora se había ido moviendo despacio mientras hablaba, abandonó su posición detrás de la mesa y dio un par de pasos hasta la zona de la librería en que ponía Arquitectura-. Mira aquí están.

-Increíble, ya me venden de segunda mano, y yo que me creía el próximo autor revelación del país, mírame dónde he quedado nada más empezar... -Dijo esto haciendo un gran aspaviento, como si el dolor por su fracaso lo superase. Isadora empezó a reír estrepitosamente, lo agarró del brazo como si necesitase un apoyo para poder seguir en pie mientras se reía. Al notar cómo apoyaba su mano sobre él, Leonardo la sujetó y le pasó el otro brazo por la cintura. Un segundo después la estaba besando. Era increíble, aquello sí que era un salto sin red para su vida. Había dado un paso hacia delante sin que le temblasen las piernas. La alegría de su acto le hizo agarrar fuertemente a Isadora y levantarla en volandas mientras la hacía dar vueltas. Se sentía feliz y se lo quería demostrar-.

-Ya, ya, para que me mareo... -Dijo Isadora mientras seguía riéndose-. Me has besado, ¿eso qué significa? no me odias tanto, me has perdonado... lamento haberte traicionado al no contarte nada de...

-Calla, lo mejor es no volver más sobre aquel momento. Desde entonces creo que no ha pasado un día sin que no haya intentado entenderlo o darme alguna justificación, pero al final terminaba admitiendo que no podía alejarte de mis pensamientos ¿odiarte dices? Si no he podido ni dejar de quererte cómo iba a odiarte. Desde que te encontré aquí he estado encerrado en casa planeando un modo de acercarme a ti. Primero necesitaba saber cuál era tu situación vital, lo que pasó una vez vale, pero ya está. Cuando hace un momento has dicho que la habitación de dentro era suficiente para ti sola, la alegría me ha nublado hasta la visión, y solo he podido besarte.

-Como quieras, la verdad es que yo tampoco he dejado de pensar en ti ni un solo día desde que volvimos de Roma. Quise cambiar de vida y una vez que la rutina en soledad me funcionase iba a localizarte. No podía ser difícil, no tienes un nombre vulgar así que encontrarte no debía ser difícil. La suerte fue que te chocases con mis maletas antes de yo hacer nada. Se que no crees en esas cosas y pensarás que deliro, pero aquel día cuando te fuiste tuve la certeza de que había sido una fuerza superior la que te había hecho chocar, el destino moviendo sus hilos...

-Si te confieso la verdad, ese día yo también pensé lo mismo. Es más, recuerdo que aquella mañana había tenido una sensación similar relacionada

con el tema que tengo entre manos y después de encontrarte de un modo tan inesperado me asusté.

-Eso quiere decir que estábamos en lo cierto. Si la persona más racional y empírica que he conocido nunca creyó en el poder superior para forzar nuestro encuentro, quiere decir que fue así.

Mientras terminaba de hablar empezó a reírse por las tonterías que se estaba oyendo decir. Un segundo después entraba un cliente en la tienda. Leonardo se despidió de Isadora y quedó en recogerla para invitarla a comer sobre las dos. Tras salir de allí, con una sonrisa de oreja a oreja, Leonardo paseó un rato dejándose llevar. Tres manzanas más abajo se encontró con un restaurante libanés que no conocía, antes hubiese sido un obstáculo insalvable, pero aquella mañana no. Entró y reservó mesa para dos sobre las dos y cuarto.

Hasta la hora de recoger a Isadora aún tenía la mañana casi completa para trabajar un rato. Volvió hacia su casa organizando mentalmente lo que haría. La tarde anterior había imprimido muchos artículos sobre la Plaza de Toros de Tánger. Quería ir leyéndolos por si entresacaba algún dato interesante, pero a primera vista le pareció que solo estaban dedicados a las corridas, los más antiguos, y los más recientes trataban sobre la utilización de la plaza en los últimos años hasta que se destapó el escándalo de que en ella hacían a todo aquel que intentaba salir del país en patera. Era una tragedia

del destino por partida doble, por un lado esa pobre gente pillada en un intento de reinventar su vida para no morir de hambre, y por otra una plaza de toros construida para ser de primera categoría abandonada y convertida en vulgar cárcel de quien no lo merece. Pensó entonces en la tristeza que sentiría Rafael Ramírez si levantase la cabeza. Si viese en qué se había transformado su gran obra, aquello en lo que dejó todo lo que tenía. Durante el camino de vuelta y movido por la felicidad se dio cuenta de que todo el interés que desde un principio había sentido por esa plaza de toros y su constructor no eran más que excusas para distraer su pensamiento. Una artimaña burda de alejar a Isadora de él, pero una vez dentro del tema le estaba resultando realmente interesante. Una vida cargada de valentía, expectativas frustradas y otras muchas logradas a base de esfuerzo y desasimiento de aquello necesario en la vida: la familia, la compañía y el amor. De todo se daba cuenta ahora cuando percibía que las piezas del puzle de su vida estaban empezando a intentar encajar. Había cargado sobre la espalda de Rafael Ramírez el peso del miedo a enfrentarse a la realidad de su vida. Con estas certezas tomando cuerpo llegó hasta su casa.

El portal del bloque era un pequeño zaguán en el que habían logrado meter un ascensor minúsculo en el hueco de la escalera. Como mucho cabían dos personas en él, pero resultaba muy útil. El edificio solo tenía cuatro plantas, Leonardo vivía en el tercero y aunque solía subir andando porque no se fiaba mucho de aquel ascensor, los días en que llegaba cargado de bolsas de la compra, o salía o regresaba de algún viaje con las maletas, mandaba la carga

en el ascensor y subía sin peso por la escalera. Ese día al entrar iba tan contento que no se apresuró, el tiempo que se tomó en cruzar el pequeño espacio lo hizo fijarse en que debajo del mueble de los buzones asomaba el pico de un sobre. Se agachó, tiró de él y su sorpresa fue que la carta era para él.

Hacía años que no veía un sobre de ese tipo. Alargado, blanco con todo el borde rayado en azul y rojo. Recordaba haber utilizado sobres de esos cuando escribía a sus padres desde algún campamento de verano. Con una caligrafía impecable se leía su nombre y su dirección. Llevaba días esperando la carta de Manuela, la hija de Rafael, si al darle la vuelta para leer el remite era suya tendría que creer definitivamente que había días en que los astros se conjuraban para que todo le saliese bien. Efectivamente, la carta la enviaba Manuela. Ya solo le quedaban los escalones hasta su casa para saber si le contestaba para decirle que se alejase de sus vidas y dejase de rastrear donde no debía, o le respondía a sus preguntas.

Subió las escaleras sin precipitarse. Peldaño a peldaño fue pensando en todo lo que quería hacer si Manuela lo autorizaba a seguir registrando en su pasado. Quería convertir a Rafael en su objeto de estudio. Junto a eso, ahora que la situación con Isadora había cambiado, ahora que volvía a verse involucrado en el mundo, en su curso diario, y ahora que ya no se sentía un espécimen raro ni aislado, necesitaba proclamarlo, dejarse ver, mostrarse en

público. Lo primero en que pensó fue en una escapada. Desde que se encontró por casualidad con Rafael Ramírez en Sao Paulo supo que su siguiente destino sería Tánger. Nunca había tenido el más mínimo contacto con Marruecos, desconocía todo lo que tuviese relación con aquel país. Lo que últimamente había estado leyendo de la ciudad que abre la puerta al Estrecho de Gibraltar lo había absorbido con mucha intensidad.

Parecía increíble que durante menos de un siglo, tiempo que duró la época más gloriosa de la ciudad, paseasen por aquellas calles gente tan singular y variopinta como el pintor Delacroix, William Burroughs, escritor atormentado y excéntrico que llegó a la ciudad de la mano de su amigo Paul Bowles. O Juanito Valderrama, que para colmo de sorpresas escribió aquella canción del emigrante cuando conoció a tantos españoles que vivían en la ciudad. Leonardo estaba sorprendido de todo lo que iba descubriendo. Y eso que ahora solo le venían a la memoria aquellas cosas que realmente le habían llamado la atención, pero la realidad era que cada vez que rascaba un poco en la superficie de la realidad histórica de Tánger encontraba alguna nueva sorpresa. Ahora tenía en sus manos la posibilidad de ir a recorrer todos aquellos rincones que durante tantos años habían absorbido la voluntad de todos los que había recalado por la ciudad.

La tranquilidad con que se instaló en su mesa de trabajo parecía la de una jornada cualquiera, no dejaba ver la excitación con que sujetaba el sobre



que acababa de recibir, ni el nerviosismo contenido ante las respuestas que pudiese encontrarse en su interior. Su mente viajaba tan rápido que se estaba viendo desenmarañando secretos hasta ese momento inconfesable. Finalmente, como si de un médico en el momento de comenzar una operación se tratase, se sentó en el pequeño taburete desvencijado que tenía para trabajar, puso el sobre despacio sobre el escritorio y lo abrió como quien trepana un cráneo: despacio, sin que le temblase el pulso y con una pulcritud que solo alguien con un carácter tan pausado como Leonardo era capaz de realizar. Otra persona a esas alturas ya tendría el sobre destrozado, pero Leonardo no quería dejar pasar por alto ningún detalle. Mientras lo abría leía detenidamente la dirección del remite, aquella a la que él había dirigido la carta. Estaba escrita a mano, con una letra que delataba la edad de la autora y la educación que había recibido, pues, como le ocurrió con las cartas que leyó de su madre, esta también tenía una caligrafía pulcra y ligeramente puntiaguda, como las de todas esas señoras que durante varias generaciones aprendieron a escribir en colegios de mojas. Todo en ese momento era importante.

Fue leyendo la carta despacio, sin atolondrarse ante las noticias que Manuela, la hija de Rafael y María, le iba dando sobre lo que ocurrió con su padre y todos sus bienes. También respondía a todas sus preguntas aunque pasaba por alto muchos detalles que Leonardo hubiese pagado por saber. Tuvo que aceptar respuestas que le parecieron casi mentiras a cuestiones tan espinosas como las dos fotografías. El resumen era que esa chica había sido una

novia de juventud de su padre, antes de la guerra. Era huérfana, vivía con unos tíos suyos en Barcelona, pero estos le prohibieron volver a tratar con Rafael. Meses después, a través de la carta que Leonardo encontró en Sao Paulo, su padre se había enterado que Laurita, como se llamaba la chica de la foto, había muerto. En la carta, la cual su padre tiró nada más terminar de leer, lo acusaban de haberla matado de pena, pero con el tiempo y sin lograr abandonar la sensación de culpabilidad, su padre se enteró que en realidad murió de tuberculosis. La foto quiso conservarla siempre.

El hombre de la otra fotografía por el que preguntaba, aquél marcado por un círculo de tinta era un primo de Laurita. Estaba enamorado de ella y tras su muerte se obsesionó con Rafael. Había logrado enterarse que tras la guerra su padre se había instalado en Tánger y unos días antes de la inauguración de la plaza de toros se presentó en la ciudad, fingió que eran amigos y se dedicó a boicotear todo lo que tenían organizado. Manuela se lamentaba de no poder darle mucha más información pero ella se había enterado de todo eso años después, años después incluso de la muerte de su padre. Un día rebuscando entre papeles junto a su madre había encontrado fotos parecidas a las que Leonardo describía y su madre le resumió la historia. Esta era la única luz que podía aportarle sus preguntas. Eran asuntos que en su familia nunca se había hablado tranquilamente.

Leonardo se quedó satisfecho con lo que Manuela le contaba, aunque había cosas sobre las que debía seguir meditando, incluso, tal vez,

desenmarañando algo entre líneas de aquella carta. Pero sobre todo, le alegraba que Manuela le diera permiso para escribir sobre su padre. Le había gustado la idea de que a alguien le interesase su figura y quisiese dedicarle unas líneas, incluso se lo agradecía. Solo había un punto de intranquilidad para Leonardo en todo lo que acababa de leer, y es que Manuela le decía que había escrito a Pedro Cardoso. Después de tantos años de haber perdido el contacto le parecía un buen momento para hacerlo.

No tardó ni un minuto en ponerse a escribir una nueva carta a Manuela. Quería darle las gracias y quedaba con ella en enviarle lo que escribiese tan pronto como lo tuviese terminado. Ahora empezaba su verdadero trabajo. Con toda la documentación que hasta ese momento había ido recopilando más lo que Manuela le contaba en la carta, tenía de sobra para una buena semblanza de Rafaél Ramírez que reivindicase su figura. Además estaba convencido de que a alguna de las revistas de historia, con las que había colaborado en alguna ocasión, le interesaría el artículo. Sobre Pedro Cardoso prefirió no decirle ni media palabra, por el modo de hablar de él era evidente que Manuela no sabía nada de lo que pudo hacerle a su padre.

Cuando quiso darse cuenta se le había pasado la mañana y tenía el tiempo justo de ir a recoger a Isadora para comer. Tantas novedades en un solo día no le estaban dando ni tiempo de ponerse nervioso. En cualquier otra circunstancia haber quedado para comer con Isadora, como le había ocurrido

esa mañana, lo habría tenido ocupado cada minuto hasta pasar a recogerla, pero la carta de Manuela lo había ayudado a difuminar el nerviosismo al tener que repartir su interés entre tantas bandas a la vez. Con la satisfacción de parecer una persona más normal, dentro de lo que Leonardo entendía por normal, que venía a ser simplemente capaz de trabajar una mañana cuando ha quedado a comer con la mujer de su vida, salió por la puerta sonriendo, decidido a mantener esta tónica.

Al ir acercándose a la tienda vio a Isadora de lejos en la puerta. Como llegaba un poco tarde, Leonardo pensó que ya había cerrado y estaba esperándolo, pero al aproximarse se dio cuenta de que las rejas seguían abiertas y el tono de voz de Isadora, hablando con un señor, no era precisamente amable. Leonardo forzó el paso y cuando estaba junto al desconocido con el que hablaba Isadora, este se dio rápidamente la vuelta y sin decir ni media palabra más se marchó casi corriendo. Cuando Isadora se dio cuenta que era Leonardo el que se había parado a su lado, se le abrazó y empezó una retahíla incongruente de preguntas y frases como *ese señor dice que te costará caro, o dice que no rebusques donde no debes*. Leonardo se apartó un poco sin entender nada, y menos entre tanto gimoteo y a tanta velocidad como estaba hablando Isadora. Le pidió que se calmase y estuviese callada un par de minutos para ordenar mentalmente lo que debía decirle. Mientras Isadora se tranquilizaba la ayudó a cerrar las cancelas de la tienda. Empezaron a andar hacia el restaurante. Tras unos cuantos pasos en silencio

sepulcral Leonardo le pidió a Isadora que sin prisas le contase qué había pasado y cuáles eran las palabras, si podía literales, que había dicho aquel hombre.

Isadora intentó resumir lo ocurrido. Había entrado en la tienda y tras merodear como cualquier otro cliente que rebusca entre los libros, se acercó hasta la mesa. Cuando estaba muy cerca de ella la sujetó por el brazo y le dijo en un español muy mal hablado que advirtiese a su amigo Leonardo que estaba yendo por muy mal camino. Como Isadora solía tener muy mal genio cuando la empujaban hacia donde no quería ir, saltó de su mesa como una fiera hasta que logró sacar a aquel hombre de la tienda. Pensó que estando en la calle, con gente alrededor, estaría más segura.

Una vez fuera volvió a repetir lo mismo pero esta vez añadió que lo tenía perfectamente localizado, que conocía todos sus movimientos y la única solución para que lo dejase en paz era que Leonardo olvidase sus investigaciones. -Lo que no comprendo es por qué ha venido a hablar contigo-. Leonardo había comprendido inmediatamente que ese hombre, por absurdo que pareciese, debía haberlo enviado hasta allí Pedro Cardoso. Era la única explicación razonable que se le ocurría, y así se lo dijo a Isadora. En unas cuantas frases le resumió su escapada a Sao Paulo. Lo que allí había descubierto, así como el primer intento de Cardoso por detener sus investigaciones.

-Así que tiene razón, estas metiéndote en rebuscar en un pasado donde el tal Cardoso ese tiene algo escondido. -A Isadora aún le temblaban las piernas, notaba una debilidad en las rodillas que no recordaba desde una época en la universidad en la que un profesor evaluaba con exámenes orales y había que ponerse en mitad de un aula de pie a contestar sus preguntas-.

-Desde luego, mandar hasta aquí a ese hombre significa que lo que desde un principio quiso ocultar debía ser más importante de lo que suponía. Lo que no consigo entender es cómo la hija de Rafael Ramírez no sabe nada.

-Tal vez porque no haya nada. -Concluyó Isadora con su habitual capacidad para despejar las situaciones de tensión-.

-En la carta que he leído hace un rato pasaba muy por encima de esas dos fotografías. Me explica escuetamente la historia de una antigua novia de su padre y poco más. -Leonardo hablaba mirando al suelo, intentaba concentrar toda su atención en sacar alguna idea en claro-.

Aunque en un principio pareció que había ignorado el comentario de Isadora no fue así. Reconoció que tal vez debía abandonar. Ahora recordaba que el sobre en el que encontró la fotografía de la chica iba dirigido a una dirección de Tánger y Rafael no conoció a Pedro Cardoso hasta instalarse en

Sao Paulo, por lo que no podía haber conexión entre ambos asuntos. Ese tema tal vez podía dejarlo zanjado y concluir que no había relación entre las fotos y Cardoso. Solo podía creer lo que Manuela le había dicho esa mañana, parecía un cerrojazo en el puente hacia esa historia dado muy educadamente.

La comida transcurrió sin nuevos sobresaltos, Leonardo logró que Isadora se calmase definitivamente y le prometió *intentar* dejar de rebuscar en las vidas ajenas. Tanto Leonardo como Isadora sabían que eso era una mentira, pero una mentira piadosa que dejaba más tranquilas las cosas entre ellos. Disfrutaron de su reencuentro y se pusieron al día de sus vidas desde que habían vuelto de Roma y hasta esa misma mañana en que decidieron darse una nueva oportunidad. O más bien la primera de ellas, pues la semana de Roma, con ese final tan desastroso, no debería contar. Al menos eso era lo que defendía Leonardo.

Cuando se hizo la hora de volver a abrir la tienda, Leonardo acompañó a Isadora hasta la puerta, la ayudó a abrir las cancelas y le dio su número de teléfono. Si volvía a ver a aquel hombre cerca tenía que llamarlo inmediatamente y él tardaría tres minutos en llegar. Exactamente ese tiempo fue el que tardó Leonardo en regresar a su casa corriendo. Había estado toda la comida pensando que tenía que volver a leer detenidamente cada uno de los papeles que había en aquellas cajas que se trajo desde Sao Paulo. La clave debía estar ahí.

Sacó cada papel, desplegó cada plano y fue leyendo carta por carta, hasta que de repente en la carta número doce leyó algo que le pareció podría estar relacionado. María haciendo referencia a algo que Rafael le habría contado en una carta previa, le decía: *Sobre la plantación de caucho la decisión final debe ser tuya, eres quien mejor conoce el negocio. Si crees que la mejor idea es venderla que así sea, pero hasta el momento las cosas están yendo como esperábamos. Sabíamos que al principio cuando los árboles aún son pequeños no se les puede sangrar tanto, así que mientras cubramos costes no entiendo bien la prisa repentina por deshacerte del negocio por menos de lo que pagaste hace solo seis meses. Ya sabes lo que pienso de Pedro, es un buen amigo pero está demasiado acostumbrado a hacer lo que quiere. No entiendo por qué si hace unos meses te vendió la plantación como un buen negocio, ahora tiene tanto interés en recuperarla cuando además sabe que aún no hay grandes ganancias. Piensa cada movimiento despacio y sin atolondrarte. Recuerda que metiste en la plantación todo el dinero que te quedaba de la venta de la Plaza de toros y que lo que te está ofreciendo por ella es menos de lo que pagaste. No es que desconfíe pero me resulta raro tanto cambio de opinión. Ya solo por los traspasos él está ganando dinero.*

Leonardo al leer este párrafo se quedó sorprendido de no haber reparado en él hasta ese momento, pero la primera vez que leyó por encima aquellas cartas no iba buscando ninguna acusación de estafa. Ahora sabía por



qué Pedro tenía tanto interés en que los asuntos de Rafael Ramírez quedasen ocultos: según lo que había leído, Pedro timó a Rafael de algún modo y le vendió y compró una plantación de caucho. Debía ser aquella de la que le había hablado el día que comió en su casa, y desde luego seguía en activo y dando buen rendimiento. Tal vez Pedro temía que la familia de Ramírez aún pudiese reclamarle derechos, o chantejearlo como haría él. Debe pensar que todo el mundo es de la misma calaña.

Siguió leyendo las cartas y terminó sin ninguna noticia nueva. Pedro podía quedarse tranquilo, el asunto del timo a aquel pobre hombre no le interesaba en absoluto. Forzaría que el personaje ese que había enviado a asustarlo volviese a buscarlo y se lo haría saber. La avaricia de Pedro y su miedo tanto tiempo después, demostraban que era un ser despreciable al que Leonardo, en ese momento de su vida, no quería dedicarle ni un pensamiento más.

Sobre las fotografías debía confiar en Manuela, o tal vez ella también tuviese un secreto y no quería que se supiese. Desde luego, Leonardo pensó que no iba a ser él quien despertase todos los fantasmas de esa gente, cuando ellos los habían mantenido a raya tanta tiempo. Con esta idea volvió a guardarlo todo dentro de las famosas cajas brasileñas y las metió en el altillo del armario. Allí quedaban protegidos, otra vez, todos los misterios, todas las mentiras, todo el esfuerzo y todo el amor que ellas contenían. En definitiva,

muchas vidas resumidas en unos cuantos papeles viejos que no habían querido ser desempolvados.

Con un peso menos encima, y un final que cumplía con la promesa que le había hecho a Isadora de no seguir buscando líos, se metió en la ducha para quitarse todo el polvo que tenía de haber estado trasteando entre los papeles. Ordenó la casa y llamó a Isadora a la tienda para invitarla a cenar allí esa noche. Quería disfrutar del primer día de su nueva vida.

Llevaba lloviendo toda la noche, el agua había estado arreciando contra los cristales de la ventana cada segundo de esas largas horas de oscuridad en las que las sombras de la soledad solían asaltar a Leonardo. En algunos momentos del duermevela incluso saltó de la cama creyendo que se le estaba inundando la habitación. El constante tintineo de las gotas no lo había dejado conciliar un sueño profundo prácticamente en ningún momento, o al menos esa era la sensación que tenía ahora que sonaba el despertador. Cuando se acostó la noche pasada estaba cansado, le pesaban las piernas. Era una sensación conocida, pues desde niño le había ocurrido, cuando tenía un día demasiado intenso siempre terminaba con esa pesadez insoportable en las piernas. Al acostarse así creyó que sería una noche fácil, se quedaría dormido al meterse en la cama y el timbre del despertador daría paso a un nuevo día, lograría evitar todo ese dormir fatigoso que tan habitualmente lo asaltaba. No había

sido así. Alguna noche lo había logrado, el cansancio, mayor que sus miserias, le había permitido caer en un sueño profundamente imperturbable, como el de un niño de chupete. Su problema era que cualquier motivo era bueno para desvelarlo y en esta ocasión podía echarle la culpa en primer lugar al ruido del agua.

Cuando la mañana anterior, al entrar en la cafetería que hay en el bajo de su casa, aquella que abrieron donde debían haber reformado la tienda de ultramarinos que tanto le facilitaba las cosas, vio que la mesa donde se sentaba normalmente para desayunar estaba ocupada, supo que acababa de empezar un día difícil. Si las cosas van a traspies desde tan temprano los minutos empiezan a agotarse muy lentamente hasta el final del día. Así, ayer tuvo que sentarse en una mesa junto a la puerta del cuarto de baño. No es de las peores, el problema es que la puerta es de vaivén y cada vez que alguien entra, al pasar la suelta y en su regreso levanta un aire muy incómodo, le mueve las hojas del periódico y lo distraen. Iba lidiando con eso, mientras intentaba leer entrecortadamente, cuando se encontró con el anuncio a media página de la flamante publicación de la última novela de Roberto Arbolí, *Mientras las hojas sigan cayendo en otoño*.

Todavía hoy que acaba de despertarse, o al menos empieza a levantarse de la cama, y tras toda la noche dándole vueltas a lo mismo, con el soniquete de las gotas como banda sonora, no logra entender como ese imbécil vuelve a tener otra novela en la calle, y con ese título de mierda: hojas, otoño... ¿se puede ser más vulgar! ¡las hojas se caen todos los otoños! ¡A qué público de

cincuentonas acaloradas le está escribiendo ese ahora! Tenía que admitir, por mucha rabia que le diese, que entre la lluvia y las hojitas del otoño de Roberto había pasado una noche realmente larga.

La realidad es que desde que leyó el anuncio en el periódico no había logrado pensar en nada más, ni se terminó el café que había pedido para desayunar. Sentado en aquella mesa con el airecito del vaivén dándole, intentó fingir que no le pasaba nada, pero los resoplidos debieron escucharse por todo el local, pues el camarero se acercó para preguntarle si se encontraba bien,

–Perdona Leonardo ¿estás bien? ¿necesitas algo?

¿Leonardo? ¿Cómo podía saber aquel hombre su nombre? No recordaba habérselo dicho nunca y estaba seguro de que nadie lo había saludado desde que desayunaba en aquel sitio, por lo que dudaba mucho que hubiese podido escuchar su nombre en algún momento. Solo se le ocurría que hablasen de él, aunque tampoco lo entendía pues siempre tenía un comportamiento voluntariamente anodino. Nunca había podido soportar ser el centro de atención bajo ninguna circunstancia.

Ese fue el verdadero motivo de no haber asistido a la presentación de su novela hace un par de años, en realidad nunca tuvo fiebre, solo pánico a empezar a hablar mientras tantos ojos se detenían en cada uno de sus movimientos, mientras medían cada palabra: el libro estaba escrito y era bueno, para qué querían oírlo a él explicar cómo llegó a escribir esas páginas. No era necesario lo hacían por si mismas. Hace un par de días, cuando puso el punto final a su nueva novela, supo que había terminando el retrato de lo que a

él gustaría ser. Su Dorian grey particular, por eso había sido fiel manteniendo los nombre de algunos personajes. Iban un poco más allá de los nombre parlantes, eran nombres reales, idealizados pero reales al fin y al cabo. Entonces, igual que el Leonardo transcrito, él deseaba un libro de encargo, un trabajo de investigación, algo en lo que su presencia pudiese pasar completamente desapercibida. Algo denso, trabajoso de leer. Algo...algo que Arbolí no fuese capaz de hacer. Todavía hoy, casi dos años después sigue sin reconocer que la tontería de no asistir a la presentación de la novela le supuso la enemistad con su editor y tal vez le cueste la publicación de lo que terminó ayer, si es que finalmente tiene el valor de confesarse de esa manera. Aún no entiende que cuando critica tanto a Roberto Arbolí por estar en todas partes como una diva, según sus propias palabras, lo que Roberto está haciendo es congraciarse con sus lectores y ganarse el favor del editor para la próxima.

Todo esto se había agolpado en su cabeza mientras el camarero se dirigía a él, Leonardo le dio una contestación tan brusca que el hombre se fue hasta pidiendo perdón. Viéndolo marcharse Leonardo se arrepintió de haber sido tan maleducado. Normalmente era correcto pero si seguía actuando de ese modo tal vez dejasen de mirarlo, necesitaba sentirse ignorado aunque fuese a costa de que lo tomase por un imbécil. En definitiva, hacía tanto tiempo que estaba completamente solo que preocuparse por un camarero no podía ser un problema más. Eso no iba a quitarle el sueño.

Menos mal que durante todo ese proceso no estaba en la cafetería Isadora. Eso si que hubiese sido demasiado para una sola mañana. Ella era el

verdadero motivo por el que siempre se sentaba en la mesa que está junto a la cristalera. La veía bajar por la calle, con el paso siempre un poco acelerado, llegado tarde por sistema a ningún sitio, parecía más bien su modo de andar. Al apoyar primero las puntas de los pies daba la impresión de que iba a empezar a correr a cada paso. Podía observarla desde que giraba la esquina, sonriente, dulce, dándole los buenos días a todo el que se cruzaba y si lo conocía incluso se paraba y le dedicaba unas palabras. Si para colmo eran niños, había veces que llegaba a cogerlos en brazos y les daba un beso de buenos días. Ella era el motivo por el que solo quería esa mesa.

La verdad es que le había costado mucho trabajo darse cuenta de que estaba enamorado de Isadora. Leonardo estaba acostumbrado a reconocer cada uno de sus sensaciones y sentimientos, nunca había dejado que nada se le escapase de las manos, pero la respiración entrecortada y los sudores fríos no supo entender a que se debían hasta mucho tiempo después. Incluso fue al médico a hacerse una revisión. Lo miraron y remiraron pero no pudieron darle ninguna explicación, no le encontraron nada.

Así pasó un tiempo hasta que fue consciente de que se ponía nervioso cuando la veía venir andando o cuando, distraído leyendo, lo sorprendía ya dentro de la cafetería al levantar la vista del periódico tras el que se parapetaba cada mañana. Su vibrante voz, atildada, simpática en el tintineo final de las frases al decir casi lo mismo cada las mañana -Hola Antonio ¿qué tal? Hoy va a hacer un día estupendo-. Le encantaba, su optimismo, su alegría y el modo relajado de enfrentarse cada mañana a un nuevo comienzo. Solo una vez entró

en silencio. Al sentarse en la barra Antonio, el camarero, le preguntó qué le ocurría y en ese momento fue cuando Leonardo se dio cuenta de que su problema era que se había enamorado de aquella Isadora desconocida. Aquel día ella contó que estaba agobiada desde hacía tiempo porque la tienda no iba muy bien, necesitaba que mejorasen las ventas o no podría mantener abierto durante mucho tiempo más. Eso era lo que le había dado a Leonardo la clave, pues al oírla lo primero que pensó fue que si cerraba la tienda él ya no podría verla cada mañana. Pero tampoco sabía qué hacer, nunca había tenido un problema parecido, por lo que no tenía ni idea de cómo solucionarlo. Ese día, los sentimientos, por primera vez en mucho tiempo, se entremezclaron en la cabeza de Leonardo: necesitaba ayudar a Isadora, aunque no supiera cómo, aunque su terror a dirigirle la palabra fuese mayor que cualquier deseo.

Entonces, dejó que pasasen los días rezando cada mañana por poder volver a verla aparecer tras la esquina. Parecieron surtir efecto sus plegarias interminables, Isadora siguió abriendo la tienda. De eso había pasado ya casi seis meses y no la había oído hacer ningún otro comentario, podía disfrutar de su café de desayuno cada día con la sonrisa de Isadora de fondo y su voz alegrando la cafetería. Los fines de semana se le hacían muy largos, la cafetería esos días no abría hasta pasado el mediodía, él no podía bajar a desayunar, tenía que cambiar su rutina y tampoco sabía dónde iba Isadora antes de abrir el sábado.



Ahí estaba otra vez pensando en ella, después de toda la noche sin dormir. Justo cuando sonó el despertador estaba empezando a dejarse vencer por el sueño, pero no podía retrasarse, si se levantaba más tarde no estaría en la cafetería para verla llegar, hoy tenía que intentar sentarse en su mesa, desde la de la esquina de ayer el ángulo de visión era muy malo. Tal vez, durante el tiempo de estar mirándola a ella olvidaba las hojas de otoño de la noche pasada. O tal vez, la serenidad que sentía cuando la observaba desde lejos le ponía las cosas más fáciles. Le dolía demasiado admitir que la novela anterior de Arbolí, *Ríos torrenciales*, había sido una lectura impactante. No solamente por la envidia desmedida que le provocaba, sino porqué había tenido que admitir, aunque nunca en voz alta, por supuesto, que la historia de aquellas dos mujeres, en medio de toda esa desolación africana, era de una calidad literaria, poética y humana que él no iba a lograr nunca. Durante muchas noches, al acostarse, había estado recordando pasajes completos de aquella páginas. Se había quedado dormido conversando con aquellas mujeres en lucha social y vital. Ese libro era muy difícil de superar, su única esperanza ahora era que Roberto se había dejado el listón muy alto a sí mismo y Leonardo dudaba mucho que pudiese estar a la altura.

Se dio una ducha rápida y bajó para llegar a sentarse en la mesa del ventanal lo antes posible. Al salir del portal lo invadió una tranquilidad ambiental poco habitual, no se escuchaban ruidos. Esperó hasta confirmar que el portal se había cerrado y anduvo hacia la cafetería, eran cuatro pasos mal contados, pero al acercarse en seguida se dio cuenta de que ocurría, era

sábado y la cafetería estaba todavía cerrada. La desazón fue tan grande que se apoyó en el coche que había aparcado justo a su lado, en la acera, para intentar no caerse, no le importó el agua de lluvia que empezó a calarle los pantalones. Tuvo los ojos cerrados unos segundos hasta que se sintió mejor y al abrirlos, aún mirando sus pies metidos en un pequeño charco, vio unas botas de agua paradas delante suya, levantó la vista y se encontró la sonrisa de Isadora -¿Estás bien Leonardo? ¿se te había olvidado que era sábado verdad? A mi también -Leonardo no era capaz de expulsar el aire, sentía una canica atravesada en la glotis, se asfixiaba- si quieres vamos juntos al bar que está a la vuelta, ese sí abre los sábados temprano, el único problema es que es muy oscuro, pero no se desayuna mal.

Leonardo había logrado ir dejando salir el aire de la bocanada anterior poco a poco, pero ahora sintió que le faltaba, no tenía valor de volver a aspirar. Isadora le estaba hablando, sabía su nombre. Sin poder articular una palabra asintió se levantó del coche y comenzó a andar a su lado. Ella siguió hablando pero Leonardo no iba prestando atención a nada de lo que decía, asentía sin más mientras mantenía la mirada fija en el movimiento de sus labios, igual que había hecho su Leonardo por Roma, ahora comprendía el pellizco del estómago que debió sentir, ahora entendía como le temblaron las manos al escribirlo.

Llegaron al bar y sin preguntar Isadora le pidió un café y una tostada con mantequilla y mermelada de fresa. No solía comer tan temprano pero eso no iba a saberlo ella en aquel momento. Al volver con el desayuno en la mano

se sentó y le preguntó de nuevo si se encontraba bien. Leonardo cogió aire y en vez de responder, le preguntó -¿por qué sabes cómo me llamo? Isadora lo miró realmente sorprendida y como si la respuesta no pudiese ser más evidente dijo -Leí tu libro y me encantó-. Leonardo soltó el aire que tenía en los pulmones, relajó los hombros y sorbió el café que acababa de dejarle Isadora en la mesa. A lo mejor no necesitaba volver a escribir su vida, a lo mejor podía dejar de inventarse a sí mismo en las hojas en blanco de la pantalla del ordenador, a lo mejor... a lo mejor esa mañana era realmente el principio de su nueva vida.